

LA EDUCACIÓN DE FELIPE II.

LA FORMACIÓN DEL REY

**TRABAJO DE FIN DE MÁSTER DIRIGIDO POR
DR. D. ELISEO SERRANO MARTÍN**

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DEPARTAMENTO DE HISTORIA MODERNA
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA**

NOVIEMBRE DE 2013

ÁLVARO HURTADO GONZÁLEZ

ÍNDICE

Contenido	Páginas
1. Introducción.	3
2. Objetivos del trabajo.	5
3. Estado de la cuestión.	6
4. Felipe II como sucesor del Emperador:	17
4.1. Felipe II, el apoyo de Carlos V.	17
4.2. Personalidad de Felipe II.	17
5. La educación cortesana:	28
5.1. La educación de un príncipe.	28
5.2. La influencia del Humanismo.	33
6. La educación del rey:	43
6.1. Años de aprendizaje. Entre Leonor de Mascareñas y Honorato Juan.	43
6.2. Instrucciones a Felipe II.	48
7. De príncipe a rey:	52
7.1. Iniciándose en el poder. Regente de España.	52
7.2. El Felicísimo Viaje.	58
7.3. Primeros gobiernos. Madurando en el Corte inglesa.	65
7.4. La abdicación de Carlos V.	70
7.5. Felipe II, rey.	74
8. Epílogo. La imposibilidad de una continuación en don Carlos.	77
9. Fuentes y Bibliografía:	78
9.1. Fuentes.	78
9.2. Bibliografía.	78

1. INTRODUCCIÓN:

La educación de un príncipe constituía un aspecto fundamental en su formación tanto como futuro gobernante como adulto, pues de la misma formaban parte ritos de iniciación en un mundo más maduro alejado de las distracciones propias de los niños. Esta formación, crucial para el destino del país y de la monarquía misma, era supervisada por el monarca, quien elegía directamente a los principales miembros de la casa de su hijo.

Felipe II no fue una excepción a esto y su educación como rey comenzó a la par que su formación, pues un aspecto era inseparable del otro. Primero bajo la tutela de la Emperatriz Isabel y finalmente junto con Carlos V, el príncipe aprendió aquellas actitudes sociales y de gobierno que deberían convertirle en un gobernante adecuado, capaz de desenvolverse en la sociedad de su época.

El mundo cortesano constituyó el espacio donde Felipe II se formó y todas las actividades que le eran encomendadas estaban relacionadas con el mismo, un espacio donde eran incorporados desde el principio, pues debían saber desenvolverse en ese medio que constituirá el principal, sino el único, que recorrerá a lo largo de su existencia. Los juegos y entretenimientos cortesanos, tales como justas, torneos o bailes, trascendían más allá de la mera diversión, formando parte de un conjunto de herramientas socializadoras que servirán al príncipe para adquirir un aprendizaje social de gran valor, pues la Corte será su espacio a lo largo de su vida.

La educación como príncipe era prácticamente exclusiva del mundo masculino. A lo largo de la niñez los niños nobles fueran o no hijos de reyes, estaban al cargo de las mujeres de la casa de su madre, quienes le cuidaban y enseñaban las bases de todo comportamiento adecuado a su posición. Antes de la adolescencia los niños pasaban a formar parte del mundo masculino, que será el que le inculque los valores y enseñanzas propios de una persona de la Corte, en el caso de Felipe II de un príncipe. Por lo tanto, dos mundos muy diferentes y nunca complementarios, no era común que un niño estuviese tanto en un ambiente femenino como en uno masculino. Para su correcta formación, no era aconsejable que las mujeres formasen parte de su educación como

adulto, pues se temía que lo convirtiesen en una persona delicada y sin la firmeza que se presuponía a alguien que iba a dirigir una monarquía.

2. OBJETIVOS DEL TRABAJO:

Los objetivos del presente trabajo consisten en profundizar en la educación y formación como heredero al trono de Felipe II, monarca de una Monarquía Hispánica cuya extensión y diversidad de reinos dificultaba sobremanera su gobierno. Además, los acontecimientos que le sobrevinieron a lo largo de su reinado, tales como el encarcelamiento y muerte de su primogénito don Carlos o la traición de su secretario Antonio Pérez, no ayudaron a hacer de su mandato un periodo tranquilo y sin sobresaltos. La forma con la que hizo frente a todas las adversidades, con su característica tranquilidad, pues era ya conocido entre sus contemporáneos como un hombre que de prudente podía llegar a ser inseguro, no era casual, sino que formaba parte de su personalidad, en la cual influyeron tanto su ambiente y relación con su padre Carlos V como la educación que se le otorgó. Sus habilidades con la pluma, redactando notas y órdenes, eran asombrosas, mientras que su capacidad para la oratoria y tratar asuntos de viva voz era mucho más limitada. Esta personalidad retraída también será, de alguna manera más o menos somera, objetivo de análisis en este trabajo, una personalidad que se forjó durante su formación como persona, cortesano y rey.

La finalidad principal de este trabajo es profundizar en la formación de Felipe II como monarca, estudiar su educación que, a la postre, será la que determinará su personalidad tan controvertida y las acciones de su reinado. Que su formación no fue exclusiva de él es evidente, pues en todos los ambientes cortesanos era parecido. Las familias nobles pugnaban por imitar en todos los aspectos a la realeza, y la educación no fue una excepción. Condes y duques tuvieron una enseñanza a la manera que la tenía un príncipe, como es el caso del futuro Felipe II. Por lo tanto, en este trabajo se intentará poner la formación del nuevo monarca en contexto de una época y una sociedad determinadas.

Como bien apunta Gonzalo Sánchez-Molero, *“si se quiere comprender al soberano de El Escorial –no al estereotipado por los mitos, sino al real y sorprendente contradictor de tales mitos-, se debe comprender antes al príncipe de Valladolid”*¹.

¹ GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, José Luis (1997): *El Erasmismo y la educación de Felipe II (1527-1557)*. Universidad Complutense de Madrid, p. 10.

3. ESTADO DE LA CUESTIÓN:

La finalidad de el presente estado de la cuestión es abordar la educación de Felipe II como rey, su formación como futuro gobernante y su paso de príncipe a monarca, algo para lo que también es interesante observar su compleja personalidad y su discutida figura, siendo necesario desentrañar la realidad de la ficción de la Leyenda Negra que ha llegado hasta nuestros días. Por último, es inevitable la comparación con su padre, el Emperador, y como figura de gran relevancia para Felipe a lo largo de su educación, no se ha querido obviar.

La imagen de Felipe II como monarca cruel y taimado viene, en gran medida, de la Leyenda Negra que fue popularizada en 1787, por Friedrich Schiller, encargado de llevar la vida y muerte de don Carlos a la ópera con su libreto *Don Carlos. Infante de España*. Las inexactitudes históricas son constantes y su único fin es promover una imagen del monarca español demonizada, aun a costa de ensalzar la de su hijo. Ciertamente que esta obra tiene mayor relevancia analizando la persona de don Carlos, pero no puede dejar de ser reseñada como una obra de marcado carácter parcial y sesgado. El libreto adquiere mayor relevancia cuando es revisado por Verdi y estrenado nuevamente en 1870, ahora sí con éxito de público, aunque los fallos eran igual de flagrantes. Estas obras contribuyeron a construir una imagen de Felipe II alejada de toda realidad y que ha sido tristemente resistente al tiempo, llegando hasta nuestros días la imagen de un monarca oscuro, fanático y tirano. Biografías actuales del rey prudente se ven contaminadas por esta imagen y separar realidad de ficción construida desde hace siglos es cada vez una tarea más complicada y en la cual los documentos de los archivos son una pieza fundamental para arrojar luz sobre estas cuestiones.

Si bien es cierto que a lo que respecta a este trabajo sólo importa de forma tangencial, pues su centro de investigación es el príncipe don Carlos, es innegable que la obra homónima de Louis Prospère Gachard es de enorme relevancia para el estudio de la figura de Felipe II. Ésta constituye el primer acercamiento científico a la vida y muerte de don Carlos, que vivió durante los años anteriores y posteriores al nombramiento de Felipe II como monarca. Aunque la obra data de 1863 es de gran importancia para repasar con exactitud todo lo acontecido en la Corte entre 1545 y 1568, ya que se aleja de cualquier intoxicación de una Leyenda Negra que había

incentivado que *“la imaginación de las gentes fue impresionada, sobre todo, por la oscuridad y el misterio que se ciernen en derredor de las causas a que tal catástrofe [el arresto y muerte de don Carlos] puede ser atribuida”*². Gachard utiliza todo tipo de archivos y documentación, así como de bibliografía contemporánea, algo que hace de esta obra una fuente de consulta imprescindible para estudiar la persona de Felipe II y, más aún, de su primer hijo. La objetividad que demuestra a lo largo de la obra es encomiable, más aún cuando *“los historiadores extranjeros, en su casi totalidad, recogieron, dieron por buenas y se apresuraron a difundir las versiones más absurdas e inverosímiles con tal de que halagasen los prejuicios populares”*³. El gran valor de este *Don Carlos y Felipe II* es el de la ecuanimidad y el hecho de haber descubierto numerosos documentos de valor incalculable para entender qué pasó realmente durante la prisión y muerte del príncipe y para comprender mejor la persona detrás del monarca.

Julián Juderías presentó en 1914 una obra acerca de la Leyenda Negra, donde además de ahondar en los factores que la determinaron, intenta otorgar al lector una perspectiva objetiva acerca de la situación real en la que se encuentra España. El término “leyenda negra” fue difundido por Juderías en esta obra, quien critica que *“esta leyenda nos hace un daño incalculable y constituye un obstáculo enorme para nuestro desenvolvimiento nacional, pues las naciones son como los individuos, y de su reputación viven, lo mismo que éstos”*⁴. A lo largo de *La Leyenda Negra*, Juderías estudia el origen, desarrollo, aspectos y verosimilitud de la misma, para demostrar que *“dentro de los términos de la justicia y a la altura en que se hallan los trabajos de crítica histórica y de investigación social, es imposible adjudicar a España el monopolio de caracteres políticos, religiosos y sociales que la deshonran, o, por lo menos, la ponen en ridículo ante la faz del mundo”*⁵. Esta labor, que ya el autor presupone ardua, la afronta con objetividad e imparcialidad. Juderías rechaza las críticas contra don Carlos que se realizaron en los textos de Guillermo de Orange y de Antonio Pérez, por ser personas poco proclives a la objetividad, rechazando la supuesta condena a muerte ordenada por un Felipe II cruel.

² GACHARD, Louis Prospère (2007) [1ª ed. 1863]: *Don Carlos y Felipe II*. Madrid, Atlas, p. 29.

³ *Ibidem*, p. 29.

⁴ JUDERÍAS, Julián (1967) [1ª ed. 1914]: *La Leyenda negra*. Madrid, Editora Nacional, p. 17.

⁵ *Ibidem*, p. 18.

Las biografías de Felipe II son numerosas y entre ellas destaca la aparecida en 1940 a cargo de Carl Georg Bratli. Su *Biografía de Felipe II*. Destaca por ser una defensa del rey prudente de los ataques, a menudo injustificados, de los defensores de la Leyenda Negra, algo de lo que Marañón se maravilló, pues no fue sino un protestante y por lo tanto poco sospechoso de ser apologeta del rey, quien le defendiera. Bratli, hombre liberal y cuidadoso de la verdad, llevó a cabo un breve estudio biográfico de Felipe II, donde tienen gran importancia su “*espíritu imparcial y sereno en que se inspira, por la excelencia de los materiales consultados y por el deseo de comprobar y aquilatar los datos y de hacer justicia desvaneciendo errores y prejuicios*”⁶. Bratli, discípulo de Maurembrecher, nunca separa la figura de Felipe II de la de España, ya que “*para comprenderle y saber apreciar en su justo valor, hay que conocer la España de su siglo*”⁷, siendo su propósito “*escribir una rehabilitación completa de la memoria del gran Rey de España*”⁸.

Pese a que la obra de Antonio Pérez de Gregorio Marañón se centra, como anuncia su título, en la figura del secretario real, también perfila con gran rigor histórico la persona de Felipe II. Publicado inicialmente en 1947, Marañón ya anuncia la objetividad de su estudio, el cual está fundamentado en diversas fuentes documentales y bibliográficas:

*“He aquí por qué quedarán defraudados los que busquen en las páginas que van a seguir una apología o una diatriba de Felipe II; o un intento de reivindicación o de agravación de la condena histórica que pesa sobre Antonio Pérez. Cuando se les estudia con un criterio humano, ni el gran rey aparece nimbado de santidad, como quieren sus defensores, ni su Ministro como dechado de malicias. Los dos eran hombres, uno inmensamente mejor que otro, pero ambos hechos, como todos sus semejantes, de una mezcla de bien y de mal”*⁹.

Marañón nos expone a un “*escrupuloso Monarca*”, tan detestado como respaldado, siendo la principal característica de los textos precedentes la falta de información unida a errores heredados. El Felipe II que nos muestra Marañón es un rey esclavo del deber, siempre obsesionado con gobernar a un pueblo contento y libre de herejías, pero con defectos que han sido magnificados maledicentemente por encima de

⁶ BRATLI, Carl Georg (1940): *Biografía de Felipe II*. Madrid, Bruno del Amo, p. 13.

⁷ *Ibidem*, p. 15.

⁸ *Ibidem*, p. 16.

⁹ MARAÑÓN, Gregorio (2006) [1ª ed. 1947]: *Antonio Pérez*. Madrid, Espasa-Calpe, p. XXXIII.

sus logros. Uno de esos fallos, aunque común a todos los príncipes de su época, era la “interpretación llamada maquiavélica de la Razón de Estado, como justificación suprema de la moral política”¹⁰, aunque deja claro que, en contra de lo que se pudiera pensar, era algo normal en la época, ya que *El Príncipe* es la consecuencia y no la causa de la doctrina ahí expuesta. Marañón establece la época más crítica del monarca en 1568, donde destaca la muerte de su hijo don Carlos, y reprocha a aquellos que lo juzgan que no hayan tenido en cuenta que su larga existencia posibilitó que fuera un hombre distinto en cada fase de su vida.

La obra de 1959 *Ensayo sobre Felipe II, hombre de Estado: su psicología general y su individualidad humana*, donde Rafael Altamira confecciona un estudio detallado sobre el monarca, repasa la vida tanto privada como pública de quien a lo largo de los siglos ha desatado animadversiones tan exacerbadas. La de Felipe II es una personalidad compleja cuyo estudio Altamira afronta desde diferentes puntos de vista, como la administración del poder o la relación con Carlos V, además de repasar los acontecimientos que marcaron su reinado y la reacción a los mismos por parte de Felipe II. Se anota al iniciar la lectura de la obra que su elaboración se inscribe en el método de trabajo de la generación del 98, por lo que las obras impresas conforman la base para su estudio, no las fuentes documentales. Altamira defiende que la figura de Felipe II no se puede analizar sin antes haber hecho lo propio con el contexto histórico que le tocó vivir y en el cual se comportó de una manera determinada según su propia personalidad. A lo largo de este *Ensayo sobre Felipe II* se reivindica la figura de un rey prudente difamado por la Leyenda Negra, aunque también es cierto que siempre con el objetivo de definir una identidad común a todos los españoles para restaurar su imagen exterior. Altamira critica los defectos de Felipe II, reales o supuestos, como los de una excesiva religiosidad que el autor rechaza argumentando que el monarca era más asceta que beato¹¹, y una intransigencia que se manifestó con el asentamiento de la Inquisición¹², lo

¹⁰ MARAÑÓN, *Opus cit.*, p. 49.

¹¹ “Felipe era un devoto, palabra equivalente para nuestro vulgo a la de beato, pero no en la acepción que da la Academia a la voz «beatería», porque no era afectado, sino absolutamente sincero. En el fondo, su propensión era propiamente ascética (como parece haberlo sido en general la del espíritu español), aún más que hacia el misticismo”. ALTAMIRA, Rafael (1997): *Ensayo sobre Felipe II, hombre de Estado: su psicología general y su individualidad humana*. Fundación Rafael Altamira: Asociación Española de Historia Moderna, p. 53.

¹² No era extraño que se estableciese un sistema represor como la Inquisición en Europa, pero sí que fue peculiar y perjudicial su autoridad tan elevada. Además de inflar de forma innecesaria y nociva la ya asfixiada burocracia, otorgó poderes jurisdiccionales excesivos a sus miembros. DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio (1998), “Balance de un reinado”, en VV.AA., *La monarquía hispánica. Felipe II, un monarca y*

cual también niega. Esta obra es de importancia por la gran cantidad de información auténtica y por poseer una extensa recopilación bibliográfica difícil de igualar.

En 1975 aparece, a cargo de Peter Pierson, una de las principales biografías de Felipe II, que ha sido revisada en años sucesivos. En *Felipe II de España* Peter Pierson explora la política interior y exterior que llevó a cabo el rey prudente y analiza también su formación como monarca, siendo uno de los primeros en subrayar su significativa labor en el auge de las artes y las ciencias de su tiempo. El autor, cierto es que apologeta de Felipe II, afronta críticas descarnadas contra aquello que podía suponer una merma en la imagen del monarca, como la que lleva a cabo contra un don Carlos al que presenta como discapacitado psíquico e inútil para toda tarea de gobierno, lo cual dista a todas luces de ser un planteamiento objetivo, algo que queda patente cuando inicia su disertación aseverando que el príncipe era un “*retardado mental*”¹³.

James M. Boyden redactó en 1995 *The courtier and the King: Ruy Gómez de Silva, Philip II, and the court of Spain*, una obra que analiza la figura del príncipe de Éboli y mano derecha de Felipe II. Boyden estudia el ascenso y asentamiento en el poder de un auténtico “privado” del monarca, algo que el autor nos recuerda que era “*una característica común en la monarquía castellana de los últimos años de la Edad Media*”¹⁴. Para Boyden, los primeros años de reinado de Felipe II estuvieron caracterizados por su timidez, pasividad y sedentarismo, algo que chocaba con el papel tan activo y extrovertido que había jugado su padre, aunque, siguiendo la narración de Boyle, con el paso del tiempo fue mejorando su sistema de gobierno hasta llegar a ser una suerte de rey-secretario que dominaba sus amplios territorios únicamente con pluma y tinta¹⁵. Su mano derecha, Ruy Gómez de Silva, siempre se rodeó del círculo más estrecho del monarca en la Corte, un Felipe II que desperdició la oportunidad de aumentar el poder de la Corona debilitando así las pretensiones de la aristocracia. La privanza de Ruy Gómez de Silva fue, en cierto modo, un primer intento

su época, pp. 449-460. Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, p. 450.

¹³ PIERSON, Peter (1998) [1ª ed. 1975]: *Felipe II de España*. Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, p. 73.

¹⁴ Traducción propia. En el original: “*The «privanza» [...] had been a common feature of the late medieval Castilian monarchy*”. BOYDEN, James M. (1995): *The courtier and the King: Ruy Gómez de Silva, Philip II, and the court of Spain*. Berkeley, University of California Press, p. 63.

¹⁵ En el original: “*It would take Philip more than a decade to perfect his own governing system as the secretary-king ruling far-flung dominions with pen and ink alone*”. *Ibidem*, p. 66.

de crear un nuevo tipo de élite del gobierno¹⁶. Según Boyden, la concepción y práctica por parte de Felipe II del absolutismo era débil y escasa, permitiendo el ascenso de personas como el príncipe de Éboli, quien también ilustra la movilidad social que producía la cercanía a la Corte y la fuerza de los estamentos sociales¹⁷.

En 1997 vio la luz una obra de referencia acerca de Felipe II cuya consulta es imprescindible para entender la figura del monarca. *Felipe de España*, de Henry Kamen, fue publicada para conmemorar los cuatro siglos de la muerte del rey prudente, abarcando todos los aspectos de la vida de Felipe II. Entre las fuentes utilizadas se encuentran la correspondencia del monarca con las distintas personalidades de su reinado y los documentos guardados en archivos de toda Europa. Kamen no presenta a un rey aislado de su realidad, sino que profundiza en su contexto, tanto cultural como religioso y social, que condicionó su educación y su posterior gobierno. El hecho de que el autor sitúe al monarca en su contexto sirve para entender su forma de pensar y de actuar, distanciándose de aquella imagen de rey oscuro con pensamiento impenetrable. Porque Kamen no nos presenta únicamente su faceta de gobernante, sino también la de padre y marido, algo que otorga una visión familiar que contrasta con la crueldad denunciada por los diversos autores que ha apuntalado la Leyenda Negra. Felipe II no tomó sus decisiones políticas más difíciles sin una razón de peso y siempre las llevó a cabo tras haber estudiado todas las opciones y cuando no había otra posibilidad, algo que nunca se entendió, ya que “*como Felipe nunca encabezó un régimen tiránico, las opiniones eran un triste veredicto sobre el grado de su fracaso en la proyección de su imagen [...] Felipe, solo, había fracasado en dejar su sello*”¹⁸. Kamen exculpa a Felipe II de ser un mal monarca, porque “*parece inútil evaluar el papel del Rey en términos de éxito o fracaso. En ningún momento tuvo Felipe un control efectivo de los acontecimientos ni de sus dominios; ni siquiera de su propio destino*”¹⁹. Sin embargo, para Manuel Fernández Álvarez, el *Felipe de España* de Kamen es un puntal de la que se conocerá como “leyenda rosa”, resultando con ello “*una biografía sobre el buen Rey*

¹⁶ En el original: “*The «privanza» of Ruy Gómez de Silva was in some ways an early and tentative attempt to create a new type of governing elite*”. BOYDEN, *Opus cit.*, p. 153.

¹⁷ *Ibidem*, p. 157.

¹⁸ KAMEN, Henry (1997): *Felipe de España*. Madrid, Siglo XXI, p. 339.

¹⁹ *Ibidem*, p. 340.

*Prudente*²⁰, que, pese a todo, contó en su primera edición con ciertos errores también comentados por Fernández Álvarez²¹.

La obra de José Luis Gonzalo Sánchez-Molero se ha centrado desde sus inicios en la formación que tuvo Felipe II, por lo que su tesis, publicada en 1997, es de gran utilidad para el presente trabajo. *El Erasmismo y la educación de Felipe II (1527-1557)* es un amplio y complejo estudio acerca de las corrientes de pensamiento reinantes en aquel momento y cómo éstas influyeron de forma decisiva en la educación del príncipe. Ya anuncia el propio autor al inicio del estudio, dirigido por D. Juan Ignacio Gutiérrez Nieto, que el “enigma” que acompaña siempre a Felipe II es un incentivo a la hora de leer estudios acerca del rey prudente y de elaborar otros nuevos. Gonzalo Sánchez-Molero parte de una teoría, fundamentada en la investigación tanto del rey prudente como de las corrientes intelectuales de su tiempo: que “*Felipe II tuvo una educación fuertemente influida por una corriente intelectual y religiosa tan poco concordante con su retrato tradicional, como era el erasmismo*”²². Éste es, por lo tanto, un estudio minucioso que aborda tanto la formación del monarca como el ambiente intelectual en el que creció, utilizando para ello todo tipo de fuentes, desde las bibliográficas hasta las procedentes de archivos tanto públicos como privados. El resultado es una obra sin fisuras y documentada hasta el extremo, un estudio de obligada lectura para analizar y entender la educación que tuvo Felipe en su juventud.

En 1998 apareció una biografía muy completa y accesible de Felipe II realizada por Manuel Fernández Álvarez. El título de *Felipe II y su tiempo* es muy adecuado, ya que el autor dedica gran parte de la obra a situar al monarca en su contexto histórico, estudiando la herencia de Carlos V y que fue, en última instancia, la que determinó la política que llevó a cabo. Además, Fernández Álvarez dedica la última parte de la obra a estudiar a la persona, no al rey. Es entonces donde se nos descubre a un padre cariñoso con sus hijas, mujeriego y amante de sus esposas. El gran valor añadido que otorga este autor a todas sus obras, incluyendo a la que ahora nos ocupa, es la ambientación que imprime en cada página. No nos presenta sin más al monarca y sus avatares a lo largo

²⁰ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel (1998): *Felipe II y su tiempo*. Madrid, Espasa-Calpe, p. 32.

²¹ Algunos de esos errores son: “*confundir a la princesa María de Portugal, la prometida de Felipe II en 1533, con su sobrina, la esposa de Alejandro Farnesio, o ignorar que Carlos V convocó las Cortes castellanas de 1538 con ánimo de emprender la cruzada contra el Turco*”. *Ibidem*, p. 32.

²² GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, *El Erasmismo...*, p. 9.

de los acontecimientos más reseñables, sino que, como una ensoñación, nos hace partícipes de los pasos de Felipe. Sabedor de que la narración de sus contemporáneos es el mejor testigo posible para los hechos ocurridos, cede la palabra a los cronistas o secretarios que dejaron constancia de tan amplio y convulso reinado. Fernández Álvarez relata con pasión pero sin fanatismos la vida de Felipe II, resaltando tanto sus logros como sus desaciertos, siendo estos últimos tan oscuros que “*hacen del personaje uno de los más controvertidos de la historia*”²³. En opinión de Parker, uno de los puntos débiles de esta obra es el poco uso que hace de los archivos de la Colección Altamira y los pocos datos nuevos que proporciona acerca de las tres últimas décadas del reinado de Felipe II²⁴.

También de Manuel Fernández Álvarez es otra obra de importancia para estudiar la transición del príncipe al monarca y la abdicación de Carlos V. *Carlos V, el César y el hombre*, publicada en 1999, nos ofrece un relato a la par que la ya comentada biografía de Felipe II del mismo autor, esto es, protagonizada por una recopilación de fuentes documentales que otorgan gran veracidad a una narración fluida y en ningún caso monótona. Éste es el gran valor añadido de la obra, pues hace accesible al público un manual de Historia riguroso y serio, una monografía donde repasa la personalidad de Carlos V y la del futuro Felipe II, así como los hechos más reseñables de su reinado y, lo que es de especial interés para el presente trabajo, la educación de su hijo, en la que tomó parte principal al elegir a sus educadores, las regencias del joven príncipe y su abdicación en él.

En 1999 apareció una obra de suma importancia para el tema del presente trabajo. Publicada por José Luis Gonzalo Sánchez-Molero, *El aprendizaje cortesano de Felipe II* constituye una obra de referencia en lo que a la formación del príncipe se refiere, siendo su estudio extensible al resto de príncipes contemporáneos, pues su educación se cimentaba sobre valores y técnicas asentadas y difundidas por el Humanismo reinante. La obra está profundamente influida por la sociología, una ciencia de la que el autor no sólo no reniega sino que ya en su introducción defiende como la gran vara de apoyo para su estudio, pues “*el ser humano [...] ha de ser comprendido en todas sus variantes,*

²³ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II...*, p. 18.

²⁴ PARKER, *Opus cit.*, p. 21.

y, entre éstas, la social es una de las más importantes”²⁵. El objetivo del estudio es ahondar en el llamado “proceso de socialización” de Felipe II, determinando así cuáles fueron los fundamentos sobre los que el príncipe, miembro de la Casa de los Habsburgo, aprendió los modelos sobre los que la sociedad se sustentaba y los convirtió en sus propios modelos de conducta, incorporándolos a su personalidad. La obra, por aunar Historia con sociología, adquiere, de esta manera, una especial relevancia, otorgando una visión de gran interés en un momento de auge de la interdisciplinariedad.

Es destacable la biografía acerca del hermanastro de Felipe II, *Don Juan de Austria: un héroe para un imperio*, que vio la luz en el año 2000, obra del célebre modernista Bartolomé Bennassar. A lo largo de sus páginas el autor estudia la vida y muerte de una persona no odiada, sino temida por alguien tan receloso de las personalidades poderosas como lo fue Felipe II. Gracias a sus éxitos militares, Don Juan se vio aupado y consiguiendo, por fin, el reconocimiento de hermano por parte del monarca. Bennassar nunca pone en tela de juicio que el rey prudente tuviese celos de don Juan, pero duda que las victorias de éste fuesen ambicionadas por un Felipe II que “no ambicionó nunca ser un jefe de guerra, un gran capitán, un caudillo [...]. No pensó nunca en convertirse en héroe popular: es decir, que no jugaba en el mismo partido”²⁶ que su hermano”²⁷. Bennassar nos presenta a un Felipe II que “hizo mucho más por su hermano de lo que le rogó su padre”²⁸, muestra de la confianza que el rey depositaba en don Juan, algo que refuerza el hecho de que el monarca depositase en él la supervisión de la educación de su hijo en Alcalá. La única ocasión donde Felipe II y don Juan se distanciaron fue con motivo de los deseos de éste de ser reconocido como un hijo legítimo más de Carlos V, reivindicando para sí un título de alteza que era excesiva concesión para un Felipe II que consideraba que ya había sido demasiado magnánimo, y no iba a llevar esa generosidad hasta ese extremo. Para Bennassar, don Juan fue víctima de su propia gloria, de los manejos de Antonio Pérez y de la personalidad enrevesada de

²⁵ GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, José Luis (1999): *El aprendizaje cortesano de Felipe II (1527-1546) La formación de un príncipe del renacimiento*. Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, p. 13.

²⁶ Aquí Bennassar menciona a los partidos, auténticos grupos de presión formados por aquellos cortesanos que rodeaban al monarca y que, a la postre, eran los que inclinaban la balanza de las políticas en una u otra dirección. MARTÍNEZ MILLÁN, José; BOUZA ÁLVAREZ, Fernando Jesús; DE CARLOS, J.C. (1998): *La Corte de Felipe II*. Madrid, Alianza Editorial, pp. 19-22 y 29-32.

²⁷ BENNASSAR, Bartolomé (2000): *Don Juan de Austria: un héroe para un imperio*. Madrid, Temas de Hoy, p. 229.

²⁸ *Ibidem*, p. 229.

un monarca que provocó su caída en desgracia abandonándole a su suerte en los Países Bajos sin apenas medios para salir adelante, pero don Juan nunca fue desleal a su hermano y cumplió todas las voluntades de un rey cuya actitud final provocó el desengaño y desánimo del héroe de Lepanto.

La obra *Don Carlos, el príncipe de la Leyenda Negra*, escrita en 2006 por Gerardo Moreno Espinosa, es de importancia tangencial al tema del presente trabajo, ya que, como indica su título, defiende una tesis acerca de la prisión y muerte de don Carlos, pero también analiza la persona de Felipe II desde una perspectiva que es de interés para el tema de la personalidad del monarca. La obra está claramente influida por los escritos que han ido conformando, a lo largo de los siglos, la Leyenda Negra, una influencia que nunca trata de ocultar el autor. Mientras que la parte que relata la vida de don Carlos, aunque está excesivamente basada en Gachard, se ajusta a la realidad, e incluso se formula algún planteamiento interesante, el último tramo de la obra, centrado exclusivamente en la muerte del príncipe carece de toda exactitud histórica. El autor otorga excesiva credibilidad a los escritos que defienden que don Carlos fue ejecutado por su padre, y terminando por fundamentar esta teoría, que él plantea como cierta, de forma casi exclusiva en un texto que ya Parker, en su biografía de Felipe II, argumenta que es falso, desmontando así la teoría que vertebra y fundamenta la obra de Moreno Espinosa²⁹. Por lo tanto, esta obra sólo posee interés histórico si se analiza como un ejemplo de cómo la Leyenda Negra y sus argumentos han perdurado de forma tan consistente hasta nuestros días, llegando a calar en las mentalidades no sólo extranjeras, sino también las españolas. A lo largo de sus páginas Moreno Espinosa nos presenta a un Felipe II indolente³⁰, riguroso, “*taimado e*

²⁹ Parker comienza su argumentación afirmando que sólo los miembros ilegítimos de la familia real llevaban el sobrenombre de “Austria”, como fue el caso de don Juan; todos los documentos oficiales, anteriores y posteriores a la muerte de don Carlos, se referían a él como “el serenísimo príncipe”; no se entiende que Felipe II nombrase a Antonio Pérez y Juan de Escobedo como fiscales si ninguno tenía formación en leyes; Juan de Vargas, que el manuscrito menciona en Madrid, ejercía en aquel momento como juez del Consejo de Trublas en los Países Bajos por orden del Duque de Alba; además, ninguno de los sirvientes de don Carlos mencionados en el documento aparecen en los listados de los integrantes de su Casa; el documento afirma que don Carlos estuvo oculto y embalsamado desde el 23 de febrero hasta su entierro el 26 de julio, algo que no se corresponde con la realidad ya que diversos testigos vieron comulgar al príncipe en julio y la exhumación del cadáver en 1795 no mostró signos de violencia. PARKER, *Opus cit.*, p. 430.

³⁰ Moreno Espinosa afirma que “*Felipe II estaba ya vacunado contra excentricidades*” de don Carlos. MORENO ESPINOSA, Gerardo (2006): *Don Carlos, el príncipe de la Leyenda Negra*. Madrid, Marcial Pons, p. 129.

impasible”³¹, frente a un don Carlos incomprendido, con afán de protagonismo y víctima de la rigurosidad de su padre.

En el año 2008 apareció la versión revisada y ampliada de la biografía de Felipe II de Geoffrey Parker, publicada originalmente en 1984. Parker se posiciona en contra de Kamen acerca de la capacidad de control que Felipe II tenía sobre sus dominios. Éste, como ya se ha comentado, asegura que el rey nunca tuvo control efectivo sobre su reino ni siquiera sobre su destino. Para Parker, si bien es cierto que algunos territorios y acontecimientos escapaban al control del monarca, éste ocupaba la mayor parte del día en tomar decisiones para evitar esto³². Para este autor, las tres decisiones más controvertidas del monarca (a saber: la persecución del arzobispo Bartolomé de Carranza, la prisión de don Carlos y el caso de Antonio Pérez) le desprestigiaron, creando un retrato adverso que “*ha resultado extraordinariamente persistente*”³³. Esta obra no es un estudio del rey, sino de la persona, atendiendo a otros aspectos más allá de los relativos al gobernante. Sus diversiones, su familia y su religión formaron parte también de Felipe II, conformando así una personalidad reservada y decidida.

³¹ MORENO ESPINOSA, *Opus cit.*, p. 153.

³² PARKER, *Opus cit.*, p. 18.

³³ *Ibidem*, p. 24.

4. FELIPE II COMO SUCESOR DEL EMPERADOR:

4.1. Felipe II, el apoyo de Carlos V.

Carlos V pudo gobernar tan vastos territorios por contar, entre otros factores, con el siempre útil apoyo de su esposa primero durante sus largas ausencias de España, y con su hijo después una vez fue considerado ya mayor para ejercer su función. Este apoyo, tan competente, de su familia fue fundamental y decisivo para que la monarquía no acusase la extensión de sus dominios. Carlos V sabía que podía contar con su esposa y su hijo para gobernar igual de bien que él mismo lo haría. Esto se convirtió en una ventaja innegable a la hora de llevar a cabo unas políticas con diversos frentes. Una ventaja con la que apenas pudo contar Felipe II, pues si bien el poseía el apoyo de sus hermanas María y Juana, con quien les unía un gran afecto, no tenía un hijo sobre el que depositar unas responsabilidades a la par que se iba acostumbrando a la tarea de gobierno que en breves le iba a ser recomendada. Esa falta de un apoyo cercano la acusó el monarca, pues su primogénito el príncipe don Carlos distaba mucho de ser el joven apuesto que aspiraba a ser y que veía en su abuelo Carlos un modelo a seguir.

4.2. Personalidad de Felipe II:

La personalidad irresoluta de Felipe II era célebre entre los miembros de su Corte y los embajadores extranjeros³⁴, por lo que la desesperación era común cuando se esperaba una resolución suya que se hacía de rogar. Felipe II no supo reaccionar a tiempo a los diversos problemas que le sobrevinieron durante su reinado³⁵, más aún, nunca tomó decisión alguna sin antes haberla sopesado profundamente, lo que originó que, en no pocas ocasiones, reaccionase demasiado tarde. Este carácter inseguro puede explicar gran parte de los fracasos de su reinado³⁶. Además de su propia naturaleza indecisa, también hay que mencionar que su obsesión por tener conocimiento de cualquier aspecto de su vasta monarquía hacía inviable una rápida actuación ante un

³⁴ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II...*, p. 408. Fernández apunta a que el duque de Feria no dejaba de desesperarse por la parsimonia del monarca, igual que Chantonay, el embajador de Francia.

³⁵ Esta lentitud a la hora de tomar decisiones viene dada por su timidez. No era prudencia, sino apocamiento. MARAÑÓN, *Opus cit.*, p. 51.

³⁶ Para ahondar más en la personalidad prudente del monarca, es de relevancia la obra FERNÁNDEZ ALBALADEJO, Pablo (1998), "Espejo de prudencia", en VV.AA., *La monarquía hispánica Felipe II, un monarca y su época*, pp. 69-80. El Escorial, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V.

imprevisto. Leía y corregía todos los memoriales, las consultas de los Consejos, los despachos de sus embajadas, los escritos de sus ministros... todo iba rubricado de su puño y letra. Incluso las cédulas más accesorias debían contar con su aprobación³⁷. Esta costumbre de supervisar hasta los aspectos más nimios de la Monarquía era contraproducente, ya que la consecuencia inmediata era que los asuntos más importantes eran pospuestos irremediabilmente a pesar de su urgencia. Antonio Gracián, secretario privado del monarca, deja constancia, en su diario de trabajo rutinario desde 1572 a 1573, de la constante actividad de Felipe II:

“[El 9 de marzo de 1572] llegó un correo con los pliegos del cardenal, Zayas, Antonio Pérez, Escobedo, Juan Vázquez, Eraso, Gassol, que fueron por todos catorce pliegos. Su Magd. respondió a todos y se despachó a la noche con todas las respuestas. [El 2 de mayo] Su Magd. Me mandó diese al Prior Don Antonio los despachos que el día antes abian venido de Genova, Milan, Roma, Venecia, Turin, Sicilia, Francia y Alemania; lo que se hizo. Su Magd. Me mandó responder a una consulta del consejo de Ordenes: que guardase hasta Madrid unos papeles; que remitiese al secretario Antonio Pérez un memorial; y respondiese a una carta de Ambrosio de Morales. A la noche partió correo con despachos para Delgado, Zayas [...]. A las 10.30 de la noche llegó un correo con un despacho de Zayas, y con gran presteça se me ordenaba le diese a Su Magd. Antes de acostarse. Eran ya cerca de las once, y ya Su Magd. Era acostado, y no se le pudo dar”³⁸.

Aunque Felipe II delegaba en sus ministros, era ingente la cantidad de papeles que supervisaba a lo largo del día. No había una administración central y uniforme para todos los territorios de la Monarquía, lo que provocó que Felipe II tuviera que atender las consultas de los funcionarios. Este sistema de supervisión personal, que ralentizaba el funcionamiento de la Monarquía, se utilizó para obtener información de primera mano y para asegurar el cumplimiento de las órdenes dictadas³⁹. Ya desde el comienzo de su reinado se le conocía como “el rey de los papeles”, pues tan involucrado estaba con los numerosos escritos de la Monarquía, como muestra este testimonio de L’Aubespine⁴⁰ de 1559:

³⁷ GACHARD, *Opus cit.*, p. 214. Gachard cita el caso de Giovanni Soranzo, embajador veneciano que relató que Felipe II llegaba a firmar autorizaciones para sacar un caballo del reino o para conceder gratificaciones de veinte ducados.

³⁸ KAMEN, *Opus cit.*, p. 224.

³⁹ ALTAMIRA, *Opus cit.*, p. 105.

⁴⁰ Sebastien de L’Aubespine (1518-1582), obispo de Limoges, fue embajador de Francia en la Corte de Felipe II entre los años 1560 y 1561. Participó como plenipotenciario en nombre de Francia en la firma del Tratado de Cateau-Cambrésis.

“Encuentro a este príncipe muy metido en los asuntos, no pierde una sola hora, todo el día está con los papeles. [En 1560 en Toledo, insistía en manejar todo] estando él mismo y el maestro y el secretario, pero se ve una tardanza y una confusión tan notables que todos los que aquí residen están desesperados”⁴¹.

Así pues, Felipe II trataba de tener un control absoluto sobre la documentación de mayor o menor importancia para el reino, además de intentar adaptar esta burocracia a sus crecientes necesidades. Esta administración, que estaba dominada por personalidades en continua pugna y con una corrupción generalizada, fue la que el rey intentó mejorar con instrucciones precisas sobre el buen ejercicio de las funciones dirigidas a cada secretario⁴², pero éstas eran observadas en raras ocasiones, como lo prueba que algunos como Antonio Pérez acumulasen un gran patrimonio fruto de este empleo⁴³. Felipe II se levantaba temprano y se ponía a leer documentos antes de las ocho de la mañana, escribiendo hasta el mediodía. Después concedía audiencias públicas antes de asistir a misa, siempre con la puerta de su despacho abierta⁴⁴. A pesar de que supervisaba cualquier aspecto de su reinado, delegó ciertas actividades en hombres de su confianza como Ruy Gómez de Silva primero o Antonio Pérez después, dos personalidades especialmente importantes que no fueron las únicas con este privilegio de la confianza real⁴⁵.

Esta forma de gobernar tan personal nunca fue comprendida por unos súbditos que veían cómo el aparato estatal era ralentizado hasta en la organización de acontecimientos de tal importancia como los conflictos bélicos⁴⁶. Cualquier información

⁴¹ KAMEN, *Opus cit.*, p. 225.

⁴² Felipe II aborrecía la corrupción e intentó eliminar cualquier rastro de la misma en su Corte, aunque con escaso éxito. BRATLI, *Opus cit.*, p. 66.

⁴³ MARAÑÓN, *Opus cit.*, pp. 96-105.

⁴⁴ Kamen menciona el hecho de que el monarca siempre despachaba con la puerta abierta como un símbolo de su libertad. Su importancia era tal que en 1578 el duque de Alba, su hijo llamado don Fadrique y el prior don Antonio de Toledo entraron cerrando la puerta tras de sí, a lo cual Felipe II les increpó diciendo “¿Es fuerza? ¿Venís a hacerme violencia?”. Después, durante un tiempo, se negó a recibirlos en su despacho. KAMEN, *Opus cit.*, p. 226.

⁴⁵ Felipe II siempre desconfió de las personalidades fuertes, algo cuyo origen reside, también, en su ya conocida timidez. No confió enteramente en nadie, menos aún tras el caso de Antonio Pérez. Esta desconfianza en los hombres fuertes radica, según Marañón, en ser una persona que se siente humanamente débil. Esto tuvo efectos negativos, ya que receló de aquellas personas de valía, echándolas a perder, celoso, consciente o inconscientemente, de sus triunfos, como pasó con Alejandro Farnesio y Don Juan de Austria. Sólo confió en aquellos que tuvieron una personalidad más borrosa, como Ruy Gómez de Silva. Para Bratli, esta desconfianza fue consecuencia de su pesimismo, el cuál le hacía querer inspeccionar cada aspecto de su Monarquía. MARAÑÓN, *Opus cit.*, p. 51. BRATLI, *Opus cit.*, p. 77.

⁴⁶ Felipe II necesitaba tiempo para observar con objetividad los acontecimientos que acontecían en su vasto imperio. Con frecuencia no tuvo esa posibilidad. PARKER, *Opus cit.*, p. 170. BRATLI, *Opus cit.*, p. 77.

se le entrega al rey por escrito, no de palabra, ya que gustaba de añadir sus propias impresiones y órdenes en los memoriales. Esto frenaba cualquier acción rápida de gobierno, ya que, tal y como decía Chantonnay en 1565, *“en cuanto a nuestro maestro todo va de mañana en mañana la principal resolución de todas las cosas es permanecer perpetuamente sin resolver”*⁴⁷. A pesar de que Felipe II era consciente de la lentitud de su administración, no pudo realizar una reforma tan profunda como para resolver este problema, ya inherente al sistema.

El término de “rey papelero” no era empleado en vano⁴⁸. Era una crítica hacia una forma de gobierno que pocos compartían. No por la merma en la eficacia de la administración, que implicaba el que el monarca estuviese pendiente hasta de los detalles más nimios, sino porque consideraban que no era una actividad acorde a lo que se esperaba de un rey. No aceptaban la idea de que el gobernador fuese un funcionario que dirigía el reino desde su despacho, algo que le distanciaba de los súbditos y, como ya hemos visto, restaba eficacia a la actuación de la administración. Felipe II siempre rechazó estas insinuaciones, continuando con su forma habitual de gobierno, ya que había adquirido una notable habilidad en la lectura y respuesta de los numerosos papeles que le entregaban diariamente⁴⁹. Felipe II nunca tuvo facilidad de palabra, menos aún comparándola con su habilidad escribiendo, y nunca consideró a la palabra como sustituto del papel en las toma de decisiones⁵⁰. A pesar de que ya estaba acostumbrado a redactar sobre cualquier aspecto de la monarquía⁵¹, nunca fue éste un sistema eficiente, quejándose continuamente de que *“cargan tantas audiencias que no me dexan ordenar cosas”*⁵², necesitando para trabajar *“tiempo y quietud, y con las audiencias creed que*

⁴⁷ KAMEN, *Opus cit.*, p. 227.

⁴⁸ No hay que confundir los términos. El principal medio de comunicación con los diferentes rincones de su imperio de Felipe II era la palabra escrita, pero esto no significa que atesorase documentos. Ordenó la destrucción de escritos de carácter confidencial cuyo contenido atañía al mismo monarca, como es el caso de los relativos a Antonio Pérez o su hijo. PARKER, *Opus cit.*, p. 172.

⁴⁹ En 1576 Mateo Vázquez le aconsejó que despachase de palabra y no por escrito para acelerar la administración, a lo que Felipe II respondió diciendo que *“para quien ha ya casi 33 años que trata negocios, trabajo seria oyrlos y después verlos para responder, y mas los bien hablados”*. KAMEN, *Opus cit.*, p. 227.

⁵⁰ Según decía el embajador de Venecia en 1574, el monarca *“es más rápido que cualquier secretario”*. Algo en lo que coincidía con su homólogo inglés, quien anotaba en 1575 que *“se dice que Su Magestad escribe y despacha por billetes más que todos sus secretarios juntos”*. PARKER, *Opus cit.*, p. 171.

⁵¹ Felipe II llegaba a advertir acerca de errores formales u ortográficos en sus misivas, tal era la estima que le tenía a la palabra escrita. BRATLI, *Opus cit.*, p. 67.

⁵² El testimonio está fechado el 25 de octubre de 1573. KAMEN, *Opus cit.*, p. 227.

*no puedo*⁵³. El volumen de trabajo era enorme, llegando a superarle⁵⁴, siendo común que se quedase leyendo hasta horas avanzadas de la noche y quedándose sin cenar en no pocas ocasiones, como él mismo escribió en un informe que le entregaron pasadas las nueve de la noche: *“Agora me dan otro pliego vuestro. No tengo tiempo ni cabeza para verle y así no le abro hasta mañana y son dadas las diez y no he cenado, y quedarme la mesa llena de papeles para mañana, pues ya no puedo mas agora”*⁵⁵. A pesar de este cansancio provocado por la acumulación de informes nunca renunció a su convicción de que el papel era de más utilidad que la palabra. Felipe II estaba dedicado completamente a gobernar, intentando responder puntualmente a cada escrito que le era entregado⁵⁶. Bastaba un día de retraso en sus respuestas para que el sistema se tambalease y la gente se desesperase. Por norma general a las once de la noche dejaba de trabajar como tarde, ya que *“hasta ahora que son las once he estado esperando el pliego y ya no puedo esperarle mas, que no tengo ojos en la cabeza, y mas aviendo de ir mañana a la iglesia a misa”*⁵⁷.

Los papeles siempre acompañaban al monarca en sus viajes⁵⁸, ya que no podía prescindir de ellos ni tampoco permitirse un solo día de dilación en emitir una respuesta, convirtiéndose su carruaje en un despacho rodante: *“tengo hoy tantos papeles que no puedo ver agora estos, no podré oy. Antes me pienso ir al campo para ir los leyendo en el carro”*⁵⁹. Este trasiego de documentación hacía muy difícil su ordenación, lo que también repercutió en la eficacia de la administración, ya mermada como se ha visto, perdiéndose papeles continuamente, *“mas no sé si los tengo, ni adonde están ni tengo tiempo de buscarlos”*⁶⁰. Felipe II pensaba escribiendo, lo cual hizo que la cantidad de papel dedicada a las tareas de gobierno se viese incrementada notablemente.

⁵³ Kamen cita estas palabras de una nota de Aranjuez fechada el 30 de abril de 1586. KAMEN, *Opus cit.*, p. 227.

⁵⁴ Marañón nos presenta ciertamente a un monarca que *“a procurar su felicidad [de sus súbditos] lo supeditó todo, incluso su propia vida, que fue de verdadera esclavitud al deber”*. MARAÑÓN, *Opus cit.*, p. 48.

⁵⁵ KAMEN, *Opus cit.*, p. 228. PARKER, *Opus cit.*, p. 168. La cita proviene de un informe fechado en abril de 1578.

⁵⁶ ALTAMIRA, *Opus cit.*, p. 106.

⁵⁷ Nota redactada por Felipe II en un pliego el 21 de abril de 1575. Citado en KAMEN, *Opus cit.*, p. 229.

⁵⁸ *“No se vio en el mundo hombre tan gran trabajador: nunca tuuo hora ociosa, siempre sobre sus papeles, sobre sus consultas y negocios, por los bosques y los jardines, cargado de papeles: escribiendo y despachando sin cesar”*. Sermón fúnebre por Felipe II pronunciado por el predicador real, Aguilar de Terrones, en 1598. PARKER, *Opus cit.*, p. 167.

⁵⁹ Escrito del monarca del 9 de marzo de 1576. KAMEN, *Opus cit.*, p. 229. Escrito del monarca del 9 de marzo de 1576.

⁶⁰ Carta de Felipe II del 28 de diciembre de 1574. Citado en *Ibidem*, p. 230.

Este sistema de gobierno no estaba ajustado a una política preestablecida, sino que variaba en función de los acontecimientos, reordenando sus necesidades y recursos para hacer frente a los imprevistos. El monarca nunca tomó decisiones de gravedad, acerca de la guerra o la paz, basándose en su propio criterio, sino que escuchó las opiniones de sus Consejos. Sus resoluciones no se adoptaron de forma arbitraria, sino que aceptaba cualquier opinión y consejo que le guiase en la toma de decisiones, no actuaba si no tenía informes que le apoyaban a hacerlo y dudaba a la hora de adoptar una decisión firme. Sólo una vez que los hechos habían sobrepasado toda gravedad, Felipe II se decidía a actuar. El rey no estaba cómodo en su papel de gobernador tomando decisiones de compromiso, prefería disponer su parecer desde la distancia y sólo cuando no era posible otra solución. Además, estas decisiones las debía tomar sin poseer toda la información necesaria para decidir una estrategia a seguir, haciendo que se alargase el tiempo que dedicaba a reflexionar sobre la conveniencia de realizar ciertas acciones.

El hecho de que fuese el responsable último de las decisiones que había de adoptar le desagradaba en exceso, aunque sus consejeros cargaban con las culpas si algo no salía todo lo bien que se esperaba. Esta cantidad de compromisos que Felipe II debía afrontar se llevaban a cabo gracias a una burocracia que contaba con las personas de más confianza del rey⁶¹. Los gobernadores o virreyes, situados en las capitales regionales, recibían órdenes directamente del monarca y de su respectivo Consejo en Madrid, relacionándose con los órganos del gobierno local. El personal diplomático, que defendía los intereses de España en el extranjero, colaboraba con Felipe II. El equipo de agentes extraoficiales, que realizaban tareas encomendadas por el monarca, dependía de sus órdenes.

El apelativo de “prudente”⁶² lo obtuvo de aquellos defensores de una persona que era, a su juicio, cautelosa ante todo⁶³. Su lentitud en la toma de decisiones era algo que

⁶¹ ALTAMIRA, *Opus cit.*, p. 100.

⁶² Apelativo que ha provocado numerosos ríos de tinta tratando de explicar la psicología del monarca. Albadalejo, en lugar de remitir única y exclusivamente a la naturaleza del rey, aboga por argumentar su comportamiento con el contexto delicado en el que se desarrolló. FERNÁNDEZ ALBADALEJO, *Opus cit.*, p. 70.

⁶³ Altamira ve, en lugar de la mencionada “prudencia”, un grave problema de indecisión, algo que Felipe II nunca fue capaz de superar a pesar de que le situaba en una posición de inferioridad respecto a sus competidores. Parker, por su parte, ve en este rasgo “insensibilidad y cierta astucia maligna”. Marañón entiende que esta prudencia “era sólo timidez disfrazada por la solemnidad ejemplar que tiene cualquier

debían aceptar aquellos que se relacionaban con él, ya que, “*quien atiende a la brevedad no sucediendole bien lo que desea, pierde la reputacion*”⁶⁴. El tiempo era el bien máspreciado por Felipe II, nunca teniendo suficiente para valorar las circunstancias y la forma más apropiada de actuar ante las diferentes incidencias que tenían lugar, siempre tenía relojes “*delante de los ojos, de noche y de día, y que en suma son el gobierno total de este rey*”⁶⁵.

Felipe II, tenido por retraído y tímido por sus propios contemporáneos⁶⁶, no fue así exactamente⁶⁷. Sus reservas a la hora de tomar la palabra radicaban en su voluntad de escuchar a su interlocutor antes de hablar. Este silencio, que el monarca obedecía por respeto, era tomado como una forma de intimidación. Esta forma de ser, tranquila, también tenía su reflejo en su vida personal y familiar. Nunca fue una persona melancólica, salvo en contadas excepciones, como la del arresto de su hijo don Carlos. Apreciaba los silencios y era un hombre sosegado, por lo que se explica que el volumen de su voz fuese bajo en la mayoría de ocasiones, hablaba “*en voz tan baja, que nosotros, hallándonos muy cerca, no pudimos oírlo*”⁶⁸. No solía mostrar sus emociones en público, resultando amable y tranquilo hasta en momentos tan difíciles como el arresto de su hijo. Felipe II, a diferencia de su padre, sólo hablaba el castellano, lo que limitaba su comunicación con embajadores de diversas naciones, como los italianos, los alemanes o los neerlandeses, quienes tuvieron la impresión de estar ante un príncipe retraído y poco afable⁶⁹. Aunque no hablase ni francés ni italiano, los comprendía sin problemas. El latín, idioma que utilizaba para hablar con aquellos extranjeros que desconociesen el castellano, lo hablaba sin gran fluidez ni dominio. Por su parte, el portugués lo entendía medianamente como lengua de su madre, pero no lo utilizaba con frecuencia, aunque conocía su importancia, ya que, como dijo a sus hijos: “*bien debéis*

acto en los jefes indiscutibles”. Su prudencia, según Marañón, era irresolución, la dilación de los asuntos de gobierno le era grata. ALTAMIRA, *Opus cit.*, p. 109. PARKER, *Opus cit.*, p. 308. MARAÑÓN, *Opus cit.*, p. 50.

⁶⁴ La cita es un consejo del propio Felipe II a los embajadores en la Corte de Madrid. KAMEN, *Opus cit.*, p. 234.

⁶⁵ La cita es de Pérez de Herrera, recogida por Cabrera de Córdoba. *Ibidem*, p. 234.

⁶⁶ Marañón resalta que la timidez era una particularidad de Felipe II, dada como consecuencia de la herencia psicológica de su tatarabuela, Doña Isabel, de Doña Juana la Loca y de su padre. Hay un debate acerca de si este rasgo de su personalidad era timidez o realmente consistía en depresión. MARAÑÓN, *Opus cit.*, p. 49.

⁶⁷ Felipe II fue desde pequeño silencioso y grave, con gran habilidad para ocultar sus sentimientos. ALTAMIRA, *Opus cit.*, p. 75.

⁶⁸ KAMEN, *Opus cit.*, p. 235.

⁶⁹ Felipe II no aprendió en este caso de la experiencia vivida por su padre, quien comenzó a ser rey de Castilla sin saber su idioma. ALTAMIRA, *Opus cit.*, p. 73.

entender el portugués”⁷⁰. El catalán era probable que lo entendiese, ya que estaba vinculado con la casa de Requesens y asistió a los debates de las Cortes, que se realizaban en esa lengua. Los documentos en otra lengua distinta al castellano o al latín le eran traducidos para su mejor comprensión. En alguna ocasión el propio Felipe II tradujo textos del latín al español debido a la gravedad de los temas a tratar.

Estas reservas de Felipe II a hablar eran naturales y no siempre transmitía la sensación de tranquilidad del monarca, intimidando a sus interlocutores, algo que nos menciona Teresa de Ávila: “*empecé a hablarle porque su mirar penetrante, de esos que ahondan hasta el ánimo, fijó en mí, así que bajé mi vista y con toda brevedad le dije mis deseos*”⁷¹. Esta incomodidad que causaba en aquellos que se dirigían a él por mirarlos fijamente era conocida por el rey⁷², quien trataba de rehuir su mirada. A pesar de esto siempre fue cortés de forma natural, estando disponible para cualquier consulta y se lastimaba de tener que cancelar audiencias, enfadándose de “*no tener tanto tiempo como querría para verle*”⁷³. No confió ciegamente en ninguno de sus colaboradores⁷⁴, sólo delegó poderes a sus hermanas Juana y María a las que les suponía unas capacidades de gobierno así como una personalidad firme que él tanto apreciaba⁷⁵. Pero esto no significa que nunca otorgase su confianza a aquellos más cercanos, aunque siempre asegurándose que las decisiones tomadas debían ser aprobadas por él⁷⁶.

Felipe II tenía una magnífica memoria, una gran capacidad retentiva que le servía para almacenar datos y hechos con facilidad, algo que le sería de utilidad en su gobierno. Era tanta la información que poseía que le resultaba difícil plasmarla en un escrito, más aún si la decía de palabra. Pero estos detalles que recordaba nunca le resultaron de importancia trascendental para su política. Siempre valoró por encima de

⁷⁰ BOUZA ÁLVAREZ, Fernando (1998): *Cartas de Felipe II a sus hijas*. Madrid, Akal, p. 75.

⁷¹ KAMEN, *Opus cit.*, p. 235.

⁷² Tal era la impresión que causaba el monarca que debía tranquilizar a sus interlocutores con un “*sosegaos*”. BRATLI, *Opus cit.*, p. 65.

⁷³ KAMEN, *Opus cit.*, p. 235.

⁷⁴ ALTAMIRA, *Opus cit.*, p. 108. Como bien apunta Altamira, esta constante desconfianza hacia los demás produjo que todo el peso de la administración recayese sobre él, acentuando el absolutismo.

⁷⁵ Acerca de la regencia de doña Juana de Austria, consultar SANZ AYÁN, Carmen (1998), “La regencia de doña Juana de Austria”, en VV.AA., *La monarquía hispánica Felipe II, un monarca y su época*, pp. 137-146. El Escorial, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V.

⁷⁶ Altamira menciona que “*de todas las doctrinas de Carlos I en materia de principios y de técnica política, la que más arraigó en el espíritu de Felipe II fue la de la suspicacia, o sea, la de la sagacidad hermanada con la desconfianza de los hombres*”. ALTAMIRA, *Opus cit.*, p. 72.

cualquier cosa la visión general de los acontecimientos, que le favorecía la creación de una estrategia⁷⁷.

Esta serenidad que transmitía en persona no implicaba que fuese alguien tímido, más aún no dejó de enfrentarse con aquellas personas con cuyas opiniones no coincidía, aunque esas personas fueran su propio padre. Comedido, siempre vigilaba que su conducta pública fuera intachable, y lo mismo exigía a aquellos que le rodeaban. No fue una persona grave a pesar de lo que pudiese aparentar por una vestimenta donde el negro era el color principal, algo que contrastaba con su personalidad amable y alegre⁷⁸. Era educado, conocedor y respetuoso de las prescripciones de la etiqueta. No aceptaba las alabanzas, prefiriendo que la verdad imperase en la Corte, se debía hablar sin restricciones, para evitar unas mentiras que él tanto detestaba⁷⁹. No significa esto que no hiciese uso de los secretos, algo que él mismo incentivó, unos secretos de Estado que en el siglo XVI no eran fáciles de guardar, a pesar de que él lo intentó imponiendo esta norma a secretarios, embajadores y funcionarios mayores: “*conviene mucho el secreto, sin el qual ninguna cosa se puede bien proveer*”⁸⁰. El ejemplo más significativo de su afán por guardar los secretos se puede encontrar en el caso de Antonio Pérez, secretario personal del monarca, quien se valió del favor real para medrar económicamente y resolver problemas personales⁸¹.

⁷⁷ El hecho de que controlase directamente todos los asuntos de su administración provocó una falta de perspectiva fundamental para valorar los acontecimientos políticos. ALTAMIRA, *Opus cit.*, p. 111.

⁷⁸ La vestimenta de color negro era algo común en España, ya que, como símbolo de luto, era utilizado en innumerables ocasiones, y Felipe II vivió varios fallecimientos en su familia. Este color simbolizaba además su sobriedad y sencillez. Pero no siempre vistió de negro, aunque sí que es cierto que gustaba de utilizar este color, que hacía resaltar su collar del Toisón de Oro. Atuendos plateados, rojos y blancos, negros y dorados son algunos de los que llegó a utilizar. KAMEN, *Opus cit.*, p. 236. ALTAMIRA, *Opus cit.*, p. 77.

⁷⁹ En una audiencia, Felipe II paró las lisonjas de un clérigo diciendo: “*Padre, dexad esto y decid el negocio a que venís*”. Hecho documentado por Pérez de Herrera y recogido por Cabrera de Córdoba. KAMEN, *Opus cit.*, p. 237. BRATLI, *Opus cit.*, p. 59.

⁸⁰ Instrucción realizada al virrey de Nápoles. Citada en KAMEN, *Opus cit.*, p. 237.

⁸¹ Antonio Pérez (1540-1611) fue secretario de Felipe II, cuya influencia utilizó para mandar asesinar a un rival, Juan de Escobedo, quien conocía las formas ilegítimas de aquél para medrar. El encarcelamiento de Pérez, su posterior fuga a Aragón y persecución del monarca bajo la jurisdicción de la Inquisición, removió a una monarquía poco dada a los escándalos. Para obtener más información, es fundamental la consulta de la obra MARAÑÓN, *Opus cit.*, y de PÉREZ, Joseph (1998), “El secretario Antonio Pérez y las alteraciones de Aragón”, en VV.AA., *La monarquía hispánica Felipe II, un monarca y su época*, pp. 377-386. El Escorial, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V.

Felipe II fue amante de la justicia⁸². Como administrador de ésta, no fue especialmente cruel⁸³. Sí que fue inflexible y, en ciertas ocasiones, taimado⁸⁴. Llegó a frenar la severidad de sus funcionarios de justicia, a quienes inspeccionaba para que obedeciesen el cumplimiento de las leyes⁸⁵. A pesar de lo cual no fue un hombre belicoso, le desagradaba sobremanera la guerra y admitía cualquier intención de entablar una paz que pusiese fin a un conflicto. Con una mentalidad providencialista⁸⁶, ejerció la política del gobierno siguiendo los dictados de Dios, como Monarquía Católica⁸⁷. Los intereses de la religión se confundían con los de la monarquía y viceversa⁸⁸. El monarca sólo era responsable ante Dios, ya que su poder tenía procedencia divina⁸⁹. Esta responsabilidad la obedeció ciegamente Felipe II a lo largo de su reinado⁹⁰. Su mayor preocupación fue el mantenimiento de la religión católica y la lucha contra aquellos enemigos de la autoridad del Papa⁹¹, se arrogó la misión de defender el catolicismo⁹², algo que el mismo Papa afirmaba en sus escritos⁹³. Pero esta

⁸² BRATLI, *Opus cit.*, p. 59.

⁸³ Felipe II fue comedido y en más de una ocasión se contuvo en aspectos de política internacional o de su reino. ALTAMIRA, *Opus cit.*, p. 141.

⁸⁴ Felipe II fue un obediente escrupuloso de la ley, escogiendo para los oficios públicos hombres de indudable moralidad. Este cuidado a las ordenanzas era constante, algo que en su mentalidad era compatible con su condición de rey absoluto, ya que ambas situaciones pertenecían a esferas distintas pero relacionadas. *Ibidem*, p. 81.

⁸⁵ GACHARD, *Opus cit.*, p. 218.

⁸⁶ Para Bratli, esta mentalidad providencialista fue la forma de Felipe II de encontrar fuerzas para soportar el peso de la corona. Saber que combatía por intereses más elevados que los terrenales. BRATLI, *Opus cit.*, p. 78.

⁸⁷ Como enviado de Dios, era responsable de llevar a cabo una misión personal y sagrada. Acataba los designios de Dios, donde los fracasos eran pruebas para probar la fe y resistencia de la persona. Esto explica también la impasibilidad con la que asistió a episodios tan crudos como la prisión de su hijo. ALTAMIRA, *Opus cit.*, p. 115.

⁸⁸ Felipe II fue muy religioso, una piedad que podría estar relacionada con el respeto a las iglesias y religiosos. BRATLI, *Opus cit.*, p. 57.

⁸⁹ Acerca de este “absolutismo confesional”, consultar: BORROMEO, Agostino (1998), “Felipe II y el absolutismo confesional”, en VV.AA., *La monarquía hispánica Felipe II, un monarca y su época*, pp. 185-196. El Escorial, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V; y MARTÍNEZ MILLÁN, BOUZA ÁLVAREZ, DE CARLOS, *Opus cit.*, pp. 22-24.

⁹⁰ El origen divino de la autoridad real era apoyado por diversas universidades castellanas, estaba asentado en el pensamiento político y tanto Carlos V como Felipe II lo afirmaron. Las Cortes de Castilla, en el siglo XVI aprobaron el principio de que Dios hizo a los monarcas sus vicarios en la tierra. Felipe II además creyó que este poder era indivisible y que lo debía ejercer de forma personal. Esto fue refrendado por las Cortes de Toledo en 1559, que certificaron que la autoridad del rey es de naturaleza indivisible.

⁹¹ Respecto a la Inquisición, Felipe II únicamente la protegió y secundó por respeto a las instrucciones dadas por Carlos V. BRATLI, *Opus cit.*, p. 58.

⁹² Su férrea defensa del catolicismo ha sido objeto de estudio en la obra MARTÍNEZ MILLÁN, BOUZA ÁLVAREZ, DE CARLOS, *Opus cit.*, pp. 24-28.

⁹³ La defensa de la fe católica le fue inculcada por el propio Carlos V, quien en sus célebres *Instrucciones* dirigidas a su hijo le aconsejaba que “*por principal y firme fundamento de vuestra gobernación debéis siempre concertar vuestro ser al bien de la infinita benignidad de Dios y someter vuestros deseos y acciones a su voluntad; lo cual haciendo, con temor de no ofenderle, alcanzaréis certísimamente su ayuda y amparo y acertaréis en todo y por todo; y para que su Divina Majestad os alumbre y encamine y sea más favorable, debéis siempre tener muy encomendada y en la memoria, la observancia, defensa y*

defensa de la religión no era sólo fruto de su personalidad fervorosa⁹⁴, sino que obtenía por luchar contra los infieles unas ayudas económicas muy necesarias, además de recabar el apoyo de la Iglesia en sus dominios italianos. Un apoyo interesado a la religión como hombre pragmático que era y que no dudó en mantener al clero en un estado de sumisión⁹⁵. Felipe II nunca fue amante de la guerra y nunca la hizo por gusto, no significó para él ni diversión ni deber sagrado, no participando en ninguna de las batallas⁹⁶. Era conocido entre los monarcas contemporáneos que prefería mantenerse en retaguardia, alejado del campo de batalla⁹⁷. Veía con gran disgusto cualquier alteración que surgiese en Europa, aunque esto no significaba que no utilizase la guerra con fines políticos, considerándola lícita.

No olvidaba ni perdonaba las ofensas que se le hacían⁹⁸. Esperaba al momento apropiado para exteriorizar su resentimiento y castigar a su agraviante, esta habilidad para disimular los sentimientos hizo que surgiese la expresión de que “*de su risa al cuchillo sólo le separaba el filo*”⁹⁹. Cuando comenzaba su persecución nada le detenía, una persecución que llevaba a cabo no inmediatamente, sino cuando consideraba que era el momento propicio.

aumento de nuestra Santa fe católica generalmente, y en especial en todos los reinos, estados y señoríos que de mí heredaréis favoreciendo la Divina justicia y mandando que ésta haga decución [sic.]. ALTAMIRA, *Opus cit.*, p. 85.

⁹⁴ El sentimiento religioso era muy fuerte en el monarca, quizás en la actualidad puede parecer que la suya es una religiosidad exagerada e incluso enfermiza. Para Bratli, esto únicamente debe ser entendido como “*expresión de aquella tendencia mística que en este siglo halló terreno tan propicio en España*”. A pesar de lo cual, nunca fue supersticioso. BRATLI, *Opus cit.*, p. 56.

⁹⁵ Felipe II no toleró injerencias de religiosos o de cualquier otro grupo. A pesar de eso su respeto, siempre presente, le obligaba a no permitir que los eclesiásticos, le besaran las manos, ya que eran representantes de Dios. *Ibidem*, p. 57.

⁹⁶ ALTAMIRA, *Opus cit.*, p. 77.

⁹⁷ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II...*, p. 408.

⁹⁸ BRATLI, *Opus cit.*, p. 59.

⁹⁹ GACHARD, *Opus cit.*, p. 219. CABRERA DE CÓRDOBA, Luis (1998) [1ª ed. 1619]: *Historia de Felipe II, Rey de España* (edición José Martínez Millán y Carlos Javier de Carlos Morales). Valladolid, Junta de Castilla y León, p. 409.

5. LA EDUCACIÓN CORTESANA:

5.1. *La educación de un príncipe:*

Es lógico pensar que un príncipe como Felipe iba a recibir una educación que poco, o nada, tenía que ver con la destinada a una persona de una posición social inferior. En una sociedad tan compartimentada como la de la Edad Moderna las diferencias entre estamentos abarcaban también la formación que recibían sus miembros. El principal objetivo de esta formación no era tanto integrar al joven en la sociedad, sino en su grupo social, por lo que únicamente se le enseñarán aquellos conocimientos propios del estamento al que pertenece¹⁰⁰.

La formación del nuevo rey comenzó nada más nacer Felipe, pues se le designarán ayos y amas de cría que le fuesen educando desde sus inicios¹⁰¹. No era un asunto baladí, pues era el heredero de un imperio tan extenso como complejo, por lo que estaba sujeto a la supervisión de humanistas, juristas y religiosos que establecían el modelo adecuado para educar correctamente a tan ilustre persona. Si formar era, en buena medida, introducir al niño en los círculos sociales en los que se debía desenvolver a lo largo de su vida, entonces estos educadores eran “agentes socializadores” que cuidaban que el príncipe tuviese una correcta formación social acorde a su posición¹⁰². Primero en el mundo de las mujeres y posteriormente alcanzando la madurez en el de los hombres, el príncipe iba aprendiendo a moverse en aquellos círculos sociales a los que estaba destinado por nacimiento, siempre bajo la atenta supervisión de unos educadores que eran designados, en este caso, por Carlos V, y que seguían las pautas marcadas por los humanistas.

Ya desde su nacimiento Felipe tenía un camino marcado, un destino que no podía rehuir y debía ser guiado por el mismo tal y como se había estipulado:

“El officio del príncipe o infante heredero tiene el segundo lugar despues del rrey, al qual somos obligados de seruir e amar como segunda persona e señor natural e superior sobre todos los demás, pues que es elegido por Dios para

¹⁰⁰ GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, *El aprendizaje cortesano...*, p. 22.

¹⁰¹ ALTAMIRA, *Opus cit.*, p. 71.

¹⁰² GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, *El aprendizaje cortesano...*, p. 22.

rreynar despues de su padre, y asi deue ser acatado e con toda fidelidad festejado e obedesçido en su grado e segundo estado"¹⁰³.

"*Así debe ser acatado*", por lo tanto Felipe ya nació, como todos los príncipes contemporáneos, con un camino prefijado donde todo estaba estipulado¹⁰⁴. El heredero debía, pues, jugar un rol ya desde su nacimiento, haciéndole saber su importancia dentro del estamento social en el que se movía. Un heredero en el que confluían las vertientes política y religiosa, pues la tarea a la que estaba destinado por nacimiento era designada por Dios, algo que Felipe, con su mentalidad tan providencialista, nunca dejó de recordar.

Jose Luis Gonzalo Sánchez-Molero apunta a una constante en la educación de estos príncipes: una cierta "mitogenia" sobre la que se construye el proceso socializador, pues se idealiza a una persona alejándola de la realidad que la rodea y sobre la que, a fin de cuentas, terminará gobernando, tal y como afirma:

*"Es cierto, que toda socialización pretende que el individuo se inserte en su grupo social a través de una concordancia con las imágenes que este grupo le atribuya por razón de sus particulares rol y status"*¹⁰⁵.

Una mitificación del monarca que, apunta el mismo autor, era una auténtica "*válvula de escape frente a la crisis o frente a la opresión*"¹⁰⁶. Por lo tanto, Felipe estaba destinado, al igual que su padre antes que él o como lo estarán sus hijos, a representar un papel, no sólo a gobernar un reino, sino a ejercer un puesto dentro de su grupo social, integrándose en el mismo y actuando según sus normas.

No hay que descuidar que el príncipe era, ante todo, una figura política, cuyas decisiones más personales, como las de su matrimonio, eran asunto de debate entre los consejeros del monarca. No era pequeña su responsabilidad y todo el reino dependía de su suerte. Por lo tanto, su formación como futuro rey era asunto que concernía a los miembros de la Corte, reglándose su educación que estaba dirigida por, en este caso, algunos de los humanistas más prestigiosos.

¹⁰³ La cita pertenece a Gonzalo Fernández de Oviedo, cronista y capitán de Carlos V. GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, *El aprendizaje cortesano...*, p. 22.

¹⁰⁴ ALTAMIRA, *Opus cit.*, p. 71.

¹⁰⁵ GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, *El aprendizaje cortesano...*, p. 23.

¹⁰⁶ *Ibidem*, p. 23.

El medio donde el príncipe se desenvolverá la gran mayor parte del tiempo y donde se formará para ser rey es la Corte en general y su propia Casa en particular. En estos medios confluyen los aspectos humanos, físicos, religiosos... que Felipe irá adquiriendo y aprendiendo. De alguna manera este medio tan restringido era un reflejo del que se vivía más allá de los muros de palacio, pero adaptándose a las necesidades y exigencias de la Corte¹⁰⁷. Todas estas exclusividades de la educación principesca y los trasvases con la sociedad exterior hacían del proceso socializador y formativo algo complejo. El príncipe nunca dejará de estar en contacto con el medio cortesano, ya esté en un entorno rural o urbano su medio propio le acompañará y desde él y con sus enseñanzas se desenvolverá a lo largo de su vida. Se podría decir que es el medio cortesano el que entra en contacto con otros medios, no únicamente el príncipe, pues a éste le acompaña su Casa que forma parte de la Corte. Las diferencias de formación entre ambos mundos, el cortesano y principesco frente al exterior, no suponen un aprendizaje mutuo sino más bien un choque entre dos mentalidades abiertamente opuestas.

La sociedad de la Edad Moderna, en este caso del siglo XVI, se caracteriza por estar compartimentada en estamentos estancos, donde las posibilidades de ascenso social eran escasas aunque no inexistentes¹⁰⁸. Por lo tanto no es de extrañar que el príncipe sólo se desarrollase en su ambiente cortesano y se moviese con él a todas partes. Además, los compartimentos sociales no sólo dependían de la posición en la sociedad, sino también del sexo, por ejemplo, algo que prueba el que los espacios de las mujeres estuviesen apartados del de los hombres y no se considerasen complementarios, algo que el propio Felipe vivió durante su formación cuando durante la niñez estaba al cargo de mujeres de forma casi exclusiva, durmiendo en la Casa de su madre y jugando con sus hermanas, mientras que una vez alcanzada una determinada edad se le consideró en posesión de una madurez necesaria para comenzar su formación como adulto y futuro monarca, algo que se hará en un ambiente exclusivamente masculino. Al igual que un hombre no podía pasar a un ambiente femenino, y cuando alguno lo hacía como don Juan de Zúñiga, ayo de Felipe durante su transición a la madurez, se sentía

¹⁰⁷ Se podría hablar de “interferencias” entre un medio y otro. GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, *El aprendizaje cortesano...*, p. 24.

¹⁰⁸ Además, hay que destacar que la sociedad de la Edad Moderna era muy heterogénea, con lo que las posibilidades de insertarse en otro estamento no eran imposibles.

incómodo y reacio a recoger al príncipe a la Casa de la reina¹⁰⁹. Un problema que pronto se resolvería creando una Casa propia para el príncipe y tras la cual ya nunca volverá a cobijarse en un ambiente femenino.

Por lo tanto, el príncipe deberá aprender a desenvolverse, o a no hacerlo, en un ambiente formado por espacios compartimentados entre los cuales la comunicación era una quimera. Ambientes urbanos, rurales, palaciegos, religiosos... todos tenían sus propias normas y eran exclusivos de sus miembros. En este contexto de rigurosidad y formalismo, los niños, como lo fue el príncipe, eran los únicos que podían traspasar los diferentes medios, como hacían los hijos de la Emperatriz desenvolviéndose por sus aposentos a la par que lo hacían por los del resto de Palacio¹¹⁰.

A pesar de la presencia de espacios compartimentados, se dará la existencia de lo que se ha denominado como espacios de socialización, un medio que facilitaba la socialización entre personas que pertenecían a distintos estamentos y distintos espacios, como lo sería una capilla, por ejemplo. Aunque de manera muy tímida y limitada, pues no dejaba de ser una sociedad inmovilista en este aspecto, se daba también una leve circulación de ideas, por lo que, mediante las relaciones entre personas en los espacios de socialización, entraban en contacto ambientes culturales y sociales diversos, dándose un incipiente trasvase de mentalidades¹¹¹. Esto enriquecerá la formación de Felipe, al igual que antes que él había sucedido con su viajero padre, que había conocido todas las culturas europeas, siendo su conocimiento y mentalidad mucho más amplios que los de sus contemporáneos. A pesar de que Felipe se resistió a viajar a lo largo de su vida, y una vez estuvo asentada la Corte en Madrid no se movió de ahí, las experiencias como el Felicísimo Viaje a Bruselas atravesando media Europa y su matrimonio con María Tudor en Inglaterra no harán sino enriquecer la educación de un príncipe que iba a gobernar sobre aquellos reinos que antes desconocía. La tolerancia frente a estos choques culturales dependía de la formación del príncipe, que no fue tan receptivo a las ideas extranjeras, algo que ya queda patente con su tan lamentado y limitado don de lenguas, como lo fue su padre. La educación del príncipe, quizá en exceso limitada

¹⁰⁹ GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, *El aprendizaje cortesano...*, p. 25.

¹¹⁰ PARKER, *Opus cit.*, p. 49.

¹¹¹ El incipiente mundo urbano ayudará a ampliar esos espacios de socialización y a que las ideas fluyan con mayor rapidez. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II...*, p. 200.

incluso para su tiempo a cargo de un religioso fanático como lo fue Silíceo¹¹² y la negativa de éste a animarle a aprender otros idiomas¹¹³, puede estar en la génesis de su personalidad retraída y poco dada a comprender los puntos de vista de sus súbditos de los que tanto distaba, tanto geográfica como ideológicamente.

Además, se debe tener en cuenta la variable religiosa, pues Felipe no se formó únicamente en el terreno social y político, sino también en el religioso, un medio en el que se desenvolvía tan bien como un obispo, pues sus conocimientos bíblicos eran muy vastos, algo que también definiría su personalidad marcadamente providencialista. A lo largo de la vida de Felipe II sus relaciones con el mundo terrenal y el religioso se entrelazarán, basando en no pocas ocasiones decisiones políticas o personales con argumentos religiosos.

Felipe vivió, por lo tanto, varias etapas en su formación, una primera más familiar donde estuvo al cargo de su madre, entre 1527 y 1534, otra de enseñanza donde estuvo al cargo de sus maestros, entre 1534 y 1543, y una última de formación política al cargo de Carlos V desde 1543 hasta 1556. Nunca estuvo Felipe al margen de los planes formativos que para él tenía su padre ya desde su mismo nacimiento. El príncipe nació con un destino claro que debía cumplir y el Emperador organizó su vida para que se fuese formando para llegar a ser lo que se esperaba de él. De estas tres etapas, únicamente la primera era la que pertenecía al mundo femenino, en el resto el príncipe se desenvolverá en ambientes exclusivamente masculinos. Los espacios, tan importantes en la sociabilidad de la época, también pueden servir para establecer una periodización en la educación del príncipe a lo largo de tres etapas donde una primera sería exclusivamente femenina entre 1527 y 1533, una segunda de transición hacia el espacio masculino desde 1533 hasta 1535, y una última ya únicamente masculina entre 1535 y 1546. Aunque su formación será constante a lo largo de su vida, su educación como futuro rey finaliza una vez ha depositado en él su padre la responsabilidad de gobernar y sustituirle al frente de sus reinos.

¹¹² Ciertamente, el Cardenal Silíceo estuvo muy preocupado por el avance del protestantismo y llevó a cabo, en su etapa como obispo de Cartagena, diversas limpiezas de sangre. ESPONA, Rafael José R. de (2005), “El cardenal Silíceo, príncipe español de la contra-reforma”, en *Anales de la Fundación Francisco Elías de Tejada*, N° 11, pp. 41-61, p. 47.

¹¹³ Manuel Fernández Álvarez apunta a que esta poca predisposición de Silíceo a cargar con trabajo a su regio alumno se produjo por su voluntad de dar contentamiento al príncipe y, por extensión, al monarca, antes que entrar en disputas. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II...*, p. 647.

5.2. La influencia del Humanismo:

Como apunta Gonzalo Sánchez-Molero en su tesis *El Erasmismo y la educación de Felipe II (1527-1557)*, la formación del príncipe estuvo influida por el erasmismo, imperante en aquella época, tal y como se pone de manifiesto al observar que Bernabé de Busto, cronista de Carlos V, le dedicó al hijo del Emperador su traducción al castellano de la obra de Erasmo *Institutio principis christiani*¹¹⁴, algo que sólo habría de ser una anécdota si Felipe no hubiese contado entre sus libros de aprendizaje la obra *Querela pacis*¹¹⁵. Para este autor, el pensamiento de Erasmo tuvo gran peso en la educación de Felipe II, a pesar de que, en teoría, su influencia en España en aquellos años ya era escasa. La repercusión de Erasmo, no sólo en la educación del príncipe sino también en la propia Corte de Carlos V, no era algo extraño o particular, sino que fue fruto de que gran parte de los humanistas españoles seguían los dictados de Erasmo, cuya obra contaba con la protección de la Corte carolina. Dentro de este ambiente erasmista reinante, con el nacimiento del nuevo príncipe los distintos pensadores crearon modelos pedagógicos para la educación del que habría de ser el nuevo monarca, educación que se debía basar en los ideales erasmianos que, por ejemplo, imperaban en la Universidad de Alcalá. Por lo tanto, la educación de Felipe se desarrolló en un ambiente intelectual del que incorporó no pocos aspectos a su personalidad.

Tan pronto como se supo del nacimiento del príncipe los erasmistas españoles como Alfonso de Valdés¹¹⁶, Bernabé de Busto¹¹⁷, Francisco de Bobadilla y Mendoza¹¹⁸

¹¹⁴ Conviene resaltar que la obra de Erasmo supuso una auténtica renovación en el género de los “specula principum”, es decir, obras dedicadas a mejorar la educación de los príncipes. FERNÁNDEZ ALBADALEJO, *Opus cit.*, p. 74.

¹¹⁵ La obra *Querela Pacis* o *Querrela de la Paz*, es un tratado pacifista publicado en 1517 donde Erasmo muestra unas profundas convicciones acerca de la conveniencia de la paz para el progreso de los pueblos. GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, *El Erasmismo...*, p. 7.

¹¹⁶ Alfonso de Valdés (1490-1532) fue un destacado humanista español que se inscribió dentro del pensamiento erasmista. Secretario de las cartas latinas de Carlos V, creó varias obras donde plasmaba su pensamiento, la mayoría bajo la forma de “diálogos”, entre las cuales destaca el *Diálogo de Mercurio y Carón* (1528). Para obtener una visión más detallada es conveniente la lectura de la obra DONALD, Dorothy (1982): *Alfonso de Valdés y su época*. Cuenca, Diputación Provincial.

¹¹⁷ Bernabé de Busto fue maestro de los pajes de la Emperatriz Isabel, cargo al que se incorporó en torno al año 1530. Defensor de la lengua latina en la educación de los príncipes, publicó unas *Instrucciones grammaticas* donde exponía enseñanzas sobre esta lengua. Un detallado análisis de la vida y obra de este autor se puede encontrar en el artículo GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, José Luis (1999), “Bernabé de busto, cronista y capellán de Carlos V”, en *El Emperador Carlos y su tiempo: actas IX Jornadas Nacionales de Historia Militar, Sevilla, 24-28 de mayo de 1999*, pp. 829-848. Sevilla.

¹¹⁸ Francisco de Bobadilla y Mendoza (1508-1566) fue un eclesiástico y teólogo cuya obra y pensamiento se inscriben dentro del humanismo. Arcediano de Toledo y maestrescuela de Salamanca.

o Lucio Marineo Sículo¹¹⁹ se pusieron a la tarea de elaborar planes para la correcta formación de Felipe en los ideales humanistas que tanto éxito habían tenido en la Corte, donde tanto triunfaban las ideas de Erasmo y que se encargaron de divulgar en España. Este grupo, cuyos miembros tenían contacto entre sí, se convirtió en un movimiento intelectual cuyo centro fue Alcalá de Henares y que se dedicó a difundir los presupuestos de Erasmo y elaboró un programa pedagógico para la correcta educación de Felipe en los presupuestos que ellos apoyaban¹²⁰. Por lo tanto, existía una preocupación por parte de pensadores humanistas acerca de cómo se iba a llevar a cabo la educación del que estaba llamado a suceder a Carlos V en el trono, y no iban a permanecer ajenos ante la labor que se les presentaba de formar correctamente al nuevo príncipe. El eco que consiguieron estos pensadores para el movimiento humanista fue innegable, alcanzando éste una intensidad mayor. La lista de humanistas con alguna relación con la Corte era amplia y abarcaba desde secretarios como Alfonso de Vergara, a profesores de griego como su hermano Juan, pasando por médicos como Suárez o por maestros de nobles como Bernardo Pérez de Chinchón¹²¹.

Todos estos fueron testigos, más o menos directos, de la educación del príncipe y escribieron acerca de cómo ésta debía llevarse a cabo de una forma correcta y siguiendo los postulados humanistas. La Universidad de Alcalá, tras el nacimiento del príncipe, vio como surgía un interés creciente acerca de cómo iba a llevarse a cabo su formación, debates que los propios erasmistas alimentaron, aumentando el entusiasmo de estos intelectuales que polemizaban acerca de qué obras eran las más adecuadas para la educación del príncipe. Ciertamente es que, los erasmistas, tan vinculados a la política del Emperador, estaban, en cierta manera, obligados a preocuparse por la sucesión del trono, por la educación del joven Felipe puesto que, precisamente en la educación situaban las raíces mismas de la intelectualidad y, por extensión, del humanismo. Asegurar la correcta educación del príncipe era asegurar la pervivencia de los

¹¹⁹ Lucio Marineo Sículo (1460-1533) fue un cronista de Carlos V y humanista que se encargó de la educación de diversos nobles y que cuenta entre sus obras más conocidas el *De laudibus Hispaniae Libro VII* (1496), una relación de los acontecimientos más importantes en la Historia de España. Una biografía de este humanista se puede encontrar en ARAMBURU SÁNCHEZ, Celia (2008), “Lucio Marineo Sículo”, en *Salamanca: revista de estudios*, Nº 56, pp. 19-30.

¹²⁰ La Universidad de Alcalá de Henares se convirtió en el gran centro del saber en la España de la época, incorporando nuevos sistemas pedagógicos y enseñanzas a su plan educativo, estableciéndose así como el lugar de reunión de los grandes humanistas. Para ahondar en la historia de esta Universidad, conviene la lectura de la obra de ALVAR EZQUERRA, Antonio (1996): *La Universidad de Alcalá de Henares a principios del siglo XVI*. Alcalá de Henares, Universidad.

¹²¹ GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, *El Erasmismo...*, p. 24.

humanistas que deliberaban acerca de la misma. Estos erasmistas se vieron vinculados con la educación del príncipe desde el mismo momento de su nacimiento.

Una característica de este movimiento es su homogeneidad, su coherencia grupal, pues al ser la gran mayoría de sus educadores afines al humanismo, produjeron un discurso coherente y sin diferencias lo suficientemente grandes como para provocar divisiones entre el grupo de pensadores. Además, hay que señalar que el erasmismo español poseía con anterioridad una gran presencia en la pedagogía, tanto práctica como teórica, lo cual también tendrá una importante repercusión al postularse como la mejor opción a la hora de llevar a cabo la formación de Felipe. Por lo tanto, los gustos afines al erasmismo de gran parte de la Corte influyeron en el proceso de selección de aquellos que debían formar al príncipe, proceso de selección y educación que se desarrollarán en medio de un ambiente intelectual, pues el humanismo influyó tanto en la educación de Felipe como ésta en aquella. Según se iba debatiendo y creando obras acerca de ese tema, se fue creando un modelo de educación para príncipes que tendrá en la figura de Erasmo su pilar central como ejemplo de lo que los humanistas defendían¹²².

Dentro del compendio de obras que vieron la luz con la finalidad de abordar el asunto de la educación del nuevo príncipe tendrá especial interés la de fray Antonio de Guevara¹²³, titulada *Relox de príncipes* (1528-1533)¹²⁴, por dos motivos: por ser la primera obra donde se intenta establecer un modelo para la correcta educación de los príncipes y por estar dirigida al joven Felipe, consciente de que su obra podría ser de utilidad y de lo mucho que convenía que fuera leída por aquellos cercanos al Emperador¹²⁵. Además, esta obra abrirá una senda que recorrerán otros muchos humanistas que elaboraron diversos escritos donde se ocupaban de la formación del hijo

¹²² Paradójicamente este movimiento erasmista preocupado por la educación principesca no contó con el apoyo del propio Erasmo, quizás demasiado afectado por su debilitada salud. GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, *El Erasmismo...*, p. 26.

¹²³ La vida de este humanista, cuya obra es de gran relevancia para entender el modelo pedagógico imperante en la época y para comprender la educación que recibió el príncipe Felipe, se puede estudiar mediante los libros: CONCEJO ÁLVAREZ, Pilar (1985): *Antonio de Guevara, un ensayista del siglo XVI*. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica; y RALLO GRUSS, Asunción (1979): *Antonio de Guevara en su contexto renacentista*. Madrid, Cupsa.

¹²⁴ Dicha obra ha sido objeto de análisis en el artículo de VALLE, Ivonne del (2002), "La prosa novelizada del Relox de príncipes de fray Antonio de Guevara", en *Nueva revista de filología hispánica*, Tomo 50, Nº 1, pp. 181-190.

¹²⁵ Esta obra será de especial calado para Carlos V, pues él mismo hará alusión al escrito de Guevara en un texto enviado al ayo del príncipe don Juan de Zúñiga cuando le dice que debe ser "reloj y despertador" de Felipe. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II...*, p. 646.

de Carlos V desde diversas perspectivas, puesto que algunas se centraron en la vertiente gramática latina, con las obras de Bernabé de Busto y Lucio Marineo Sículo; la Historia, con la producción de Gonzalo Fernández de Oviedo; o la política con las creaciones de Alfonso de Valdés.

Libros como *Especios de Príncipes* o *Nortes de Príncipes* eran comunes a la hora de educar a un hijo de reyes, obras que comenzaron a abundar desde la Baja Edad Media, cuando se empieza a plantear la adecuada formación del futuro rey de acuerdo con los valores predominantes en ese momento, entre los cuales la religión y la moral recta predominaban sobre los demás. Pero la obra que inició el debate acerca de cómo se debía afrontar la educación del príncipe pues el ya mencionado *Relox de príncipes*, de fray Antonio de Guevara, un auténtico tratado político que utilizaba la imagen de Marco Aurelio como modelo de conducta para el que estaba llamado a ser el futuro monarca¹²⁶. Ampliación de su obra, el *Libro áureo de Marco Aurelio* de 1524¹²⁷, esta que nos ocupa vio la luz cuatro años más tarde con la clara finalidad de constituirse en un tratado sobre la educación de los príncipes. Como buen humanista, Guevara utiliza fuentes clásicas rescatadas del olvido que utiliza a lo largo de un discurso retórico donde sobresale la preocupación, tanto religiosa como moral, fruto del uso del poder. Este es un estudio teórico y no práctico, motivado por el deseo del propio Guevara de convertirse en un consejero real mediante la elaboración de lo que él consideraba un perfil idóneo para un buen monarca¹²⁸. El hilo narrativo de la obra lo crean los diversos consejos de filósofos que recibe el príncipe, subrayando la importancia que para él tiene un rey filósofo y destinando un volumen de esta obra a exponer su visión de cómo se debía llevar a cabo la educación principesca.

“Hágote saber, Alexandre, que no está la perfección de los hombres en ver mucho, en oír mucho, en saber mucho, en procurar mucho, en trabajar mucho, en alcanzar mucho, en poseer mucho, en poder mucho, ni en mandar mucho;

¹²⁶ Marco Aurelio (121-180) fue emperador del Imperio Romano desde el año 161 hasta su muerte. Puntal de la filosofía estoica, su obra *Meditaciones* versa acerca del gobierno idóneo. Estas características hicieron que Guevara le considerase un ejemplo perfecto para el aprendizaje político de Felipe, pues Marco Aurelio combinó a la perfección la faceta política, militar y la filosófica. La historia de este emperador se puede encontrar en la obra ROLDÁN HERVÁS, José Manuel (2011): *Historia de Roma*. Salamanca, Universidad de Salamanca.

¹²⁷ Un estudio de esta obra se encuentra en el artículo de GARCÍA GUAL, Carlos (2011), “Guevara y el ‘Libro Áureo’ del emperador Marco Aurelio”, en MARTÍNEZ GARCÍA, Javier (Coord.), *Falsificaciones y falsarios de la Literatura Clásica*, pp. 97-108.

¹²⁸ GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, *El Erasmismo...*, p. 30.

finalmente digo que aquel hombre es perfecto que no merece lo que tiene a su parecer propio, y merece mucho más de lo que tiene al parecer ageno"¹²⁹.

Todo aspecto de la vida del joven heredero está controlado por un Guevara que traza el perfil ideal de un monarca, desde sus educadores hasta su esposa. Como para él la educación del príncipe debía estar controlada en todo momento, da una especial importancia al papel de la esposa en dicho proceso formativo, pues la crianza del pequeño era del círculo femenino casi exclusivamente en los primeros años de vida del joven, dándose, de esta forma, una cierta dignificación de la mujer que contrasta con la misoginia imperante en todas las escalas¹³⁰. La comparación con Marco Aurelio es constante y Guevara hace una relación entre Isabel y Faustina y Felipe y Cómodo para llegar a la conclusión de que "*si Carlos V no deseaba ser sucedido por otro 'Cómodo', libertino y gladiador, debería tener gran esmero en la educación de su hijo*"¹³¹. También, Guevara enfatiza el papel que debía tener el rey en la educación del príncipe para, de esta manera, vigilar la correcta formación de su hijo, tarea que incluía desde escoger a los ayos del joven hasta escoger un determinado modelo pedagógico.

Fray Antonio de Guevara creó así un modelo pedagógico y político que influyó en la educación de Felipe de manera decisiva, puesto que Carlos V fue un admirador de la obra del humanista, obra que constituyó la base fundamental para establecer una educación para el príncipe Felipe que se llevará a cabo según un programa llevado a la práctica por Alfonso de Valdés, Bernabé de Busto y Lucio Marineo Sículo, todo a pesar de que la obra de Guevara no despertó demasiados entusiasmos entre los humanistas, recibiendo críticas tanto de Erasmo como de Luis Vives, quien estaba frontalmente en contra del sistema de aprendizaje extendido en la época, consistente en memorizar la lección fruto de la continua repetición, algo que sufrió Felipe en manos de su preceptor Silíceo¹³².

Si Guevara fue la base para plantearse una educación humanista del príncipe, Alfonso de Valdés será quien más ahondará en esa preocupación desde una perspectiva

¹²⁹ GUEVARA, Antonio de (1533): *Relox de príncipes*. Capítulo XXXIII.

¹³⁰ Gonzalo Sánchez-Molero además observa un cambio en la mentalidad de Guevara, que en esta obra otorga méritos a las mujeres que en su escrito previo, el ya comentado *Libro áureo*, le denegaba. GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, *El Erasmismo...*, p. 31.

¹³¹ *Ibidem*, p. 31.

¹³² FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II...*, p. 648.

intelectual y erasmista. Tanto éxito tendrá su planteamiento de formación del joven Felipe que marcará una tendencia en la educación política de las élites durante la primera mitad del siglo XVI. Valdés era un “*intelectual al servicio del poder*”¹³³ que dirigió, de forma implícita, sus obras a Felipe, entre las cuales destacan su *Diálogo de Mercurio y Carón* (1528) y su *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma* (1527). Defensor de Erasmo, Valdés trabajó para extender sus ideas por la Corte y para que éstas arraigasen en el príncipe. Valdés no fue el iniciador del debate acerca de cómo se debía abordar la educación de Felipe, pues otros intelectuales como Juan de Molina, Francisco de Bobadilla o el ya comentado Francisco de Guevara habían tratado dicho asunto, pero sin embargo sí que otorgó al mismo una nueva dimensión. Valdés, como político que era, imprimió a sus obras un marcado carácter político, fruto de unas determinadas circunstancias y con unos objetivos políticos muy claros, la mayoría centrados en justificar aquellas acciones más polémicas del Emperador¹³⁴. Por lo tanto, sus *Diálogos* son obras que tienen que enmarcarse dentro del Saqueo de Roma de 1527¹³⁵ o las tensiones con Francia e Inglaterra de un año después, un marco histórico que motivan y fundamentan las publicaciones de Valdés:

*“Alfonso de Valdés, aquel secretario de cartas latinas de la Corte imperial, de formación tan erasmista, se cree obligado a inventar un personaje en sus ‘Diálogos’, el buen rey Polidoro, que de furibundo amigo de la guerra se convertía en un auténtico príncipe cristiano, amante de la paz; y ello esperando que tal ejemplo pudiera influir sobre su soberano”*¹³⁶.

Para Valdés, el monarca ideal es aquel que es un modelo de príncipe cristiano, defensor de sus aliados, amante de la fe, moderado con sus enemigos y amado por su pueblo, características todas ellas que, para él, constituyen la personalidad de Carlos V¹³⁷. Felipe, heredero de tan grandes cualidades y de tan vasta monarquía, necesitaba

¹³³ GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, *El Erasmismo...*, p. 34.

¹³⁴ La visión política y, por tanto, la formación que Alfonso de Valdés tenía de la política, estaba profundamente influida por su amistad con el canciller Gattinara, algo que quedó plasmado en el artículo TUBAU, Xavier (2010), “Alfonso de Valdés y la política imperial del canciller Gattinara”, en *Studia Aurea: Revista de Literatura Española y Teoría Literaria del Renacimiento y Siglo de Oro*, Nº 4, pp. 17-43.

¹³⁵ Valdés fue uno de los defensores de la justicia del Saqueo de Roma, utilizando argumentos del Humanismo, tal y como se puede ver en la obra ALCALÁ GALVE, Ángel (2003), “Erasmo, Alfonso de Valdés y el Saco de Roma a cuenta de Dios”, en *Erasmus en España: la recepción del humanismo en el primer renacimiento español*, pp. 80-95. Universidad de Salamanca.

¹³⁶ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel (1993): *La Emperatriz Isabel*. Boletín de la Real Academia de la Historia, Tomo 190, Cuaderno 2, pp. 223-234, p. 232.

¹³⁷ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel (2006): *Carlos V, El César y el hombre*. Madrid, Espasa-Calpe, p. 374.

ser enseñado para llevar a buen puerto tan magna tarea para la cual había nacido predestinado. Que el rey Polidoro¹³⁸, reflejo en la obra de Carlos V¹³⁹, se extienda mediante el uso del monólogo en lecciones políticas a su hijo Alexandre, representación de Felipe, no hace sino confirmar que su intención es proporcionar al príncipe unas lecciones básicas para el buen gobernante, unas máximas basadas en el pensamiento político de Erasmo que conforman un modelo pedagógico que consideraba esencial para el futuro rey. Muestra del peso de Erasmo en esta obra de Valdés es que los consejos otorgados por Polidoro a su hijo son adaptaciones a las circunstancias españolas de las máximas que el humanista de Rotterdam plasmó en su *Institutio*. Valdés se convierte, de esta manera, en el nexo de unión entre Erasmo y su pensamiento y Felipe¹⁴⁰. No se limita a mostrar las citas de Erasmo, sino que las interpreta y las adapta a la realidad tanto geográfica como política de la España de su momento. Valdés, sabedor de que la fama es el ansiado fin de muchos monarcas, recuerda que no es lícito conseguirla mediante la subyugación de su pueblo, pues ésta sólo es legítima cuando se consigue mediante el buen gobierno. La fama militar es, por lo tanto, incompatible con la gloria para Valdés, pues la bondad es la única vía posible para tener un buen gobierno y, así, llegar a conseguir la tan ansiada fama. En suma, para Valdés, y para el resto de los erasmistas por extensión, “*el buen príncipe es imagen de Dios*”¹⁴¹, por lo que la virtud debe sustituir a la ambición, la libertad a la represión, la verdad a la mentira, el interés universal al privado. Valdés se centra en enseñar a Felipe las virtudes de una doctrina cristiana que debía seguir si deseaba conseguir un buen gobierno.

Para Valdés, la única utilidad de las guerras es poner a prueba a los monarcas. Los conflictos bélicos se erigen, de esta manera, como auténticas pruebas de fuego para los gobernantes, para demostrar su buen hacer y su bondad, pues la guerra siempre debe ser evitable y ser la última de las alternativas de un monarca que no tiene más remedio que atacar después de haber sido atacado, siempre por “*extrema necesidad* y [procurando]

¹³⁸ El rey Polidoro es una figura inventada por Valdés para que sirva de modelo de conducta para Carlos V, puesto que era un buen rey, cristiano y amante de la paz. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Carlos V...*, p. 593.

¹³⁹ Valdés establece esa relación entre ambos reyes, pues ambos están preocupados por su heredero, algo que servirá al humanista para establecer su modelo de educación para el príncipe como una respuesta ante tal cuestión. GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, *El Erasmismo...*, p. 37.

¹⁴⁰ Valdés estuvo fuertemente influido por el pensamiento de Erasmo, compartiendo además un espíritu crítico y un concepto moral de la cristiandad. VIVANCO SAAVEDRA (2003), “Notas sobre la influencia de Erasmo de Rotterdam en el Diálogo de Mercurio y Carón de Alfonso de Valdés”, en *Revista de filosofía*, Vol. 21, Nº 45, pp. 1-26. Venezuela, p. 3.

¹⁴¹ GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, *El Erasmismo...*, p. 49.

primero algún concierto, porque más vale desigual paz que muy justa guerra, de la qual te debes apartar, aunque no sea sin por la honra del nombre christiano”¹⁴². La guerra contra el infiel, en este caso el turco, está justificada siempre bajo dos condiciones inexcusables: que el fin último sea defender la Cristiandad y que nunca se haga para beneficiarse con intereses terrenales. Además, el buen monarca tenía la obligación de evangelizarles en la fe cristiana, algo en lo que Valdés no está de acuerdo con un Erasmo que no contempla la guerra como vía para la evangelización. Valdés también aconsejó al príncipe que se hiciese acompañar siempre de gente justa y sabia, nunca de malvados, pues el pueblo no debía relacionarle con aquellos corruptos. El buen gobierno no dependía de forma exclusiva del monarca, sino que todos los miembros de la Corte debían tener un comportamiento ejemplar y virtuoso. Pero el gran consejo que le da Valdés es que sea un buen cristiano, pues Dios entonces le guiaría en tan ardua tarea de gobierno¹⁴³.

Bernabé de Busto, traductor de la obra *Institutio principis christiani* de Erasmo, publicó unas *Introductiones grammaticas* dirigidas al príncipe Felipe para que éste pudiera aprender a leer, escribir y hablar tanto en su lengua materna como en latín, lengua que pese a estar experimentando un retroceso seguía siendo la *lingua franca* de los círculos eruditos de toda Europa¹⁴⁴. Por lo tanto, Busto estaba muy comprometido con la creación de un modelo pedagógico, adecuado al pensamiento erasmista, para el joven príncipe, a pesar de que su afinidad para con el pensamiento de Erasmo no llegó hasta años después de obtener el título de bachiller, una vez que se doctoró en la ya conocida universidad erasmista de Alcalá de Henares. No es casualidad que tras este acercamiento al erasmismo tradujese al castellano el ya mencionado *Institutio principis christiani*, que dedicó al joven Felipe, obra que calificó como “*maravillosamente util e necessaria al que ha de tener gouernación e administración de gentes*”¹⁴⁵. Bernabé de Busto fue consciente de la importancia de esta obra de Erasmo para la creación de un sistema pedagógico para los príncipes cristianos, a lo largo de cuyas hojas se plasmaba el perfil del buen e ideal gobernante. Busto anhelaba ser maestro de Felipe y la obra de

¹⁴² VALDÉS, Alfonso de (1528): *Diálogo de Mercurio y Carón*, p. 116.

¹⁴³ *Ibidem*, p. 5.

¹⁴⁴ Dichas lecciones han sido estudiadas en el artículo de ESTEVE SERRANO, Abraham (1994), “La teoría gramatical de Bernabé de Busto”, en *Nebrija V centenario: actas del Congreso Internacional de Historiografía Lingüística*, Vol. 3, pp. 213-226.

¹⁴⁵ La cita, proveniente del prólogo de su obra *Arte para aprender a leer y escreuir*, de 1532, se encuentra referenciada en la obra de GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, *El Erasmismo...*, p. 74.

Erasmus ya había constituido anteriormente el pilar de la formación de Carlos V, con lo que su traducción al castellano fue una consecuencia de este proceso, enmarcándose todo esto en un momento de auge de las lenguas romances en detrimento de un latín que aún se resistía a caer en el olvido. Bernabé de Busto no olvidó su preocupación para con la educación del heredero y siguió con ese objetivo con su obra posterior *Arte para aprender a leer y escriuir perfectamente en romance y latin*, además de unas *Introducciones grammaticas, breves e compendiosas*, ambas vieron la luz en torno al año 1532 y son dos tratados de gramática latina dirigidos a un Felipe que por entonces contaba con seis años de edad¹⁴⁶. Se podría decir que las tres patas sobre las que se sostiene el modelo pedagógico planteado por Busto para el príncipe las conforman éstas junto con la ya mencionada *Institutio principis christiani*, conformando, por sí misma, una trilogía del pensamiento erasmista.

A lo largo de estas obras, Busto establece un programa para, paso a paso, formar a Felipe como un buen monarca. La primera de las lecciones consistía en alfabetizar en lo más básico al joven, esto es, enseñarle a leer y escribir, algo a lo que estaba destinado su obra *Arte para aprender a leer y escriuir*, aprendizaje que debía llevarse a cabo cuanto antes, pues coincidía con otros humanistas como Erasmo o Luis Vives en que la niñez era el momento idóneo para educar a una persona por su facilidad para retener conceptos¹⁴⁷.

Busto no fue partícipe de forzar a un niño a aprender lecciones, pues sabía, por propia experiencia, que ese era un método del todo contraproducente, algo que no cayó en saco roto, pues tanto Carlos V primero como Felipe II después lo pusieron en práctica, al menos, con sus primogénitos y herederos¹⁴⁸. Busto fue un maestro pragmático que no estaba anquilosado en una enseñanza tan tradicional como perjudicial para el alumno, la sencillez del método de trabajo que proponía en sus tratados ya mencionados era la clave de bóveda que sostenía todo el entramado de su

¹⁴⁶ Un estudio del compendio gramatical de Bernabé de Busto se puede encontrar en el artículo ESTEVE SERRANO, *Opus cit.*, pp. 213-226.

¹⁴⁷ A lo largo del siglo XV diversos autores se postularán en contra del comienzo de la enseñanza después de pasada la infancia. GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, *El Erasmismo...*, p. 81.

¹⁴⁸ Bernabé de Busto era cronista de Carlos V, lo cual le facilitó el redactar obras destinadas a la educación del príncipe Felipe. GARCÍA FUENTES, José María (2001), "Bernabé de Busto, cronista de Carlos V", en SÁNCHEZ-MONTES GONZÁLEZ, Francisco y CASTELLANO CASTELLANO, Juan Luis (Coords.), *Carlos V, europeísmo y universalidad. Congreso internacional*, Vol. 1, pp. 177-194. Granada.

método pedagógico. Un método pedagógico que hace uso del castellano, del latín y del griego, lenguas todas ellas imprescindibles para alguien que debía desenvolverse en círculos elitistas donde las lenguas clásicas seguían siendo utilizadas forma universal de transmisión del pensamiento¹⁴⁹. Vives ya defendía el uso de la lengua romance, materna, como base para aprender el latín, algo de lo que se hará eco Bernabé de Busto. Además, y siguiendo la estela del mismo Erasmo, reniega de toda obra de caballerías y demás literatura comercial, pues se consideraba vana, vacía de todo contenido, vulgar y carente de provecho para cualquiera, menos aún para un niño que se estaba formando. Por otro lado, recomienda la lectura de la *Institutio principis christiani*, pues la consideraba una “obra maravillosamente útil e necesaria al que ha de tener *gouernacion e adminitracion de gentes*”¹⁵⁰.

Además de estos humanistas, como los mencionados Valdés, Busto y Guevara, seguidores del pensamiento erasmista y que influyeron notablemente en el príncipe y su educación poniendo las bases para su formación misma, otros célebres autores como Maquiavelo tuvieron su eco en las lecciones dadas al príncipe¹⁵¹, no en vano Felipe II con el paso del tiempo terminará ciñéndose a las máximas maquiavélicas, pues “*si es mejor que el príncipe sea más amado que temido, [...] yo me inclinaría al último con preferencia*”¹⁵², algo que llevará hasta sus últimas consecuencias, terribles ellas como la de rehuir cualquier acto de misericordia con su hijo preso o perseguir sin descanso a sus enemigos¹⁵³.

¹⁴⁹ De hecho existía la obligación de impartir las clases en la universidad en latín, norma incumplida con frecuencia. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II...*, p. 264.

¹⁵⁰ GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, *El Erasmismo...*, p. 90.

¹⁵¹ Maquiavelo transformará la teoría política de comienzos del siglo XVI, siendo sus enseñanzas trascendentales para la política de la época, importando únicamente el buen fin práctico del Estado. GÓMEZ DE CASO ZURIAGA, Jaime Francisco, “Aníbal como Espejo de Príncipes en la Teoría de la Época de Felipe II”, en *Indagación: revista de historia y arte*, Nº 3, 1999, pp. 17-36, p. 19.

¹⁵² MAQUIAVELO, Nicolás (1853) [1ª ed. 1513]: *El Príncipe*. Madrid, p. 74.

¹⁵³ Este “maquiavelismo” de Felipe ha sido estudiado por Gregorio Marañón en su obra MARAÑÓN, *Opus cit.*, p. 49.

6. LA EDUCACIÓN DEL REY:

6.1. Años de aprendizaje. Entre Leonor de Mascareñas y Honorato Juan:

Felipe, hijo de Carlos V y la Emperatriz Isabel, nació un 21 de mayo de 1527 en el palacio de Pimentel¹⁵⁴, en Valladolid, localización que no fue escogida al azar y que era toda una declaración de intenciones: el futuro monarca de tan vasto imperio había nacido en el corazón de Castilla, plaza fuerte de la Monarquía Hispánica¹⁵⁵. Sin ahondar en el nacimiento y primeros momentos de Felipe, pues no es el tema de este trabajo, cabe reseñar el bautizo del recién nacido y el juramento del mismo como heredero por las Cortes de Castilla, actos todos ellos marcadamente solemnes, protagonizados por un ceremonial que envolverá al niño desde su nacimiento hasta su fallecimiento, rigiendo todos los aspectos de su vida y en el cuál será educado y formará parte de su personalidad.

Estos primeros años, el niño los pasará bajo la tutela de su madre, concretamente entre 1527 y 1533, tras los cuales, considerado mayor, abandonará el espacio femenino de su madre donde se había criado para asentarse en uno masculino donde irá formándose como futuro gobernante¹⁵⁶. Durante su infancia la compañía de la Emperatriz Isabel y de su aya¹⁵⁷, Leonor de Mascareñas¹⁵⁸, será constante, pues Carlos no dejaba de viajar entre los territorios bajo su gobierno. Entre 1528 y 1533 estará alejado de la Corte en España y posteriormente volverá a marchar para luchar contra los

¹⁵⁴ Los detalles del nacimiento del príncipe, así como una completa descripción suya, se encuentran en CABRERA DE CÓRDOBA, *Opus cit.*, pp. 9-10.

¹⁵⁵ Este gesto tiene mayor importancia cuando años atrás habían acontecido los levantamientos de los comuneros a lo largo de la Corona de Castilla. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II...*, p. 622.

¹⁵⁶ Desde su infancia, Felipe fue educado para ser rey, educación que siguió las pautas establecidas por Carlos V. ALTAMIRA, *Opus cit.*, p. 71.

¹⁵⁷ Leonor de Mascareñas influyó sobremanera en el príncipe, quien siempre tuvo, por extensión de su querida aya, cariño por Portugal. ESCUDERO LÓPEZ, José Antonio (1998), “El camino al trono”, en VV.AA., *La monarquía hispánica. Felipe II, un monarca y su época*, pp. 97-101. Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, p. 97.

¹⁵⁸ Para ahondar en la figura de Leonor de Mascareñas, vid: MASCAREÑAS, Carlos Eugenio (1947), “Sobre Leonor Mascareñas, aya de don Felipe II y del Príncipe don Carlos”, en *Hispania, Revista española de Historia*, nº26, págs. 3-23. ANDRÉS MARTÍNEZ, Gregorio de (1994), “Leonor Mascareñas, Aya de Felipe II y fundadora del Convento de los Ángeles de Madrid”, en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, nº34, págs. 355-368. MARCH, J. María (1942), “El Aya del Rey D. Felipe II y del Príncipe D. Carlos, D^a Leonor Mascareñas”, en *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, nº46, págs. 201-219.

turcos o visitar otros territorios. Era, pues, un padre ausente¹⁵⁹. Felipe no le conoció como padre sino como aquel Emperador que había vencido en incontables batallas y no dejaba de agrandar su leyenda. Por lo tanto, su admiración hacia su progenitor era evidente y lógica. Este ir y venir, que también el propio príncipe vivió durante estos primeros años, habrían de causarle una impronta lo suficientemente fuerte como para que abandonase esa costumbre de una Corte itinerante y la asentase definitivamente en Madrid¹⁶⁰.

Estos primeros años serán los de un niño haciéndose al mundo que le rodea, los años de los juegos con su hermana María con quien siempre tendrá una especial conexión, mientras su madre gobernaba España ante la constante ausencia del Emperador. Los años de la despreocupación, alterados por los traslados de la Corte y por la muerte de su hermano menor, Fernando¹⁶¹, que tanto afectó a Isabel, una Emperatriz que, ajena a su juventud, lidiaba con sus hijos pequeños y con la siempre triste ausencia de su marido.

*“El Príncipe está muy contento con su sayo y un capote de monte que tiene. Pide cada día a la Emperatriz que vaya a Aranjuez, y con este vestido y con una ballesta que tiene, amenaza tanto a los venados, que me parece que cuando V.M., con bien venga, no hallará ya qué matar”*¹⁶².

Juegos despreocupados, por lo tanto, de un niño activo, como corresponde por otra parte a alguien que contaba con tres años de edad. Todo estaba hecho a sus pequeñas dimensiones, una suerte de rey en miniatura, desde los ropajes primero hasta el transporte después, donde la mula era el medio utilizado por los niños, siendo el paso al caballo otro distintivo más de la madurez alcanzada. En estos momentos conocerá realmente a su padre, en 1533, siendo todavía un niño, aunque le debió impresionar aquel Emperador, el hombre más poderoso de su tiempo, que no dejaba de viajar y

¹⁵⁹ Felipe II se crió prácticamente sin padre, por lo que es normal que no viese con preocupación que su hijo don Carlos siguiese el mismo camino, aunque éste lo acusó bastante más. PARKER, *Opus cit.*, p. 44.

¹⁶⁰ El futuro príncipe don Carlos se mofaba abiertamente de ese inmovilismo de su padre con agravios como la creación de un libro sobre *Los grandes viajes del rey don Felipe* donde sólo había escrito “*El viaje de Madrid al Pardo, del Pardo al Escorial, del Escorial a Aranjuez, de Aranjuez a Toledo, de Toledo a Valladolid, de Valladolid a Burgos, de Burgos a Madrid, de Madrid al Pardo...*”. Una de las muchas insolencias del hijo contra el padre que ahondaron el descontento de éste último. GACHARD, *Opus cit.*, p. 221. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II...*, p. 408.

¹⁶¹ Fernando murió al año de nacer, en 1530. PARKER, *Opus cit.*, p. 42.

¹⁶² La cita pertenece a doña Leonor de Castro, dama de la Emperatriz Isabel, desde la residencia de la Corte en Ocaña. Actualmente la nota se encuentra en el Archivo General de Simancas. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II...*, p. 408.

anteponía su deber como gobernante a todo, incluida su familia que tanto anhelaba su presencia. Este sentido del deber debió calar profundamente en un joven Felipe que, llegada su hora al mando de la monarquía, no dejará de lado su despacho, que le absorberá la inmensa mayoría del tiempo¹⁶³.

Ya a esa edad Felipe contaba con la ayuda de su ayo, don Juan de Zúñiga, y de dos pajes, entre los que se encontraba un joven Ruy Gómez de Silva. La compañía de sus hermanas María y Juana fue una constante durante la infancia del príncipe, algo que les unirá para siempre, pues Felipe supo que podía contar con su ayuda en los momentos más difíciles de su largo reinado.

La educación de un príncipe, extensible, como ya se ha dicho, a todo ambiente cortesano, se dividía en tres ramas principales, lo religioso, lo cultural y lo caballeresco, estando todas relacionadas entre sí aunque con preeminencia del aspecto religioso. Todo ello iba destinado a inculcar una moral y un código de conducta adecuado a su posición social y a su destino como futuro monarca. Durante la niñez de Felipe, la vertiente religiosa de su formación será, sino exclusiva, sí mayoritaria.

Pedro González de Mendoza fue el ayo del príncipe durante su niñez y posteriormente será sustituido por don Juan de Zúñiga con una finalidad muy distinta, no ya cuidar del niño, sino enseñarle una disciplina tal que el propio Carlos V, que fue quien hizo personalmente dicho nombramiento, le tenía por el “*reloj y despertador*” de Felipe¹⁶⁴. Un príncipe que, al principio, no gustó de tener a alguien que le dijese lo que tenía que hacer, por lo que su padre tendrá que tranquilizarle y recordarle que la labor de don Juan era para su propio beneficio y “*aunque él se os figura algo áspero, no se lo debéis de tener a mal*”¹⁶⁵. Pero don Juan de Zúñiga no estaba solo en la tarea de formar a Felipe, sino que contaba con la ayuda de Juan Martínez, llamado *Silíceo*, antiguo profesor de la Universidad de Salamanca. Éste debía enseñarle las primeras letras al

¹⁶³ Ciertamente, las enseñanzas otorgadas por su padre calaron hondo en el príncipe, que rigió toda su vida en base a los consejos del Emperador. ALTAMIRA, *Opus cit.*, p. 72.

¹⁶⁴ ESCUDERO LÓPEZ, *Opus cit.*, p. 99.

¹⁶⁵ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II...*, p. 646.

príncipe¹⁶⁶, siendo auxiliado por los humanistas Honorato Juan¹⁶⁷ y Juan Ginés de Sepúlveda¹⁶⁸.

La labor de Silíceo fue más que dudosa, pues no logró impartir la disciplina en las lecciones al príncipe, demasiado blando y condescendiente era con el futuro rey, algo que Carlos V sospechaba pero le mantuvo en el puesto de preceptor debido a que “*todos lo conocemos por muy buen hombre*”¹⁶⁹, aunque “*no ha sido ni es el que más os conviene para vuestro estudio*”¹⁷⁰, pues “*ha deseado contentaros demasiadamente*”¹⁷¹. Esto podía ser pasable en lo que atañe exclusivamente a las primeras lecciones del príncipe, pero no con algo de tanta importancia como su alma, pues a la vez era capellán mayor de Felipe y su confesor, temiendo Carlos V que su laxitud llegase incluso hasta lo religioso, un riesgo que no tenía intención de correr, por lo que “*un buen fraile*”¹⁷² debía sustituirle en estos menesteres. La preocupación del Emperador por el buen hacer de Silíceo no estaba infundada y, cuando Felipe tenía ocho años, en 1536, éste le comienza a dar clases de gramática pero abandonando la escritura, pues le parecía que el príncipe tenía demasiada tarea. Esto lo sabrá Carlos V por letra del propio Zúñiga, que tenía todos los aspectos de la casa del príncipe bajo su control y estrecha vigilancia. A pesar de la justificación del maestro y su compromiso de retomar la escritura, volverá a dejarla rezagada, siendo algo que acarreará Felipe II a lo largo de su vida. No tardará Silíceo en reconocer al padre las carencias de su hijo en materia de gramática, pues “*el estudio del príncipe [...] ha sido algo penoso, porque se le ha hecho dificultoso el tomar de coro*”¹⁷³. En suma, a Felipe no se le daban muy bien los estudios, pues su hermana

¹⁶⁶ En concreto, la tarea de Silíceo consistía en enseñarle a “*amar y temer a Dios, leer, escribir, la aritmética que sabía mejor y la lengua latina*”. CABRERA DE CÓRDOBA, *Opus cit.*, p. 9.

¹⁶⁷ La vida y obra de Honorato Juan puede seguirse a partir de la obra clave de SANCHÍS MORENO, Francisco José (2002): *Honorato Juan, vida y recuerdo de un maestro de príncipes*. Valencia, Dirección General del Llibre, Arxius i Biblioteques. Además, es de interés la consulta de: CAMPO MUÑOZ, María Isabel del (1986): *Honorato Juan, humanista, maestro de príncipes y obispo de Osma*. Soria, Caja de Ahorros y Préstamos de la Provincia, y GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, José Luis (2000), “La biblioteca de Honorato Juan (1507 - 1566), maestro de príncipes y obispo de Osma”, en *Pliegos de bibliofilia*, n° 9, pp. 3-23.

¹⁶⁸ La relación del joven príncipe con sus maestros fue muy estrecha y tendrá a ambos en alta estima, tal y como se puede observar en el artículo de GUILLOT ALIAGA, María Dolores (2013), “Honorato Juan y Juan Ginés de Sepúlveda, maestros de príncipes”, en *e-legal history review*, N° 15.

¹⁶⁹ Instrucciones secretas de Carlos V a Felipe II, fechadas el 6 de mayo de 1543 en Palamós. *Instrucciones secretas del Emperador Carlos V al príncipe Felipe* (6 de mayo de 1548). Disponible en: http://www.cervantesvirtual.com/bib/historia/CarlosV/7_4_instrucciones_secretas.shtml [Consultado el 7 de octubre de 2013].

¹⁷⁰ *Ibidem*.

¹⁷¹ *Ibidem*.

¹⁷² FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II...*, p. 647.

¹⁷³ Carta de Silíceo a Carlos V fechada el 16 de julio de 1536. *Ibidem*, p. 648.

María, por ejemplo, “*el escribir se le da mejor*”¹⁷⁴, algo que también menciona Juan Ginés de Sepúlveda¹⁷⁵. Será éste quien se pondrá, por orden de Carlos V, al frente de la casa del príncipe en 1536, pasando de ayo a mayordomo mayor de Felipe. Pese a estar aún en un ambiente femenino, pues su madre le criaba en esos momentos, comenzaba a rodearse en hombres para posteriormente formar parte del mundo masculino exclusivamente. Una ambigüedad que provocaba situaciones como que los hombres le educasen y las mujeres le cuidasen, o que bajo la tutela de don Juan de Zúñiga aún se desenvolviese entre el ambiente femenino que tan familiar le era. Zúñiga se convertía, de esta manera, en la primera figura de la Corte tras la propia familia real, pues en sus manos estaba el presente y futuro de la monarquía, pues también ayudaba a la Emperatriz Isabel con todo lo relativo a la vida en palacio. La formación de Felipe quedaba a cargo de Zúñiga, en lo concerniente a la vertiente caballeresca y política del futuro gobernante, y de Silíceo, que abarcaba lo relacionado con la religión, el latín y las matemáticas, aunque con menor éxito del esperado, como antes se ha apuntado. Por su parte, Honorato Juan le inculcaría los conocimientos de las letras y las ciencias, formando parte de un elenco de profesores que era más extenso, aunque éstos eran los principales preceptores¹⁷⁶.

El cuidado de su madre pronto se acabará debido a su muerte el 1 de mayo de 1539. El cuidado de sus médicos poco pudo hacer para mejorar su quebrada salud y finalmente falleció, hecho que afectó profundamente a Felipe y a Carlos V, refugiándose el uno en una iglesia de Toledo¹⁷⁷ y el otro en el convento de la Sisla de la misma ciudad¹⁷⁸.

¹⁷⁴ *Ibidem*, p. 648.

¹⁷⁵ Juan Ginés de Sepúlveda, preceptor del príncipe ante los escasos avances en su educación con Silíceo, quiso enseñar a Felipe tanto el humanismo y el aristotelismo como su compatibilidad con el cristianismo. FERNÁNDEZ ALBADALEJO, *Opus cit.*, p. 75.

¹⁷⁶ La recién estrenada casa del príncipe también la componían profesores de danza como Diego Fernández, maestros de vihuela como Luis de Narváez, cantores como Damián de Talavera que además de ejercer como cantor de la Emperatriz era uno de los capellanes del príncipe, músicos y organistas como Francisco de Soto o Antonio de Cabezón. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II...*, p. 650.

¹⁷⁷ No será la única vez que Felipe se retire del mundo para sobreponerse al dolor. Cuando murió su esposa María Manuela de Portugal en 1545, se retirará durante un tiempo al convento de Abrojo, cerca de Valladolid. BRATLI, *Opus cit.*, p. 30.

¹⁷⁸ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II...*, p. 654.

6.2. Instrucciones a Felipe II:

Fechadas en Palamós el 3 y 4 de mayo de 1543¹⁷⁹, las llamadas “instrucciones” de Carlos V a Felipe II son una serie de consejos acerca de cómo debía ser un buen gobernante. Una suerte de lección personal basada, no en libros, sino en la propia experiencia de un Emperador que había tenido una vida llena de experiencias y que, una vez veía posible la continuidad en su hijo, se veía en la obligación moral de otorgarle consejo.

*“También, hijo, habéis de mudar la vida y la comunicación de las personas. Hasta agora todo vuestro acompañamiento han sido niños y vuestros placeres los que entre tales se toman. Daquí adelante no habéis de allegarlos a vos, sino para mandarles en lo que han de servir. Vuestro acompañamiento principal han de ser hombres viejos y de otros de edad razonable, que tengan virtudes y buenas pláticas y exemplos, y los placeres que toméis sean con tales y moderados”*¹⁸⁰.

Era 1543 y el príncipe contaba con dieciséis años cuando su padre le entrega unas advertencias para que sea un buen rey, avisándole de que “*habéis de mudar la vida*”, apartarse de la compañía de otros niños y comenzar a gobernar, pues él es príncipe y futuro rey, y no debe seguir divirtiéndose con aquellos a los que el día de mañana serán sus súbditos. Además, le advierte de que “*los placeres que toméis sean [...] moderados*”, pues quería evitar que se entregase a una vida licenciosa que debilitase a la Monarquía Hispánica en un momento delicado por los numerosos frentes que poseía. Era hora de cambiar de vida, pues “*más os ha hecho Dios para gobernar que para holgar*”¹⁸¹ y a su edad ya debía tener cargos de acuerdo a su dignidad y que le sirviesen de aprendizaje para su futuro cercano como rey.

Las Instrucciones constan, en realidad, de tres versiones que fueron escritas y entregadas sucesivamente al príncipe. La primera es la pública, fechada en Barcelona el

¹⁷⁹ Esto debió de causar extrañeza en el príncipe, pues la parada de Palamós no estaba prevista. El rey tuvo que detener su avance hacia el norte de Europa en esa ciudad por las desaconsejables condiciones para navegar. Durante esta inactividad forzosa, Carlos envía a su hijo las Instrucciones para el buen gobierno, pues consideraba que estos consejos le iban a hacer la tarea más sencilla. Las Instrucciones constan de tres versiones, una pública, una privada (pero no secreta) y otra secreta. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II...*, p. 662.

¹⁸⁰ Instrucciones de Carlos V a Felipe II, fechadas el 4 de mayo de 1543 en Palamós. *Instrucciones del Emperador Carlos V al príncipe Felipe* (4 de mayo de 1548) Disponible en:

http://www.cervantesvirtual.com/bib/historia/CarlosV/7_4_instrucciones.shtml [Consultado el 10 de octubre de 2013]

¹⁸¹ *Ibidem*.

1 de mayo de 1543, pública en tanto la política interna obligaba a guardar copia de los papeles burocráticos y más aún cuando el monarca abandonaba sus reinos, siendo su contenido principalmente de carácter administrativo y haciendo hincapié en los Consejos que sustentaban la Monarquía. Las segundas Instrucciones son las privadas, fechadas el 4 de mayo, pero no secretas, pues quedaban a cargo del ayo de Felipe, don Juan de Zúñiga, para que se las leyese y su contenido era estrictamente moral, dirigiéndose el padre al hijo. Las terceras ya sí que son secretas y muy probablemente fueron escritas por el propio monarca dos días después en Palamós, mientras que las anteriores seguramente las dictó a su fiel secretario Francisco de los Cobos. La importancia que tienen estas últimas Instrucciones es capital, pues aquí el monarca le habla directamente al príncipe sin intermediarios acerca de aquello que debe vigilar para el buen *“gobierno de vuestra persona como en el de los negocios en general os habéis de guiar y gobernar”*¹⁸². Y su secreta condición ya la remarca Carlos V desde el principio, pues *“os escribo y envío esta secreta que será para vos solo, y así la tendréis secreta y debajo de vuestra llave sin que vuestra mujer ni otra persona la vea”*, y vuelve a recordársela al finalizar la misiva, ya que *“si Dios os llevase para sí, no os descuidéis de ponerla en tal recaudo que ella me sea vuelta cerrada, o quemadla en vuestra presencia”*.

El monarca sabe el enorme peso que acaba de dejar sobre los hombros de su hijo y así se lo manifiesta: *“Lo primero que en ella os diré será, hijo, el pesar que tengo de haber puesto los Reinos y señoríos que os tengo de dejar en tan extrema necesidad”*, pero no lo ha hecho por capricho, pues *“por no dejaros menos de la herencia que heredé, me fuera a hacer este viaje; y aunque no ha sido por mi voluntad, mas bien forzosamente y contra ella”*. Aparece el concepto de la herencia, pues era deshonoroso que el hijo recibiese menor patrimonio que el que había tenido su padre, así que para *“remediar lo que me tiene dado y no dejaros, hijo, pobre y desautorizado, [...] lo que he hecho ha sido forzosamente para guardar mi honra, pues sin ella menos me pudiera sostener y menos os dejara”*. Esta nueva salida no dejaba de contar con riesgos, pues el viaje:

¹⁸² Cita y ss.: Instrucciones secretas de Carlos V a Felipe II, fechadas el 6 de mayo de 1543 en Palamós. *Instrucciones secretas del Emperador Carlos V al príncipe Felipe* (6 de mayo de 1548). Disponible en: http://www.cervantesvirtual.com/bib/historia/CarlosV/7_4_instrucciones_secretas.shtml [Consultado el 7 de octubre de 2013]

“es el más peligroso para mi honra y reputación, para mi vida y para mi hacienda que puede ser [...] El peligro que en él pasó por la honra y reputación es que voy a cosa tan incierta que no sé qué fruto se seguirá de él, porque el tiempo está muy adelante y el dinero poco y el enemigo avisado y apercebido”.

El peligro, avisa Carlos V, no sólo está en las tierras de Europa, sino también en la acuciante falta de dinero que, a la postre, echaría por tierra cualquier incursión contra los enemigos de la Monarquía, era por lo tanto necesario *“juntar Cortes, o por otra manera que mejor pareciese, para haber lo que conviniese. Yo no quiero hablar en lo de la sisa, porque tengo jurado de nunca pedirla”*. *“Porque tengo jurado de nunca pedirla”*, no era una frase escrita arbitrariamente, aún en su recuerdo estaba aquella revuelta de las Comunidades de Castilla originada, precisamente, por exigir a las Cortes un dinero con el que asegurarse la corona imperial. Carlos V juró lo que ahí manifiesta, pero nada se dijo de su hijo, así pues la posibilidad, arriesgada evidentemente, estaba abierta por si era del todo necesario. El monarca contaba con el auxilio de su hijo para:

“Ayudar a vuestro padre como por lo que os conviene para sacarnos de necesidad; y sobre esto podríades poner pies en pared y hablar, así en particular como en general, a todos, amonestándoles que sirvan”.

Hasta aquí lo relacionado con el viaje del Emperador a los Países Bajos, pero la carta continuaba, ahora con consejos acerca del buen gobierno y de cómo llevarlo a cabo rodeándose de gente fiel y sabia. Pero le avisa de que tenga cuidado, pues *“las pasiones, parcialidades y casi bandos que se hacían o están hechos entre mis criados, lo cual es mucho desasosiego para ellos y mucho deservicio nuestro”*, para lo cual *“he nombrado al cardenal de Toledo, Presidente y Cobos para que os aconsejéis de ellos en las cosas del gobierno”*. Estos consejos se los da el padre al hijo pues es consciente de que *“sois más mozo”*, una inexperiencia que se puede acusar con errores tales como *“poner [...] a otros grandes muy adentro en la gobernación os habéis de guardar, porque por todas vías que él y ellos susurren os ganarán la voluntad”*. Ante todo, el monarca le recuerda que debe obedecer a don Juan de Zúñiga, pues se ha dedicado a *“criaros y enderezaos, que hasta aquí, de que doy gracias a Dios, no se ve cosa en vos que notar notablemente”*. Los consejos no finalizan aquí sino que ocupan gran parte de la misiva, resumiéndose en que debe escuchar aquello que sus consejeros le tengan que decir, pues son hombres de bien con experiencia en esas lides. Entre ellos destaca

Granvela, que tan bien servirá a padre e hijo hasta su muerte, un padre que era consciente de que:

“Para los negocios de Estado y información de los tocantes a los reinos de la Corona, Italia, Flandes, Alemania, para Francia y Inglaterra y otros reyes y potentados y gobiernos dellos yo estoy cierto que no hay persona que mejor los entiende ni más generalmente y particularmente los haya tratado que Granvela, y él me ha muy bien servido y sirve en ellos”.

Carlos V se muestra dubitativo, no sabe cómo actuar y, por lo tanto:

“No os doy, hijo consejo de lo que deveríades de hacer en la sucesión que os tengo de dejar [...] así en lo de las tierras de Flandes como en la investidura que tengo hecha en vos del estado de Milán; el tiempo, los negocios, vuestro ánimo y condición serán los que os han de aconsejar. Por mi testamento, y por unos codicilos y consejos que tengo hechos y os doy y podría hacer y daros durante este viaje, entenderéis lo que sobre ello yo alcanzo. Yo os dejo mi heredero, vos dispondréis en ello a vuestra voluntad”.

7. DE PRÍNCIPE A REY:

7.1. *Iniciándose en el poder. Regente de España:*

Felipe ahora se sentirá doblemente solo, por la muerte de su madre¹⁸³ y la nueva ausencia de su padre, que entre 1539 y 1541 viajará a los Países Bajos, algo que con toda probabilidad fortalecerá su carácter. Aquí tendrá la primera oportunidad de iniciarse en el poder pues, aunque sólo fuera a título nominal, el gobierno de la Monarquía recaía sobre él durante la ausencia de su padre, siempre auxiliado, eso sí, por el cardenal Tavera y Francisco de los Cobos¹⁸⁴. Esta regencia era más simbólica que efectiva, pues el príncipe contaba con solo doce años de edad, pero Carlos V ya no contaba con el gran apoyo de su recién fallecida esposa y, ciertamente, la oportunidad era inmejorable para que Felipe se fuese iniciando en los entresijos del poder. Aquí el monarca le dejó unas Instrucciones cuya idea principal era que mantuviese la paz en Europa en la medida de lo posible, sobre todo con Francia:

*“Nos amonestamos, requerimos y esortamos al dicho Príncipe, nuestro hijo, que haga todo lo que le será posible convenientemente para conservarla, confirmarla y establecerla con el ducho señor Rey y sus hijos”*¹⁸⁵.

El objetivo era que, por el *“bien público de la Cristiandad”*¹⁸⁶ debía respetar especialmente a la monarquía francesa pero únicamente para tener unida a toda la cristiandad, pues *“Dios sabe que Nos no habemos sido promotor de las guerras pasadas entre nosotros”*¹⁸⁷. Como ya se ha apuntado, este primer gobierno de su hijo fue meramente nominal, pues el cardenal Tavera era quien realmente manejaba las riendas del reino durante la ausencia del Emperador, un cardenal que tenía plenos poderes sobre la Corona de Castilla mientras que sólo podía supervisar lo que aconteciese en la de Aragón.

Carlos V, al regresar a España, ya tenía en mente los planes para formar a su hijo en la tarea de gobierno, algo que será una de sus principales preocupaciones a partir de

¹⁸³ La Emperatriz Isabel murió durante el parto de su sexto hijo el 1 de mayo de 1539. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Carlos V...*, p. 593.

¹⁸⁴ ESCUDERO LÓPEZ, *Opus cit.*, p. 97.

¹⁸⁵ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II...*, p. 674.

¹⁸⁶ *Ibidem*, p. 674.

¹⁸⁷ *Ibidem*, p. 674.

ahora, pues el príncipe contaba ya con catorce años, edad más que razonable para vincularle progresivamente al poder. Durante este viaje, Felipe había seguido con sus lecciones habituales con normalidad, a pesar de que ya era conocida su poca afición por los estudios, algo que lamentaba un Carlos V que sabía mejor que nadie la ventaja que otorga el poder de lenguas y aunque le animaba a que “*ni sería malo también saber algo de la [lengua] francesa*”¹⁸⁸ la terminó relegando a favor del latín “*mas no querría que, por tomar la una las dexárades entrambas*”¹⁸⁹. La responsabilidad de ese poco gusto por el estudio del príncipe era únicamente del monarca, que había elegido como preceptor a un religioso como Silíceo que no tenía vocación de maestro y cuya mentalidad distaba mucho del Humanismo imperante. Felipe llegó a dominar el latín¹⁹⁰, pero la utilidad de esta lengua se reducía exclusivamente a los círculos cultos, siendo de nula utilidad para el gobierno de sus pueblos, por lo que habría sido de mayor utilidad el haberse dedicado a entender las lenguas de aquellos reinos sobre los que iba a gobernar. Sólo dominará con soltura sus dos lenguas madres, el castellano de su tierra y el portugués de su madre.

Por lo tanto, Felipe era un joven instruido en las lecciones imperantes en humanidades, pero carecía de toda experiencia en lo relativo al gobierno, algo que preocupaba al Emperador y que intentará remediar a su regreso a España en 1541, siendo una de sus prioridades que el príncipe fuese jurado como heredero por las Cortes de Aragón, Barcelona y Valencia¹⁹¹. Carlos V aspiraba a que su hijo siguiese el modelo de rey-soldado tan corriente era en ese momento y que también se daba en otras monarquías, por lo que, intentando que se formase en las cosas de la guerra, en 1542 le envió, bajo la protección del duque de Alba, al frente catalán donde se luchaba contra Francia, pero la brevedad de la batalla no mostró a Felipe lo que su padre pretendía enseñarle.

¹⁸⁸ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II...*, p. 656.

¹⁸⁹ *Ibidem*, p. 657.

¹⁹⁰ En palabras del propio Silíceo, Felipe “*en lo de leer por latín, por romance y rezar va mucho adelante*”, siendo estas lecciones las únicas que fueron de provecho para el príncipe. Carta de Juan Martínez Silíceo a Carlos V, fechada el 25 de febrero de 1536 en Madrid. ESCUDERO LÓPEZ, *Opus cit.*, p. 97.

¹⁹¹ *Ibidem*, p. 98.

Es a finales de ese mismo año de 1542¹⁹², cuando Felipe tendrá uno de los primeros encuentros con la política, en la Corona de Aragón, a donde viajó junto a su padre para ser jurado como heredero por las Cortes reunidas en Monzón¹⁹³. Unas Cortes que reciben a aquel príncipe que volvía victorioso del Rosellón de la lucha contra los franceses, algo que no se ajustaba estrictamente a la realidad pero que le servía a Carlos V para presentarle ante los órganos de poder. El juramento se hubo de repetir en Barcelona y Valencia, dando al joven príncipe una idea de lo heterogéneo de las instituciones que conformaban los diferentes reinos de la Monarquía, pues era esencial conocer sus diferencias jurídicas, políticas, económicas, sociales y culturales.

A principios de abril de 1543 Felipe tendrá la primera oportunidad de adentrarse en el ejercicio del poder y demostrar su valía y los frutos de tantos años de formación. El motivo era la nueva marcha de Carlos V para hacer frente a la Liga Smalkalda, un monarca que ya no podía contar con el respaldo de su ya fallecida cómplice pero que veía en la nueva situación una ventaja, pues dejando a su hijo al frente de la Corte le daba oportunidad de demostrar su saber hacer y le introducía en las labores a las que estaba predestinado. El príncipe, de casi dieciséis años, veía como sobre él recaía la primera gran responsabilidad, una que consistía en gobernar la Monarquía durante la ausencia del monarca, aunque siempre bajo la supervisión de sus preceptores y junto con los Consejos del reino, los cuales eran el de Castilla y Aragón, el de Indias, el de Órdenes, Haciendo e Inquisición, el de Cámara de Castilla, el de Estado y el de Guerra. Por lo tanto, el príncipe no gobernó en solitario en la práctica, la maquinaria de la Monarquía siguió funcionando aunque ahora bajo la supervisión del nuevo regente. La necesidad de Felipe de trabajar junto con todos estos Consejos le debió de dar una visión más compleja y alejada de todo lo que hasta el momento había experimentado. Aquí ya se ve su afición por redactar las resoluciones a las consultas que le llegaban, resoluciones que no tomaba en ningún caso solo, pues contaba con el saber hacer del cardenal de Toledo, Juan Tavera, el presidente del Consejo de Castilla, Fernando Valdés, y el secretario Francisco de los Cobos¹⁹⁴. Además de estos consejeros, Carlos V

¹⁹² En ese mismo año se concertó el matrimonio de Felipe con María Manuela de Portugal, prueba de la alta confianza que tenía en él Carlos V. BOUZA ÁLVAREZ, Fernando Jesús (1998), “María, «Planeta de Lusitania». Felipe II y Portugal”, en VV.AA., *La monarquía hispánica Felipe II, un monarca y su época*, pp. 105-118. Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, p. 109.

¹⁹³ CABRERA DE CÓRDOBA, *Opus cit.*, p. 11.

¹⁹⁴ *Ibidem*, p. 11.

le recomienda en sus célebres Instrucciones que se apoye también el Juan de Zúñiga y el cardenal Silíceo, personas sobre las que recaían la responsabilidad de formar al príncipe como tal.

Esta iniciación al frente de la Monarquía dio los frutos esperados por el rey, quien se muestra satisfecho de que *“la gobernación desos Reinos vaya también como decís”*¹⁹⁵, una satisfacción que se afianza más tarde, pues:

*“El Príncipe ha comenzado a usar de los poderes que V.M. le envió, y en lo que hasta agora se ha visto, tiene más cuidado y buena manera en los negocios de lo que su edad demanda; y tengo esperanza de que cada día ha de dar a V.M. mayor contentamiento”*¹⁹⁶.

Por lo tanto, Carlos V comprobaba que, poco a poco su hijo se iba haciendo a las tareas de gobierno y que hace buen uso de *“los poderes que V.M. le envió”*, esto es, que las Instrucciones referidas con anterioridad no cayeron en saco roto sino que fueron utilizadas y obedecidas por el príncipe con rigurosidad.

Esta regencia ya era efectiva y la empleó bien en aprender los resortes del poder y en ganarse la confianza de su padre quien, viendo su buen hacer, dejó de escribirle en el mismo tono que imperaba en las primeras misivas tras abandonar la Corte. Confiaba en su hijo, ya tenía un apoyo y podía volver a llevar a cabo campañas ambiciosas sabiendo que tenía alguien que le iba a estar ayudando económicamente. Felipe no tuvo reparo alguno en reunir al Consejo de Estado para tratar la situación de la Corona, pues el monarca seguía pidiendo nuevas ayudas económicas que se hacían cada vez más difíciles de conceder, tal era la situación de la Hacienda del reino. El príncipe sabía cuál era su cometido: gobernar el reino ante la ausencia del monarca, y lo cumplió tal cual le fue encomendado, aunque para ello tuviera que frenar las aspiraciones de su padre:

“Se platicó en Consejo de Estado en mi presencia y todos fueron de parecer que no hacían lo que debían a V.M. si, como fieles vasallos y súbditos no le avisaban de todo lo que acá pasa y de las grandes y extremas necesidades que se ofrescen y del poco o ningún remedio que hay para ellos [...] Y así yo, conociendo lo mismo que ellos y el afectión y celo con que se mueven, de su parte

¹⁹⁵ La cita corresponde a las instrucciones de Carlos V al cardenal Tavera del 10 de noviembre de 1539. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II...*, p. 675.

¹⁹⁶ La cita pertenece a una misiva del cardenal Tavera a Carlos V fechada el 8 de junio de 1543. *Ibidem*, p. 675.

*y de la mía, lo suplico a V.M. cuan encarecidamente puedo [...] La poca forma que hay para resistir y proveer en tantas partes, para que, mirándolo todo, con su grandísimo juicio [...] pueda medir las cosas según lo que se podrá y no según sus grandes pensamientos*¹⁹⁷.

El hijo apremia al padre para que firme la paz con Francia¹⁹⁸. Un hijo que, si bien acababa de empezar su formación como futuro rey, se había adaptado con rapidez, llegando hasta reunir al Consejo de Estado y persuadir a Carlos V para que pare una guerra que suponía al reino unos gastos que era incapaz de afrontar. Carlos V era consciente de la madurez alcanzada por el príncipe y, no sólo le hace caso a sus peticiones iniciando las negociaciones de la paz de Crépy, sino que le llega a pedir consejo acerca de los puntos a tratar en las conversaciones con Francia, algo que mostró a Felipe su buen hacer al frente del reino.

En 1545 Felipe contaba con dieciocho años y seguía al frente del gobierno de España, afianzándose en su posición que ya dominaba hasta el punto de insistir a su padre acerca de lo poco conveniente que era para las arcas del reino que siguiese guerreando por Europa. El príncipe también era conocedor de la situación geopolítica reinante y aconsejó al monarca que no se fiase del Papa en su apoyo al Emperador contra la Liga Smalkalda, pues *“de la voluntad y ayuda que agora offresçe Su Santidad, estas cosas a las vezes suelen faltar, y después el peso y trauajo de todo podría quedar sólo a V.Mt.”*¹⁹⁹. Felipe era, por tanto, plenamente consciente de la política de su tiempo y cumplía con su función de apoyo de Carlos V a la perfección, algo que el monarca siempre agradeció²⁰⁰.

Los consejeros sobre los que Felipe se apoyó al principio, por orden de su padre, fueron desapareciendo paulatinamente, destacando en el ánimo del príncipe las muerte de Tavera en 1545, de Zúñiga en 1546 y de Cobos al año siguiente. Tres muertes de aquellas personas que estuvieron al lado del príncipe y que él respetaba, siendo la de

¹⁹⁷ Carta de Felipe II a Carlos V fechada el 26 de agosto de 1543. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II...*, p. 689.

¹⁹⁸ La paz finalmente se rubricará en septiembre de 1544. PARKER, *Opus cit.*, p. 74.

¹⁹⁹ Carta de Felipe II a Carlos V. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II...*, p. 693.

²⁰⁰ La relación entre Carlos V y Felipe II siempre gozó de buena salud, confiando mutuamente en tareas de gobierno. Para ahondar en las diferencias y similitudes de ambos monarcas a la hora de ejercer el poder, es relevante la obra de BELENGUER CEBRIÀ, Ernest, (2000), “Los distintos ritmos del poder de los Austrias, de Carlos V a Felipe II”, en RIBOT GARCÍA, Luis Antonio (coord.), *La monarquía de Felipe II a debate*, pp. 137-158. Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V.

Zúñiga, con quien Felipe tenía “*tanta compañía y buena amistad*”²⁰¹, la más sentida, pues le acompañó durante toda su juventud. Pero además, el príncipe habría de acusar la marcha, en ese mismo año 1547, del duque de Alba para ayudar a Carlos V en la futura victoria de Mühlberg. Así pues, Felipe se quedaba solo al frente del gobierno de España, solo en el sentido de que había desaparecido la inmensa mayoría de las personas de su confianza, pues algunos con Silíceo aún permanecían a su lado pero su influencia, y estima por parte del príncipe, era mucho menor. El hijo ya gobernaba los reinos de España en solitario, libre de las ataduras de un padre que ya preparaba el asalto final contra la Liga Smalkalda, un dúo que demostró tener un más que eficaz funcionamiento.

Felipe, a pesar de todas las sentidas pérdidas de esos años, era más libre en su tarea de gobierno, unas tareas donde no estuvo solo pero ya sí que no contaba con los hombres fuertes de la Corte. De estos años que estuvo gobernando como regente los reinos de España, que abarcan desde 1543 hasta 1554, estos últimos serán en los que demuestre su valía como monarca. Felipe no era ajeno a las campañas de su padre y se debatía entre la ambición por derrotar a los protestantes, como sucedió en Mühlberg, y entre la miseria de una Castilla cada vez más asfixiada para pagar las andanzas de su rey por Europa. Finalmente se verá obligado, por convicción propia o por visión de futuro, a solicitar al Emperador mayor brevedad en sus planes bélicos, pues “*la gente común a quien toca pagar los servicios, está reducida a tan extrema calamidad y miseria que muchos dellos andan desnudos, sin tener con qué se cubrir*”²⁰².

Viudo de su mujer, María Manuela de Portugal²⁰³, y con un hijo, aquel que en no muchos años se convertirá en el príncipe don Carlos, célebre por sus desórdenes tan comentados en la Corte y que le llevaron a la reclusión primero y a la muerte después, en plenos dieciocho años, Felipe llega a la madurez personal con esta regencia, preparado para gobernar en cualquier momento, algo que pudo hacer, ya como rey, en no mucho tiempo.

²⁰¹ Carta de Cobos a Carlos V del 3 de julio de 1546. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II...*, p. 693.

²⁰² Carta de Felipe a Carlos V del 25 de marzo de 1545. *Ibidem*, p. 697.

²⁰³ María Manuela de Portugal murió tras dar a luz al príncipe don Carlos, en 1545. BOUZA ÁLVAREZ, “María, «Planeta de...”, p. 109.

7.2. *El Felicísimo Viaje:*

Felipe contaba con veintiún años cuando Carlos V prepara la que será su gran presentación en la escena europea. Además, su relevancia adquiriría mayor significado cuando éste iba a ser el primer viaje de Felipe como príncipe por diferentes reinos europeos²⁰⁴. El conocido como Felicísimo Viaje tenía como destino los Países Bajos, a cuyas tierras llegaría tras atravesar los territorios italianos y alemanes en un trayecto que tenía más de ostentación que de utilidad, pues, a fe del Emperador, era importante que la etiqueta de su Corte fuese admirada por toda Europa sobre la que su hijo iba a reinar a no mucho tardar y además era recomendable que el príncipe se dejase ver ante sus futuros súbditos, que se mostrase cercano y no fuese un monarca distante que les gobernaba en un reino distinto a miles de kilómetros²⁰⁵.

Felipe había demostrado su valía en el terreno político, ahora quedaba ser presentado como el sucesor del Emperador ante los territorios europeos en un auténtico despliegue propagandístico donde el príncipe se relacionó con las personalidades de los reinos que visitaba no por convicción, sino por conveniencia. El fin estaba claro y los medios serán los de la etiqueta borgoñona²⁰⁶, que se adoptará en sustitución de la mucho más austera castellana²⁰⁷. El poder debía deslumbrar y, concretamente, la figura de Felipe, envuelta en este recién adoptado boato, debía dejar a todas las cortes europeas maravilladas, pues tal era su posición y su destino, gobernar por encima de todos ellos. El viaje, al encuentro de Carlos V, iba a ser largo por lo numeroso de las paradas y por la voluntad del rey de que su hijo atravesase las tierras italianas y alemanas hasta llegar a los Países Bajos. A la brevedad del viaje no ayudaba la ingente cantidad de compañía

²⁰⁴ El fin del viaje ya lo apunta Cabrera de Córdoba: Carlos V quería que Felipe “*viere las provincias patrimoniales de Flandes, y ellas le reconociesen por su legítimo señor*”. CABRERA DE CÓRDOBA, *Opus cit.*, p. 14.

²⁰⁵ Tradicionalmente, este Gran Viaje ha sido objeto de análisis tanto por parte de la conocida leyenda negra como de la rosa, exaltando una la incompatibilidad del príncipe, e incluso incapacidad, con los reinos europeos, y defendiendo la otra los valores católicos que encarnaba un joven heredero austero frente a la suntuosidad de las cortes europeas. GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ, Carlos, “El felicísimo viaje del príncipe don Felipe, 1548-1551”, en VV.AA., *La monarquía hispánica. Felipe II, un monarca y su época*, pp. 81-95. Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, p. 81.

²⁰⁶ El mismo Carlos V instó al príncipe a cambiar la etiqueta de la Corte con el objetivo de deslumbrar al resto de cortes europeas. ESCUDERO LÓPEZ, *Opus cit.*, p. 99.

²⁰⁷ La etiqueta borgoñona, impuesta por Carlos V en la Corte castellana, suponía, de hecho, un afianzamiento de la figura real mediante la ostentación de sus medios, según teoriza Ludwig Pfandl.

que llevaba, a saber: más de tres mil personas, contando con la alta nobleza castellana y sus benefactores, de los cuales cerca de la mitad eran guardias que los protegían²⁰⁸.

El Felicísimo Viaje se gestó tras la batalla de Mühlberg²⁰⁹, cuando un Carlos V enfermo pensó en su sucesión de forma seria, pues de esta misma época también son las mencionadas “Instrucciones” a su hijo. Era 1547 y el Emperador quería dejar a Felipe como heredero de los Países Bajos en detrimento de su hermana María, que en un principio los iba a recibir como dote²¹⁰. Para ello, el príncipe debía ser jurado como heredero en aquel reino, por lo que su partida era obligatoria. Y para que se fuese acostumbrando, Carlos V ordenó que antes de la partida de su hijo su Casa ya se ajustase a la etiqueta borgoñona en lugar de la castellana. El monarca sabía que la diferencia tan notable de ambas costumbres iba a sorprender al príncipe e intentó acostumbrarle a lo que iba a vivir a lo largo de las Cortes europeas por las que habría de transitar. En cierta medida, este viaje fuera de las fronteras de los reinos de España era la única gran experiencia que le quedaba por vivir a un Felipe que se había casado, había tenido un hijo y había enviudado. Y todo esto con veintidós años. Hasta el momento Felipe había demostrado su capacidad para gobernar, pero aún era necesario instruirle en el gobierno de un territorio más amplio que la España sobre la que hasta el momento ejercía la regencia ante la ausencia de su padre. Éste quiso enseñarle que debía reinar sobre personas de diferentes lenguas y culturas, siempre jugando estratégicamente en un terreno europeo hasta el momento desconocido para el príncipe²¹¹.

²⁰⁸ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II...*, p. 701.

²⁰⁹ Batalla de Mühlberg que causó gran ánimo en un príncipe que “*embió a Ruy Gómez de Sylva, gentilhombre de su cámara, a visitarle [a Carlos V] y a congratularse con él de la victoria*”. Esta visita congratuló al Emperador que, “*desseando gozar enteramente de la victoria, quiso dar orden en la venida del Príncipe su hijo*”. CALVETE DE ESTRELLA, Juan Cristóbal (2001) [1ª ed. 1552]: *El felicísimo viaje del muy alto y muy poderoso príncipe Don Phelippe. Estudios introductorios de José Luis Gonzalo Sánchez-Molero... [et al.]*; edición de Paloma Cuenca. Madrid: Sociedad estatal para la conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V, p. 25.

²¹⁰ El objetivo del viaje estaba claro, que “*los Estados de las provincias patrimoniales contenidas en los [...] Estados de Flandes [...] le conociesen [al príncipe] y entendiesen la gran merced que Dios les avía hecho en darles para después de sus días un tal Príncipe por sucesor y señor*”. *Ibidem*, p. 26.

²¹¹ GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ, *Opus cit.*, p. 84.

Tras todos estos preparativos, Felipe partió de Valladolid el 2 de octubre de 1548²¹², en un viaje donde recibirá los respetos de los nobles y ministros de las zonas por las que pasaban, algo que ralentizó el trayecto. Los tercios de don Álvaro de Sande que les acompañaban ayudaron a que ese respeto fuese puntualmente mostrado en las poblaciones que iba a atravesar el cortejo del príncipe, pues eran temidos no sin razones. Felipe avanzaba lentamente, llegando a Zaragoza cinco días después y tras lo cual se instalará en Barcelona²¹³, donde estaba planeado embarcar rumbo a Génova²¹⁴, pero las malas condiciones marítimas, sumado a lo amplio y preeminente del séquito²¹⁵, obligarán a detenerse en este punto. A primeros de noviembre, finalmente embarcarán²¹⁶, llegando a tierras genovesas no sin dificultades²¹⁷. Los Doria acogieron a Felipe, el cual por primera vez vislumbraba otras tierras fuera de su Castilla natal y de pronto se encontró con un gran problema: no sabía ningún idioma, algo que acusó enormemente a lo largo de un viaje por tierras extrañas y que, a la postre, supondrá una brecha insalvable entre él y los habitantes de unas tierras que veían como les gobernaba un monarca distante al que nunca habían visto y que ni siquiera hablaba sus lenguas, por lo que era difícil que entendiese sus problemas propios. Carlos V dominaba el francés, el español, el italiano y, en menor medida el alemán. Felipe, sin embargo, sólo dominaba el castellano y el portugués, aunque éste al no utilizarlo con frecuencia es de suponer que caerá en desuso. El latín lo dominaba, como lengua universal que era en ambientes nobles, pero su uso estaba en franca decadencia. La educación laxa y despreocupada de un Silíceo más preocupado de complacer al joven príncipe en vez de formarle adecuadamente a pesar de las quejas de éste, veía, por fin, sus nefastas consecuencias, aunque la responsabilidad última de esto la tiene el propio Carlos V que, conociendo la personalidad del maestro de su hijo, lo mantuvo en tan crucial cargo. Además, la formación en una Corte donde se promovía el “sosiego” como lo fue la

²¹² Los retrasos en la partida del príncipe se debieron, además, por lo necesario de que la infanta María se casase con Maximiliano de Austria y así dejase a ambos la regencia que Felipe había estado ejerciendo hasta el momento en España. GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ, *Opus cit.*, p. 84.

²¹³ CALVETE DE ESTRELLA, *Opus cit.*, p. 29.

²¹⁴ BÉRENGER, Jean (1992): *El imperio de los Habsburgo, 1273-1918*. Barcelona, Crítica, p. 214.

²¹⁵ La numerosa flota, pues contaba con 58 naves, estaba comandada por un anciano Andrea Doria, afamado almirante genovés. GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ, *Opus cit.*, p. 84.

²¹⁶ La lista completa de los tripulantes se encuentra en CALVETE DE ESTRELLA, *Opus cit.*, pp. 33-37.

²¹⁷ Cabrera de Córdoba relata la dificultad de la navegación en unas líneas especialmente aduladoras: “*El Príncipe conoció el riesgo, pero mandó proejar gallardamente, mostrando grandeza de ánimo [...] aunque le suplicaron muchos señores pasase por la seguridad a otra [nave más segura]*”. CABRERA DE CÓRDOBA, *Opus cit.*, p. 16.

castellana²¹⁸, hizo del príncipe una persona controlada, algo que fue entendido a lo largo de su viaje por los nobles con los que se cruzó como frialdad y altivez, una falta de cortesía en suma que fue puliendo hasta ser considerado, en los últimos destinos de su viaje, una persona afable y cercana. A lo largo del viaje, Felipe se comportó como el príncipe del renacimiento que se suponía que debía ser, participado en torneos y cacerías, bailando y festejando con damas. A su favor, y contra aquellas primeras impresiones no demasiado favorables que causaba entre sus interlocutores, el príncipe no dio señales de aversión en aquellos territorios donde triunfó un protestantismo que tanto su padre primero como él mismo después combatieron sin descanso. Además, prometió interceder a favor de ciertos líderes luteranos prisioneros de Carlos V en Bruselas²¹⁹. Esta cercanía no dejaba de ser una farsa, pues algunas cosas sólo las hacía para complacer a los naturales de aquellos lugares por los que transitaba, a pesar de que fuesen en contra de sus costumbres²²⁰. El rechazo que provocó su persona a lo largo de determinadas etapas del viaje no fue motivado por su personalidad distante, sino por suponer una fuerte alternativa al poder imperial de Carlos V, por lo tanto se trataba más de un asunto político que de costumbres²²¹.

Continuando con el viaje, Felipe pasó a Milán, cuyo ducado le pertenecía desde hacía un tiempo y donde Fernando de Gonzaga, aliado de Carlos V en su lucha contra el duque de Clèves y Francisco I de Francia, le acogió, pues había sido virrey de Sicilia y su prestigio era patente. Mantua fue su siguiente destino, siendo el príncipe acompañado por el duque de esas tierras y por el de Ferrara. El ritmo del trayecto se frenaba paulatinamente, pues eran numerosos los nobles que se afanan por mostrar sus respetos al heredero de Carlos V. Era aún enero cuando Felipe pasa a Trento, donde es recibido por el cardenal de Augsburgo, Mauricio de Sajonia y el duque de Baviera, los grandes personajes alemanes de su tiempo²²². Las fiestas en honor del príncipe se sucedían sin descanso, homenajes donde Felipe se sentía cómodo a pesar de sus limitaciones para

²¹⁸ Ese “sosiego” que fomentaba la etiqueta castellana consistía en el autocontrol de las emociones. GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ, *Opus cit.*, p. 85.

²¹⁹ *Ibidem*, p. 86.

²²⁰ Los nobles extranjeros vieron “*al hijo tan buen caballero*” y quedaron “*agradados de su valor y majestad*”. CABRERA DE CÓRDOBA, *Opus cit.*, p. 17.

²²¹ GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ, *Opus cit.*, p. 94.

²²² Que Felipe fuese agasajado por los príncipes alemanes dejó en una situación comprometida a los clérigos españoles que le acompañaban, pues, con el Concilio de Trento que se dirimía en esos años y donde se dilucidaban los fundamentos del cristianismo para evitar la ya inevitable escisión de protestantes y católicos, se debatían entre la obediencia a su rey o a su señor, el Papa Paulo III. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II...*, p. 706.

hacerse entender. En febrero, el príncipe se dejaba ver en Innsbruck donde, continuando con la tradición, será agasajado con banquetes y fiestas por parte de la nobleza de la zona. El 21 de ese mismo mes llegará el cortejo a Augsburgo, siendo flanqueado Felipe por el cardenal de Trento y el duque Mauricio de Sajonia²²³, en un viaje donde atraviesan diferentes ciudades alemanas como Ulm o Spira. Las constantes muestras de respeto aumentan la confianza del príncipe en su posición y en su papel como heredero. A todo esto, había dejado a su hermana María la regencia de España²²⁴, siendo auxiliada por su esposo Maximiliano²²⁵, rey de Bohemia, y tal es su involucración como gobernante que dicta a su hermana aquello que debía hacerse durante su ausencia y la aconsejaba sobre las tareas de gobierno²²⁶.

Finalmente, y tras pasar por Luxemburgo, Felipe llegará a Bruselas el primero de abril de 1549 para, posteriormente, reunirse con su padre, que estaba postrado en cama a cuenta de un ataque de gota. La estancia en Bruselas de Felipe se alargó por el estado de salud precario del Emperador y para que conociese la vida en una Corte que debía pasar a sus manos en pocos años. El príncipe conoció en estos momentos a los principales nobles de la Corte, nobles que, años más tarde, protagonizarán las revueltas en los Países Bajos. Felipe nunca perdonó lo que él consideró como una traición de quienes él consideraba como aliados, haciendo que su ya reservada personalidad alcanzase nuevos niveles de hermetismo y desconfianza para con aquellos que le rodeaban²²⁷.

Después de esta primera etapa de asentamiento, el 12 de julio se inició otra de visitas a las provincias, en la que participó casi toda la Corte del Emperador, incluyendo a María de Hungría y los principales nobles de los Países Bajos. A lo largo de medio año Felipe conoció a las gentes de aquellas tierras y fue jurado como heredero en cada una de las diecisiete provincias que formaban aquel reino. Todo ello transcurría como si de un gran acto de propaganda se tratara, viendo y dejándose ver por parte de sus

²²³ El mismo Mauricio de Sajonia que, tres años más tarde en 1552, se rebelará contra Carlos V, algo que Felipe nunca perdonó y que le hizo recelar aún más de las personas, acrecentando esa faceta desconfiada de su personalidad. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II...*, p. 708.

²²⁴ Felipe no partió hasta que Maximiliano hubo desposado a María, tras lo cual quedaron como regentes en España. CALVETE DE ESTRELLA, *Opus cit.*, p. 27.

²²⁵ El matrimonio, acordado entre Carlos V y Fernando, se celebró el 17 de septiembre en Valladolid. BRATLI, *Opus cit.*, p. 31.

²²⁶ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II...*, p. 708.

²²⁷ El mismo Guillermo de Orange que había sido el apoyo de Carlos V en sus batallas y que había sido su apoyo, literal esta vez, para hacer efectiva su abdicación en Felipe, pronto liderará la revuelta contra éste e iniciará la Leyenda Negra en contra del monarca. El nuevo rey nunca le perdonó la traición.

futuros súbditos. Los actos festivos, como lo fueron los bailes, trascendían lo meramente lúdico para llegar al terreno de la promoción de su monarquía pasada y venidera²²⁸. Por ello era tan importante que el príncipe se adaptase a la etiqueta borgoñona y por ello lamentó tanto su padre que no tuviese un don de lenguas que habría causado mejor impresión de su figura en las tierras extranjeras que visitó a lo largo del viaje. Además, también cada nueva ciudad que visitaba se afanaba por cubrir de comodidades al príncipe y organizar las fiestas más ostentosas, todo con el objetivo de dejar atrás al resto de Cortes en una competición por el favor del que estaba llamado a ser más pronto que tarde su nuevo monarca.

Esta marcha por los territorios de los Países Bajos terminará en octubre de 1549, aunque Felipe siguió viviendo en Bruselas hasta mediados del siguiente año, aprovechando su padre para formarle en la tarea de gobierno que debía ejercer a no mucho tardar. Tras ponerse en marcha el 31 de mayo, llegó la comitiva a Augsburgo el 8 de julio de 1550, lugar donde se iba a reunir la Dieta Imperial en una nueva ocasión que tuvo el príncipe para aprender los instrumentos del poder. A lo largo de casi un año Felipe tuvo ocasión de familiarizarse con los problemas del Imperio, problemas entre los cuales sobresalían la profunda división religiosa entre católicos y luteranos y el siempre presente peligro de la invasión del Imperio Otomano.

No todo fueron banquetes y bailes, en realidad se estaba fraguando la sucesión de Carlos V, dándose una fuerte tensión entre aquellos que aspiraban a obtener una parte de tan vasta herencia²²⁹. Fernando y Carlos llegaron a discutir en público acerca de la sucesión, llegando a retirarse la palabra²³⁰. María de Hungría hubo de apaciguar los ánimos e interceder entre ambos hermanos y Maximiliano dejó España al cuidado de su esposa María de Austria para apoyar las pretensiones de su padre frente a Carlos V. La anteriormente unida familia que gobernaba gran parte de Europa ahora se mostraba abiertamente dividida en una serie de discusiones públicas que no hicieron sino alimentar las aspiraciones de sus enemigos. Ciertamente los nobles alemanes apoyaron a

²²⁸ Tampoco hay que perder de vista que estas lujosas celebraciones eran, en sí mismas, ostentación del absolutismo real. GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ, *Opus cit.*, p. 91.

²²⁹ Cabrera de Córdoba apuntaba que *“había quien sembraba desconfianças entre don Filipe y su cuñado Maximiliano sobre la pretensión de la elección de Rey de Romanos”*. CABRERA DE CÓRDOBA, *Opus cit.*, p. 31.

²³⁰ El incidente ocurrió en Augsburgo y es una muestra de esas disputas entre los miembros de los Habsburgo por la herencia del Emperador. GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ, *Opus cit.*, p. 94.

Fernando en sus pretensiones al Imperio, pues su política religiosa aspiraba a ser más laxa para con los luteranos, algo que además les prometió Maximiliano. La disputa se solucionó con un frágil acuerdo que nunca llegó a cumplirse, y consistente en que las dos ramas de los Habsburgo debían ostentar alternadamente la corona imperial, por lo que Fernando debía suceder a Carlos V y Felipe a Fernando²³¹.

Una vez solucionados los problemas de la sucesión imperial, todo volvió a la normalidad. María de Hungría volvió a ejercer la regencia en Bruselas²³², Fernando se trasladó a Innsbruck y su hijo a España para regresar definitivamente a tierras alemanas. Felipe comenzó a plantear el viaje de regreso a España que finalmente se inició en mayo de 1551 y recorrió los mismos territorios por los que antes había pasado en orden inverso. Una vez en Génova volvió a embarcarse rumbo a Barcelona donde pisó tierra el 12 de julio. Se terminaba así su gran viaje por media Europa, un viaje grande en todos los sentidos, pues había movilizadado a todas las Cortes por las que transitó y duró más de dos años. El aprendizaje práctico que fue de gran utilidad para un joven Felipe le acompañó el resto de su vida, pues también aprendió una estrategia que utilizó en no pocas ocasiones: la de fingir y actuar posteriormente de forma contraria a lo anticipado. Además, el viaje había supuesto un éxito político, pues la persona del príncipe había sido admirada en Europa y Carlos V había mostrado a su sucesor a las diferentes Cortes de sus reinos en una campaña de propaganda del poder imperial.

Por lo tanto, es innegable que esta experiencia de Felipe, donde vivió otras culturas alejadas de la suya en todos los sentidos, le enriqueció culturalmente, pues añadió a su propia persona los diseños que había visto en las Cortes europeas. Además, aquí puede estar el germen de su posterior política de mecenazgo²³³. En cualquier caso, a su llegada a España en 1551 gobernará con más firmeza y seguridad que antes, conocedor de la monarquía de los Habsburgo y tras haber adquirido, a lo largo de un

²³¹ El acuerdo era manifiestamente endeble, pues nada podía evitar que la rama austríaca de los Habsburgo se aferrase a la corona imperial y la delicada situación política en la zona no ayudó a que se plantease siquiera la transición del Imperio a Felipe. GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ, *Opus cit.*, p. 94.

²³² María de Hungría demostró con creces sus dotes, tanto diplomáticas como gubernativas, siendo un apoyo fundamental para su hermano en las tierras de los Países Bajos, tan inestables. RODRÍGUEZ SALGADO, María José (1998), “Las hadas malas van fuera”, en VV.AA., *La monarquía hispánica. Felipe II, un monarca y su época*, pp. 119-135. Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, p. 121.

²³³ Mecenazgo que le convirtieron en uno de los reyes más cultos de su momento, siendo El Escorial o Simancas los dos grandes ejemplos de reunión del conocimiento. DOMÍNGUEZ ORTIZ, *Opus cit.*, p. 451.

viaje por numerosas tierras extrañas, nuevos conocimientos y experiencias que le servirán en la tarea de gobierno en solitario que comenzará en breves. Tras este Gran Viaje y en ese mismo año de 1551, Felipe fue jurado como heredero en Navarra, título al que en breve se le unirán en de rey consorte de Inglaterra.

7.3. Primeros gobiernos. Madurando en la Corte inglesa:

Felipe había quedado viudo de su primera esposa, María Manuela de Portugal²³⁴ con quien se había casado en 1543 y que había fallecido al poco de dar a luz al primogénito del príncipe²³⁵, un don Carlos que, nacido en 1545, llegará a ser aquel joven caído en desgracia fruto de sus propios excesos y desavenencias y que tantos quebraderos de cabeza causará a su padre²³⁶.

El príncipe estaba sin esposa y sin una descendencia asegurada, pues en 1553, cuando Carlos V le plantea la necesidad de otro matrimonio²³⁷, don Carlos ya se descubría como una persona desequilibrada y poco capacitada para cualquier responsabilidad. Ese mismo año, el 6 de julio, Eduardo VI de Inglaterra fallecía y es su hermana, María Tudor²³⁸, la que se hará cargo del gobierno después de reducir toda oposición²³⁹. Su posición era débil por su catolicismo y por los pocos apoyos internos con los que contaba, con lo que ya desde el principio intentó una alianza con la rama española de los Habsburgo que tanto poder tenía en aquel momento. Carlos V no estaba dispuesto²⁴⁰, ya al poco de abdicar, a embarcarse en otra aventura, pero era el momento idóneo para que Felipe tomase las riendas del poder, pues así se garantizaba el restablecimiento del catolicismo en Inglaterra y el príncipe poseería un reino propio para gobernar antes de heredar el patrimonio de su padre, además la situación de Inglaterra era sumamente estratégica para gobernar unos territorios tan complicados

²³⁴ Para analizar la vida de María Manuela de Portugal es recomendable la consulta de la obra BOUZA ÁLVAREZ, "María, «Planeta de...".

²³⁵ CABRERA DE CÓRDOBA, *Opus cit.*, p. 13.

²³⁶ Para estudiar la turbulenta vida del príncipe don Carlos es de obligada lectura la obra mejor documentada del primogénito de Felipe II, GACHARD, *Opus cit.*, p. 44.

²³⁷ PARKER, *Opus cit.*, p. 114.

²³⁸ María Tudor (1516-1558) era hija de Enrique VIII y Catalina de Aragón. Cayó en desgracia después de que el rey se divorciase de su esposa, quedando fuera de toda herencia al trono. RODRÍGUEZ SALGADO, *Opus cit.*, p. 122.

²³⁹ CABRERA DE CÓRDOBA, *Opus cit.*, p. 18.

²⁴⁰ Carlos V estuvo prometido con María Tudor cuando ésta contaba con tan sólo ocho años de edad, pero se terminó desechando este plan en favor de Isabel de Portugal. RODRÍGUEZ SALGADO, *Opus cit.*, p. 122.

como los Países Bajos. La posibilidad de incorporar este nuevo reino al patrimonio de los Habsburgo era otra de las numerosas ventajas que poseía este acuerdo, por lo tanto, la oferta de María era demasiado tentadora como para ignorarla y tanto el Emperador como su hermana María estaban a favor de un matrimonio, pero únicamente si éste se realizaba con Felipe, algo que al principio ninguna de las dos partes contempló con agrado, pero había demasiado en juego y ni María quería quedar a merced de sus enemigos y para Felipe no dejaba de ser otra orden por parte de su padre, el rey, que acataría sabedor de ser una pieza fundamental de un engranaje mayor que él mismo: “*Ya Vuestra Magestad sabe que como tan obediente hijo, no he de tener más voluntad que la suya, quanto más siendo este negocio de [tal] importancia y calidad*”²⁴¹. Ciertamente, la edad avanzada de María, que rozaba la cuarentena, y sus rasgos poco agradados hacían de este enlace algo no del gusto del príncipe, pero el deber llamaba a su puerta una vez más y no podía rechazarlo²⁴². La barrera del idioma, que nuevamente se volvía a mostrar como uno de los grandes puntos débiles del príncipe por culpa de aquella educación laxa y condescendiente de Silíceo, se podía solventar de alguna manera hablando latín o francés, el primero se terminará utilizando para los papeles oficiales y el segundo para entenderse con su nueva esposa²⁴³.

Carlos V ya planteaba su retirada, cansado de reinar, y esta posibilidad que se abría ante él le daba la posibilidad de que Felipe se fuese incorporando a las tareas de gobierno en solitario y, quien sabe, si así podía resolver su problema con las lenguas extrañas. Este acuerdo era tan beneficioso para ambas partes, inglesa y española²⁴⁴, que los inconvenientes fueron desechándose con firmeza a medida que surgían²⁴⁵, como la revuelta de Sir Thomas Wyatt²⁴⁶ en contra de que Felipe gobernase Inglaterra aún como rey regente o las cláusulas del contrato que eran en exceso humillantes para un Felipe que quedaba desprovisto de cualquier poder real sin el consentimiento de su nueva esposa. Ambos inconvenientes fueron ocultados al príncipe para que su opinión acerca

²⁴¹ Carta de Felipe II a Carlos V fechada el 22 de agosto de 1553. PARKER, *Opus cit.*, p. 115.

²⁴² CABRERA DE CÓRDOBA, *Opus cit.*, p. 19.

²⁴³ “*Vuestra Alteza acostumbre a hablar francés o latín*”. Carta de Simón Renard, embajador de Carlos V en las islas británicas, a Felipe del 29 de octubre de 1553. PARKER, *Opus cit.*, p. 116.

²⁴⁴ Una de las grandes ventajas para el propio Felipe era que pasaba de ser un príncipe-regente a un soberano de alto rango, lo cual para un heredero con tantas ansias de gobernar no era una cuestión pequeña. RODRÍGUEZ SALGADO, *Opus cit.*, p. 122.

²⁴⁵ Los inconvenientes eran casi exclusivamente para Felipe, quien veía frustrado un matrimonio muy ventajoso con María de Portugal, cómo su hijo don Carlos era relegado de toda herencia al trono y cómo su camino, que él mismo trazaba en torno a España, se desviaba hacia los Países Bajos. *Ibidem*, p. 124.

²⁴⁶ CABRERA DE CÓRDOBA, *Opus cit.*, p. 20.

del matrimonio fuese aún más negativa, aunque éste no era del todo ignorante de estos detalles, por lo que, ante notario, firmó un acuerdo que desvinculaba a su patrimonio, herederos y reino de cualquier decisión que hubiera de tomar en Inglaterra²⁴⁷. Como apunta Parker, esta

*“disimulación (como se denominaba en el siglo XVI) se convertiría en un rasgo característico del gobierno de Felipe II: cuando se veía obligado a actuar de una forma que no era de su agrado, hacía una declaración ante notario a fin de que las concesiones realizadas bajo coacción no le comprometieran”*²⁴⁸.

Quizá esta fue una de las grandes lecciones de Felipe para cuando tuvo que gobernar, nunca comprometerse del todo y siempre tener una alternativa, algo que se confundió con la inseguridad cuando en realidad sólo quería tener capacidad de decisión propia sin estar expuesto a los manejos de los demás²⁴⁹.

Finalmente, el 6 de marzo de 1554, con poder de Felipe, el obispo de Winchester consagró el matrimonio por “palabra de presente”²⁵⁰. Antes de embarcar en La Coruña, dejando a don Carlos nuevamente solo²⁵¹, y abandonar España, Felipe viajó hasta Portugal para tratar con su hermana Juana el tema de su regencia, celoso de que todo se hiciese a su manera durante su ausencia. Tras una posterior parada en Yuste, a petición de Carlos V para que opinase sobre el lugar que habría de ser el retiro de un Emperador cansando del mundo, finalmente embarcó en La Coruña el 13 de julio de ese mismo año. En el horizonte, la boda con María Tudor y tomar el control de los Países Bajos²⁵².

²⁴⁷ El documento, fechado el 4 de enero de 1554, está firmado en presencia del notario Juan Vázquez de Molina y con la presencia de los testigos Ruy Gómez de Silva y el duque de Alba. PARKER, *Opus cit.*, p. 118.

²⁴⁸ PARKER, *Opus cit.*, p. 118.

²⁴⁹ El ejemplo perfecto de este caso es el *affaire* Antonio Pérez, algo que endureció aún más, si cabe, este rasgo del carácter de Felipe II. Es imprescindible para estudiar este caso la consulta de la obra de MARAÑÓN, *Opus cit.*

²⁵⁰ La unión mediante “palabra de presente” no obligaba a la presencia física de ambos contrayentes, algo que convenía a un Felipe que era regente en España a pesar de que en Inglaterra se prefería la unión por “palabra de futuro” que obligaría a Felipe a viajar a Inglaterra. PARKER, *Opus cit.*, p. 118.

²⁵¹ Según Bratli, “*quizá ya en esta época abrigaba [Felipe II] tristes presentimientos sobre el porvenir de Don Carlos*”. BRATLI, *Opus cit.*, p. 38.

²⁵² El viaje se hizo igual que la travesía a Flandes, adoptando una solemnidad y magnificencia propias del hijo del Emperador para deslumbrar a todo el mundo. Los detalles del trayecto se encuentran en CABRERA DE CÓRDOBA, *Opus cit.*, p. 23.

El viaje fue, felizmente, breve, por los mareos que sufría el príncipe a bordo, llegando en siete días a las costas de Southampton²⁵³. Allí le esperaban delegados británicos con presentes de parte de María y flamencos enviados por Carlos V con el título de rey de Nápoles. Felipe a continuación viajó hasta Winchester donde se pudo reunir, finalmente, con María. Los meses siguientes fueron de adaptación para un Felipe de natural introvertido y que no conocía la lengua de aquellos que le rodeaban²⁵⁴. María finalmente logró que el Parlamento declinase toda limitación impuesta a su esposo para que su posición no fuera tan vulnerable y dependiente de la de ella misma. Felipe trató de ganarse el afecto de unos nobles que, divididos en facciones, habían demostrado ser en exceso levantiscos, pero la inestabilidad de la política inglesa era algo contra lo que el príncipe no podía luchar, menos aún con los poderes limitados con los que contaba²⁵⁵. A pesar de esto, los papeles que implicaban asuntos relevantes de Estado le eran traducidos al latín o español, papeles que además debían de ir firmados por la pareja real, así Felipe intervino directamente²⁵⁶, aunque de la mano de María, en la política inglesa. Su visión política le hizo promover la liberación de presos que se habían levantado en el pasado, pues era prioritario el ganarse amistades en una nación sumamente hostil a los Habsburgo, una magnanimidad que fue perdiendo con el paso del tiempo hasta llegar a convertirse en crueldad, quizá escarmentado de los numerosos engaños que su relación con las personas le causó.

Felipe no quiso alterar la vida política inglesa tanto como para ser visto con animadversión por aquellos consejeros que ya demasiados esfuerzos hacían al aceptar que un enemigo natural gobernase su país de facto. Así pues, en la gran mayoría de las ocasiones, siguió el consejo y dictado de estos consejeros, siendo las menores de las veces las que añadió alguna nota o comentario al mismo. La situación inestable en lo religioso de Inglaterra hizo que Felipe tuviese que jugar un doble papel, pues era católico y su destino era preservar la unidad de la cristiandad como su padre antes que

²⁵³ La flota y el séquito que acompañaron al príncipe se rodeó de los mayores lujos con el fin de deslumbrar a ingleses y flamencos. RODRÍGUEZ SALGADO, *Opus cit.*, p. 125.

²⁵⁴ A estas limitaciones del príncipe habría de añadirse las reticencias de los mismos ingleses, temerosos de que Felipe matase a la reina, o de los españoles, a quienes consideraban lascivos y avariciosos. *Ibidem*, p. 126.

²⁵⁵ En palabras del duque de Alba, esta situación convertía a Felipe en un “pobre pasajero en vez de imponerse como un verdadero rey”. *Ibidem*, p. 129.

²⁵⁶ Aquí se ven sus ánimos de intervenir directamente en política por encima de cualquier ministro o noble, un rasgo que irá parejo a su prudencia tan comentada. FERNÁNDEZ ALBADALEJO, *Opus cit.*, p. 73.

él, pero no podía sino transigir ante ciertas actuaciones o personalidades protestantes, pues era consciente de que no podía cambiar las conciencias de toda una nación y menos alguien que no dejaba de ser un extranjero.

El Papa Julio III no quería desaprovechar la oportunidad de devolver el catolicismo a Inglaterra, para lo cual presionó a Carlos V y Felipe II, para que acelerasen las reformas necesarias para conseguir dicho fin. Llegó a nombrar a Reginald Pole como su legado en las islas para contar con alguien de la máxima confianza y que sabía que llevaría a cabo esta política de restauración del catolicismo sin demora. Pero tanto Carlos como Felipe habían demostrado ser más pragmáticos que todo eso²⁵⁷, por lo que dilataron toda medida en esa dirección, pues la prioridad era conseguir el dominio de Inglaterra a través de un monarca que fuese deseado, si no por el pueblo, sí por los nobles que habían demostrado tener muy pocos reparos en levantarse contra los monarcas²⁵⁸. Además, asegurar la estabilidad de Inglaterra era un punto fundamental para conseguir la de los Países Bajos, de cuyas costas no distaba mucho. Por lo tanto, la visión del Emperador y el príncipe acerca de Inglaterra se circunscribía únicamente a la estrategia geopolítica.

Pero la incorporación de Pole no se pudo retrasar mucho más en el tiempo y, finalmente, en noviembre de 1554, reincorporó la Iglesia de Inglaterra a la fe católica. No es de extrañar que esto sirviese a Felipe como lección de cómo la política o la diplomacia podían resolver lo que ejércitos nunca lograron. Mientras continuaba con su aventura inglesa, que comenzó únicamente para casarse y terminó residiendo en el país durante más de un año, Felipe no dejó de lado los asuntos de España que era, al fin y al cabo, su reino y la cabeza de sus territorios. Juana recibía puntualmente misivas donde su hermano le dictaba aquello que era más conveniente para el reino, en una serie de cartas en la cuales se decidía el destino de España. Éste puede ser el germen de aquel que llegará, con los años, a ser el conocido como “rey papelero”²⁵⁹, pues conformó una burocracia donde todo debía ser escrito y todo pasaba por su aprobación.

²⁵⁷ RODRÍGUEZ SALGADO, *Opus cit.*, p. 130.

²⁵⁸ “Algunos ingleses se mostraban ariscos, mas el Rey los ganó con prudencia, agrado, honras, mercedes; especialmente a los que fueron leales a la Reina, y conservando sus leyes, sus costumbres, estilo”. CABRERA DE CÓRDOBA, *Opus cit.*, p. 24.

²⁵⁹ PARKER, *Opus cit.*, p. 172.

Finalmente, el 5 de septiembre de 1555 Felipe se trasladó a los Países Bajos para tomar el relevo de su padre²⁶⁰, pero la distancia no evitó que siguiese en contacto con María y con la política de Inglaterra, pues continuó aconsejando a su esposa las medidas que debía adoptar y que ella se ocupaba de obedecer. La separación afectó profundamente a una María que estaba enamorada de Felipe, tal y como lo prueban las incontables cartas que envió a su amado durante su ausencia²⁶¹. María murió en 1558²⁶², quedando Felipe nuevamente viudo y libre para otra alianza ventajosa. La aventura inglesa había finalizado pero las ventajas que reportaron al príncipe fueron más allá de las meramente patrimoniales, adquiriendo experiencia en las labores de gobierno, mandando un país como rey regente, algo que pronto pondrá en práctica en solitario, pues su padre abdicará en breves.

Felipe recibió, con este gobierno, una lección que el acompañará el resto de su vida, consistente en que una nación se convierte en débil frente a sus enemigos cuando tiene divisiones religiosas internas, lo cual explica, en parte, su afán por evitar cualquier disidencia religiosa en el futuro²⁶³. También pudo haber aprendido de esta experiencia que no se pueden cambiar las conciencias de una nación entera, más aún cuando quien lidera ese cambio es un extranjero que no conocía a su nuevo pueblo, ni sus costumbres ni su lengua. Sin embargo, repitió el error con los Países Bajos, más aún, su negativa rotunda a viajar hasta esas tierras y solucionar directamente el conflicto empeoró la situación de unos territorios que se veían gobernados por un monarca ausente, que desconocía sus necesidades y su lengua.

7.4. La abdicación de Carlos V:

Carlos V ya llevaba tiempo planeando su retirada del trono. Anhelaba descansar de todo en Yuste con la tranquilidad propia de un monasterio. Ciertamente, había tenido una agitada vida, nunca había dejado de viajar entre sus territorios, nunca había dejado de enfrentarse a sus enemigos, a sus consejeros en busca de dinero y las enfermedades, como la gota, que le atenazaban cada vez más, siendo ya incluso cabalgar algo harto

²⁶⁰ “Salió don Filipe a ocho de octubre de Londres, y en pocos días se presentó a su padre”. CABRERA DE CÓRDOBA, *Opus cit.*, p. 32.

²⁶¹ PARKER, *Opus cit.*, p. 127.

²⁶² La muerte de la reina supuso el fin de cualquier aceptación que podía tener Felipe en Inglaterra, precipitando su salida de unas tierras con las que nunca congenió ni apreció. RODRÍGUEZ SALGADO, *Opus cit.*, p. 135.

²⁶³ *Ibidem*, p. 132.

difícil para alguien que, a pesar de contar con cincuenta años de edad se sentía demasiado mayor como para luchar en todos los nuevos frentes que se le abrían²⁶⁴. Es evidente que no se habría planteado su retirada tan temprana sin saber que dejaba sus reinos en buenas manos, pues Felipe había ido demostrando su valía y su buen hacer en las tareas de gobierno que se le habían ido encomendando.

El camino a su retiro se le abrió a Carlos V cuando, paradójicamente, murió su madre, la misma Juana I de Castilla que se había visto recluida en Tordesillas²⁶⁵. En 1555 fallecía esta mujer que, pese a su encierro, compartió con Carlos V el gobierno de la Monarquía, al menos en el plano formal y para evitar cualquier levantamiento en favor de la todavía reina. Con su desaparición, el Emperador ya era totalmente libre de abdicar en su hijo sin que la corona pasase a Juana. Por lo tanto, aquel 12 de abril de 1555 supuso la primera piedra en el camino de Felipe al trono.

Esta abdicación contó únicamente con dos actos públicos²⁶⁶, uno primero donde traspasaba el liderazgo de la Orden del Toisón de Oro a Felipe y otro donde oficialmente abdicaba como monarca y Emperador. Todo esto se llevó a cabo en Bruselas, a donde se había retirado a la espera de la venida de su hijo²⁶⁷. El día señalado para tal acontecimiento fue el 25 de octubre de 1555. Sabía el todavía Emperador que Europa estaba pendiente de ese momento y todo se llevó a cabo con la solemnidad y la simbología propias de acontecimientos tan cruciales. Ya desde el inicio, Carlos V entró en la sala de su palacio de Bruselas apoyado sobre el hombro del príncipe de Orange²⁶⁸, toda una declaración de intenciones hacia aquel Guillermo que había sido su aliado en los Países Bajos y que, de este modo, pretendía decirle a Felipe que se apoyase también en él²⁶⁹. Al monarca le siguieron Felipe y su hermana María. Después de leer un discurso argumentando tan extraña decisión en un rey, Felipe hizo lo propio pero al no saber hablar francés, lo tuvo que hacer en su nombre el obispo de Arras, Antonio Perrenot de Granvela. Si bien Felipe prometió que no se notarían los cambios de manos de esos territorios, lo cierto es que su manera de gobernar, desde su despacho en Madrid,

²⁶⁴ PARKER, *Opus cit.*, p. 135.

²⁶⁵ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Carlos V...*, p. 779.

²⁶⁶ Abdicación que Fernández Álvarez califica de “*función teatral*” que se encuadra dentro de un “*barroquismo incipiente*”, cuyo “*principal protagonista, por no decir único, es el propio Emperador*”. *Ibidem*, p. 780.

²⁶⁷ CABRERA DE CÓRDOBA, *Opus cit.*, p. 32.

²⁶⁸ ESCUDERO LÓPEZ, *Opus cit.*, p. 100.

²⁶⁹ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Carlos V...*, p. 780.

era la opuesta frontalmente a la que había llevado a cabo Carlos V que nunca había dejado de viajar entre sus dominios viendo y haciéndose ver. Entre los presentes en el acto reinaba la inquietud, pues no sólo era una extrañeza que un monarca abdicase, sino que además lo hacía aquel Emperador que, con firmeza, había dominado sobre tantos reinos de Europa. Y venía a sustituirle su hijo, un joven del que se desconocía si tendría la suficiente fuerza, apoyos y arrojo como para continuar con la política de su padre y hacer frente a aquel partido opositor que tanta fuerza comenzaba a cobrar en los Países Bajos y que tanto preocupaban a Carlos V hasta el punto de que su secretario alertase al príncipe afirmando que *“hay señales mortales de que, si Dios dispusiese de S.M., estando V.A. ausente de aquí, esto correría peligro”*²⁷⁰.

Carlos V, agotado por la guerra y atenazado por la gota, tomaba la insólita decisión de dejar paso a la nueva generación, consciente de que un monarca enfermo no era sino un obstáculo a su propia política: *“Sé que para gobernar y administrar estos Estados y los demás que Dios me dio ya no tengo fuerzas, y que las pocas que han quedado se han de acabar presto”*²⁷¹. Pero el recambio estaba asegurado, pues Felipe había sido educado y formado para gobernar. Las regencias que ejerció el príncipe, la aventura inglesa y su capacidad de iniciativa a la hora de adoptar medidas en ausencia del rey le confirmaron a Carlos V la idoneidad de su hijo como nuevo monarca y de que ése era el momento perfecto para llevar a cabo el relevo, pues frente al monarca en decadencia se erigía el príncipe en ascenso. El refuerzo, preparado a conciencia durante tantos años, estaba listo para tomar el cargo para el que estaba destinado²⁷². Felipe había sido primero un apoyo de Carlos V durante las campañas del Emperador y ahora se convertía en toda una garantía de la continuidad y estabilidad de la monarquía, una garantía que Felipe deseó tener para sí con su primogénito pero la vida de aquel don Carlos tomó un cariz desequilibrado que lo inhabilitaba para un cargo de semejante envergadura.

²⁷⁰ Carta de Eraso a Felipe, fechada el 23 de diciembre de 1553, en Bruselas. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Carlos V...*, p. 780.

²⁷¹ Extracto del discurso de abdicación de Carlos V. *Ibidem*, p. 786.

²⁷² En palabras de su cronista Cabrera de Córdoba: *“Nació para grandes cosas”*. CABRERA DE CÓRDOBA, *Opus cit.*, p. 13.

A parte de estos rituales, en esta reunión en Bruselas se discutió la entrega de sus reinos, que se hizo efectiva en enero del siguiente año²⁷³. Felipe obtuvo entonces los reinos meridionales de Carlos V, además del título de Rey Católico y el de Vicario Imperial en Italia. El pasado año 1555 había renunciado formalmente a toda pretensión sobre un título imperial que siempre anheló pero que nunca estuvo en mente de su padre legarle. Aún así, Carlos V firmó en secreto la renuncia al Imperio y su cesión a Fernando²⁷⁴.

En septiembre Carlos V embarcó hacia su retiro en España, dejando a Felipe en los Países Bajos, pues su situación en esos territorios era fundamental a todos los niveles ya que había surgido una insurrección en Inglaterra y su cercanía de las islas le posibilitaba el envío de ayuda a su esposa, además la tregua de Vaucelles con Enrique II de Francia era sumamente frágil y tenía visos de quebrantarse por momentos, y por último la necesidad imperiosa y constante de dinero para sufragar las campañas debilitaba la posición del nuevo monarca que tuvo que quedarse en Bruselas para gobernar directamente, a pesar de que ya se había decidido que la regencia de los Países Bajos durante la ausencia del monarca habría de recaer sobre Manuel Filiberto de Saboya²⁷⁵.

Felipe ya tenía, por lo tanto, las riendas de los reinos antes de Carlos V²⁷⁶, con la salvedad del Imperio que ahora ostentaría Fernando. El nuevo monarca ahora gobernaba sobre los Países Bajos, Castilla y León, Aragón, Cataluña, Navarra, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Milán y las Indias.

²⁷³ Las ramas española y alemana de los Habsburgo tenían intereses divergentes, que se magnificaron durante la renuncia de Carlos V en torno al Imperio. DOMÍNGUEZ ORTIZ, *Opus cit.*, p. 454.

²⁷⁴ PARKER, *Opus cit.*, p. 137.

²⁷⁵ El sucesor de María de Hungría fue decidido por consenso entre padre e hijo, aunque su designación antes de que los dos abandonasen los Países Bajos sólo contribuyó a aumentar la confusión acerca de quién era el gobernante de aquellos territorios. *Ibidem*, p. 137.

²⁷⁶ El patrimonio de los Habsburgo españoles era muy amplio como consecuencia de la convergencia en Carlos V de las herencias de los territorios pertenecientes a las Casas de los Austria, Borgoña y los Trastámara de Castilla y de Aragón. En definitiva: Por la rama paterna, Maximiliano de Austria, abuelo de Carlos V, le había legado las tierras de su Casa en Europa central; y María de Borgoña, abuela de Carlos V, había dejado en herencia sus tierras en los Países Bajos y el Franco Condado de Borgoña. En lo que respecta a la rama materna, de Isabel I de Castilla, abuela del Emperador, había obtenido las tierras castellanas y las conquistas en África del norte, Caribe y Centroamérica; mientras que de Fernando II de Aragón, abuelo de Carlos V, había recibido la Corona Aragonesa y sus posesiones de Nápoles, Sicilia y Cerdeña. Estos vastos territorios fueron ampliados con las incorporaciones, por conquista o por simple adhesión, del ducado de Lombardía, Túnez y diversas provincias de los Países Bajos. Felipe estaba destinado, por lo tanto, a gobernar una Monarquía más extensa si cabe que la que su padre recibió.

7.5. *Felipe II, rey:*

Felipe, ya monarca, debía de hacer frente a la coalición entre Francia y el Papa, para lo cual parte a Inglaterra para obtener su apoyo. En 1556 el nuevo rey parte a Londres para obtener el apoyo de su esposa en un enfrentamiento contra la alianza que ya Carlos V había, hace treinta años, derrotado. El ya viejo Emperador partió hacia su destino en España, retirándose de toda vida política y social, negándose incluso a educar a su nieto don Carlos, pues ya le veía perdido, a pesar de la insistencia de su padre que consideraba que el contacto con el César le haría bien a su educación y le enderezaría. El hijo acompañó al padre hasta Gante, mas la guerra que le amenazaba era su prioridad y tuvo que empezar su reinado tomando decisiones bélicas. Frente a la inminencia de un ataque contra Nápoles, Felipe confió en aquel duque de Alba de quien tanto recelaba pero al que había aprendido a respetar por sus buenos servicios tanto a su padre como a él mismo. Era su primer año de reinado en solitario y Felipe sabía cómo afrontar el problema, sabiendo lo que había sucedido hacía treinta años. Como siempre hará, se guardó las espaldas y convocó una junta de teólogos para que diesen su aprobación a un eventual ataque a las fuerzas papales, pues no quería ser excomulgado y la idea de enfrentarse al pontífice era delicada²⁷⁷. Su nuevo cargo requería de mayor firmeza en sus acciones y de sacrificios tales como el que le suponía el viajar a Inglaterra para recabar su apoyo, en cuyo reino nunca encajó y que le frustró sobremanera la imposibilidad de devolverla a la fe católica, un apoyo mínimo pero necesario tras el cual Felipe abandonó Inglaterra para siempre.

Entrando en 1557 Felipe afrontaba su primer enfrentamiento bélico en primer plano, como cabeza de la Monarquía Hispánica. Un enfrentamiento que se acercaba a la Corte en Bruselas, pues las tropas francesas se afanaban por traspasar las fronteras de Francia rumbo a los Países Bajos. El recuerdo del saqueo de Roma por parte de las tropas de Carlos V aún quedaba en el recuerdo de los ciudadanos de las diferentes monarquías, un error que el nuevo monarca estuvo muy precavido de cometer otra vez pero que jugó a su favor aumentando la sensación de peligro por parte de sus enemigos.

²⁷⁷ Paulo IV amenazó a Felipe II con la excomunión, a lo que el monarca respondió reuniendo a una junta de teólogos que aprobaron un eventual enfrentamiento contra el Papa argumentando que sólo se atacaba al Paulo IV político y jefe de Estado, no al Paulo IV pastor de la Iglesia, a quien se respetaba como tal. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II...*, p. 763. RODRÍGUEZ SALGADO, *Opus cit.*, p. 132.

Pronto observará la guerra desde el punto de vista de su padre antes que él. El dinero era indispensable para sustentar cualquier conflicto y éste no corría en la abundancia que a él le hubiera gustado. Si hacía no muchos años reprendía al Emperador y le solicitaba que, por “*la poca forma que hay para resistir y proveer en tantas partes [...] pueda medir las cosas según lo que se podrá y no según sus grandes pensamientos*”²⁷⁸, ahora era él el que requería de apoyo económico, tarea que encomendó a Ruy Gómez de Silva, hombre de confianza que se encuentra con que las remesas de oro y plata de Indias son muy abundantes. El recién estrenado monarca había solventado, por puro azar, uno de los problemas que más atenazó a su padre, pues el montante de dos millones de ducados se destinó a costear los enfrentamientos en Italia y los Países Bajos.

Felipe estaba ansioso por comenzar su reinado con una victoria que demostrase al mundo que no iba a transigir acciones contra sus intereses, que la abdicación de Carlos V no significaba que la Monarquía Hispánica se debilitaba. Aquí aparece el Felipe activo, no el que con el paso del tiempo terminará siendo el “rey papelero” y el “rey prudente”. No escatimará esfuerzos en imponerse sobre el campo de batalla, llegando a pretender liderar la ofensiva contra el sur de Francia, algo del todo inusual en él, tan poco amante de las batallas y menos aún de vivirlas en primera persona. Ciertamente es que el carácter del nuevo monarca no es tan bélico como el de Carlos V, cuya personalidad tenía un marcado acento caballeresco, por lo que es destacable este primer enfrentamiento. No estuvo solo en esta ocasión, pues le acompañaban los soldados en los que el Emperador tanto confió, como el duque de Alba, Manuel Filiberto de Saboya o el conde de Egmont. También inusual en él, Felipe se traslada a Cambrai, cerca de los acontecimientos, para supervisar de primera mano la guerra, una guerra que se dará por concluida con la batalla de San Quintín en agosto de 1557 y que supondrá un inmejorable estreno para un nuevo rey, aunque la experiencia de la guerra, tan glorificada por su padre, no fue de su agrado y siempre que pudo se mantuvo alejado de los campos de batalla.

Finalmente, la victoria de Gravelinas allanará el camino hacia la paz de Cateau-Cambrésis un año más tarde, en 1559²⁷⁹, pero una noticia desplazará el conflicto con Francia a un segundo nivel. En octubre Felipe II recibe la fatal noticia de la muerte de

²⁷⁸ Carta de Felipe II a Carlos V fechada el 26 de agosto de 1543. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II...*, p. 689.

²⁷⁹ DOMÍNGUEZ ORTIZ, *Opus cit.*, p. 455.

su padre. El Emperador había fallecido el día 21 del anterior mes, un Carlos V atezado por las enfermedades que le habían terminado por retirar del trono y le habían dejado postrado en cama. El dolor del hijo fue enorme, por lo que se retiró a un monasterio en Grunendal durante un par de meses, tras los cuales se celebraron las exequias fúnebres de Carlos V, que tuvieron lugar en Bruselas y de cuya magnificencia nos han llegado testimonios²⁸⁰.

Felipe ya estaba solo, ya gobernaba en solitario, pues los consejos que tanto apreciaba de su padre ya no se iban a volver a dar, sólo quedaban sus Instrucciones como testimonio y recuerdo de las lecciones que el Emperador consideró que era necesario dar a su hijo. Ahora Felipe II gobernaba en solitario, sin la ayuda de su máspreciado consejero se enfrentaba al reto de mantener y aumentar el legado de Carlos V, una magna tarea que emprendió a lo largo de sus más de cuarenta años de reinado.

²⁸⁰ El relato del desfile que tuvo lugar en Bruselas se puede encontrar en FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II...*, p. 772.

8. CONCLUSIONES FINALES:

Felipe fue dirigido, desde el mismo momento de su nacimiento, a suceder a su padre y, con ello todo su vasto Imperio. No era pequeño el destino que le estaba guardado al joven príncipe y, para asegurarse su correcta formación, se le destinaron ayos y maestros para que le educasen como el gran rey al que estaba llamado a ser. Carlos V estuvo siempre pendiente de cómo evolucionaba el crecimiento de su hijo y se cuidó de que sus maestros le enseñasen aquellas cosas de más provecho para él, de acuerdo al Humanismo imperante en aquella primera mitad del siglo XVI y siempre en consonancia con el cristianismo de quien era un rey católico y defensor de la fe. Leonor de Mascareñas, Honorato Juan, Juan Ginés de Sepúlveda, Francisco de los Cobos, el cardenal Tavera, Juan Martínez Silíceo... todos ellos se ocuparon, en un momento u otro y en mayor o menor medida, de la formación del futuro rey a lo largo de sus distintas etapas, desde su niñez hasta su coronación, pasando por las múltiples regencias que, al principio abordó con timidez y precaución, para, con el paso del tiempo, tomar las riendas del gobierno y dictar a su padre el rumbo que debía adoptar su política para evitar males mayores que los de las guerras.

Su formación humanista se deja entrever en su pasión por el conocimiento, por poseer libros u obras de arte, por entender aquello que desconocía. Ordenó la construcción del castillo de Simancas con la intención de que se convirtiese en un archivo de la Corona, donde todos los papeles se guardasen para su posterior consulta por generaciones venideras que serían las que, a la postre, le debían de juzgar. También dictó el levantamiento del monasterio de El Escorial, que se convirtió en un gran museo, pues poseía una cantidad ingente de obras de arte y una más que amplia biblioteca, todo ello junto con la mayor colección de reliquias que se podía tener en el mundo. Esta combinación del gusto por el conocimiento y su fervorosa religiosidad nunca supuso para Felipe algo incompatible, más bien lo primero le hacía abrazar con mayor firmeza lo segundo.

En suma, Felipe más que fue un producto de la época en la que vivió, fue un producto de la educación que recibió. En él confluyeron los ríos de sus maestros, cuyas lecciones nunca pasaron en balde para aquel joven príncipe, puesto que incluso las peores enseñanzas le aportaron nuevos conocimientos para ser el rey que fue.

9. FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA:

9.1. Fuentes.

Instrucciones del Emperador Carlos V al príncipe Felipe (4 de mayo de 1548)
Disponible en:
http://www.cervantesvirtual.com/bib/historia/CarlosV/7_4_instrucciones.shtml.

Instrucciones secretas del Emperador Carlos V al príncipe Felipe (6 de mayo de 1548).
Disponible en:
http://www.cervantesvirtual.com/bib/historia/CarlosV/7_4_instrucciones_secretas.shtml

Cartas de Felipe II a sus hijas [1581-1585]. BOUZA ÁLVAREZ, Fernando Jesús (ed.) (1998), Madrid, Akal.

CABRERA DE CÓRDOBA, Luis (1998): *Felipe II (1527-1598): La configuración de la Monarquía Hispana*. Valladolid, Junta de Castilla y León.

CABRERA DE CÓRDOBA, Luis (1998) [1ª ed. 1619]: *Historia de Felipe II, Rey de España (edición José Martínez Millán y Carlos Javier de Carlos Morales)*. Vol. I. Valladolid, Junta de Castilla y León.

GUEVARA, Antonio de (1533): *Relox de príncipes*.

CALVETE DE ESTRELLA, Juan Cristóbal (2001) [1ª ed. 1552]: *El felicísimo viaje del muy alto y muy poderoso príncipe Don Phelippe. Estudios introductorios de José Luis Gonzalo Sánchez-Molero... [et al.]; edición de Paloma Cuenca*. Madrid: Sociedad estatal para la conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V.

MAQUIAVELO, Nicolás (1853) [1ª ed. 1513]: *El Príncipe*. Madrid.

VALDÉS, Alfonso de (1528): *Diálogo de Mercurio y Carón*.

9.2. Bibliografía.

ALBADALEJO, Pablo Fernández (1998), “Espejo de prudencia”, en VV.AA., *La monarquía hispánica. Felipe II, un monarca y su época*, pp. 69-79. Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V.

ALCALÁ GALVE, Ángel (2003), “Erasmus, Alfonso de Valdés y el Saco de Roma a cuenta de Dios”, en *Erasmus en España: la recepción del humanismo en el primer renacimiento español*, pp. 80-95. Universidad de Salamanca.

ALDEA NAVARRO, Quintín (2003), “Felipe II. Política y religión”, en RUIZ MARTÍN, Felipe (Coord.), *La monarquía de Felipe II*, pp. 69-110. Madrid, Real Academia de la Historia.

ALTAMIRA, Rafael (1997): *Ensayo sobre Felipe II, hombre de Estado: su psicología general y su individualidad humana*. Fundación Rafael Altamira: Asociación Española de Historia Moderna.

ALVAR EZQUERRA, Antonio (1996): *La Universidad de Alcalá de Henares a principios del siglo XVI*. Alcalá de Henares, Universidad.

ANDRÉS MARTÍNEZ, Gregorio de (1994), “Leonor Mascareñas, Aya de Felipe II y fundadora del Convento de los Ángeles de Madrid”, en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, Nº 34, págs. 355-368.

ARAMBURU SÁNCHEZ, Celia (2008), “Lucio Marineo Sículo”, en *Salamanca: revista de estudios*, Nº 56, pp. 19-30.

BELENGUER CEBRIÀ, Ernest, (2000), “Los distintos ritmos del poder de los Austrias, de Carlos V a Felipe II”, en RIBOT GARCÍA, Luis Antonio (coord.), *La monarquía de Felipe II a debate*, pp. 137-158. Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V.

BENNASSAR, Bartolomé (2000): *Don Juan de Austria: un héroe para un imperio*. Madrid, Temas de Hoy.

BENNASSAR, Bartolomé (2009): *Confesionalización de la monarquía e inquisición en la época de Felipe II: dos estudios*. Valladolid, Universidad de Valladolid.

BÉRENGER, Jean (1992): *El imperio de los Habsburgo, 1273-1918*. Barcelona, Crítica.

BETRÁN MOYA, José Luis (2003), “Un imperio sin emperador”, en GARCÍA CÁRCEL, Ricardo (Coord.), *Historia de España siglos XVI y XVII: la España de los Austrias*, pp. 153-234. Madrid, Cátedra.

BORROMEO, Agostino (1998), “Felipe II y el absolutismo confesional”, en VV.AA., *La monarquía hispánica. Felipe II, un monarca y su época*, pp. 185-196. Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V.

BOUZA ÁLVAREZ, Fernando Jesús (1995): *Los Austrias mayores. Imperio y monarquía de Carlos I y Felipe II*. Temas de Hoy.

BOUZA ÁLVAREZ, Fernando Jesús (1998), “María, «Planeta de Lusitania». Felipe II y Portugal”, en VV.AA., *La monarquía hispánica Felipe II, un monarca y su época*, pp. 105-118. Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V.

BOYDEN, James M. (1995): *The courtier and the King: Ruy Gómez de Silva, Philip II, and the court of Spain*. Berkeley, University of California Press.

BRATLI, Carl Georg (1940): *Biografía de Felipe II*. Madrid, Bruno del Amo.

- BRAUDEL, Fernand (1999): *Carlos V y Felipe II*. Madrid, Alianza Editorial.
- CABOT, José Tomás (1997): *Felipe II*. Barcelona, Planeta.
- CALVO SERRALLER, Francisco, “Príncipe del Renacimiento. Felipe II”, en *Galería Antiquaria: Arte contemporáneo, antigüedades, mercado, coleccionismo*, Nº 166, 1998, pp. 86-89.
- CAMPO MUÑOZ, María Isabel del (1986): *Honorato Juan, humanista, maestro de príncipes y obispo de Osma*. Soria, Caja de Ahorros y Préstamos de la Provincia.
- CHECA CREMADES, Fernando, “Un príncipe del renacimiento. El valor de las imágenes en la corte de Felipe II”, en *Un príncipe del renacimiento: Felipe II, un monarca y su época [exposición]*. Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 1999, pp. 25-56.
- CONCEJO ÁLVAREZ, Pilar (1985): *Antonio de Guevara, un ensayista del siglo XVI*. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica.
- CORTÉS PEÑA, Antonio Luis (2005), “Sobre el absolutismo confesional de Felipe II”, en BETRÁN MOYA, José Luis; CORTÉS PEÑA, Antonio Luis; SERRANO MARTÍN, Eliseo (Coords.), *Religión y poder en la Edad Moderna*, pp. 109-130. Granada, Universidad de Granada.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio (1998), “Balance de un reinado”, en VV.AA., *La monarquía hispánica. Felipe II, un monarca y su época*, pp. 449-460. Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V.
- DONALD, Dorothy (1982): *Alfonso de Valdés y su época*. Cuenca, Diputación Provincial.
- ESCUADERO LÓPEZ, José Antonio (1998), “El camino al trono”, en VV.AA., *La monarquía hispánica. Felipe II, un monarca y su época*, pp. 97-101. Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V.
- ESPONA, Rafael José R. de (2005), “El cardenal Silíceo, príncipe español de la contra-reforma”, en *Anales de la Fundación Francisco Elías de Tejada*, Nº 11, pp. 41-61.
- ESTEVE SERRANO, Abraham (1994), “La teoría gramatical de Bernabé de Busto”, en *Nebrija V centenario: actas del Congreso Internacional de Historiografía Lingüística*, Vol. 3, pp. 213-226.
- FERDINANDY, Miguel De (1988): *Felipe II, esplendor y ocaso del poderío español*. Edhasa.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel (1985): “Los Austrias Mayores, ¿monarquía autoritaria o absoluta?”, en *Studia historica. Historia moderna*, Nº 3, pp. 7-10.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel (1993): *La Emperatriz Isabel*. Boletín de la Real Academia de la Historia, Tomo 190, Cuaderno 2, pp. 223-234.

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel (1998): *Felipe II y su tiempo*. Madrid, Espasa-Calpe.

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel (1999), “Singularidades en la monarquía de Felipe II. Sobre ‘Historia de Felipe II, rey de España’, de Luis Cabrera de Córdoba” en *Saber Leer*, Nº 126, pp. 1-2.

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel (2003), “Felipe II: el rey y el hombre” en RUIZ MARTÍN, Felipe (Coord.), *La monarquía de Felipe II*, pp. 11-32. Madrid, Real Academia de la Historia.

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel (2006): *Carlos V, El César y el hombre*. Madrid, Espasa-Calpe.

GACHARD, Louis Prospère (2007) [1ª ed. 1863]: *Don Carlos y Felipe II*. Madrid, Atlas.

GARCÍA CÁRCEL, Ricardo (2003), “El reinado de Carlos V, el perfil del rey”, en GARCÍA CÁRCEL, Ricardo (Coord.), *Historia de España siglos XVI y XVII: la España de los Austrias*, pp. 29-40. Madrid, Cátedra.

GARCÍA CÁRCEL, Ricardo (2003), “El reinado de Felipe II, el perfil del rey”, en GARCÍA CÁRCEL, Ricardo (Coord.), *Historia de España siglos XVI y XVII: la España de los Austrias*, pp. 111-152. Madrid, Cátedra.

GARCÍA FUENTES, José María (2001), “Bernabé de Busto, cronista de Carlos V”, en SÁNCHEZ-MONTES GONZÁLEZ, Francisco y CASTELLANO CASTELLANO, Juan Luis (Coords.), *Carlos V, europeísmo y universalidad. Congreso internacional*, Vol. 1, pp. 177-194. Granada.

GARCÍA GUAL, Carlos (2011), “Guevara y el ‘Libro Áureo’ del emperador Marco Aurelio”, en MARTÍNEZ GARCÍA, Javier (Coord.), *Falsificaciones y falsarios de la Literatura Clásica*, pp. 97-108.

GÓMEZ DE CASO ZURIAGA, Jaime Francisco, “Aníbal como Espejo de Príncipes en la Teoría de la Época de Felipe II”, en *Indagación: revista de historia y arte*, Nº 3, 1999, pp. 17-36.

GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ, Carlos (1998), “El felicísimo viaje del príncipe don Felipe, 1548-1551”, en VV.AA., *La monarquía hispánica. Felipe II, un monarca y su época*, pp. 81-95. Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V.

GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, José Luis (1997): *El Erasmismo y la educación de Felipe II (1527-1557)*. Universidad Complutense de Madrid.

GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, José Luis (1998), “Los libros en la educación de Felipe II (1534-1545)”, en *Felipe II en la Biblioteca Nacional*, pp. 13-18.

GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, José Luis (1999), “Bernabé de busto, cronista y capellán de Carlos V”, en *El Emperador Carlos y su tiempo: actas IX Jornadas Nacionales de Historia Militar, Sevilla, 24-28 de mayo de 1999*, pp. 829-848. Sevilla.

GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, José Luis (1999): *El aprendizaje cortesano de Felipe II (1527-1546) La formación de un príncipe del renacimiento*. Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V.

GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, José Luis (2000), “La biblioteca de Honorato Juan (1507 - 1566), maestro de príncipes y obispo de Osma”, en *Pliegos de bibliofilia*, nº 9, pp. 3-23.

GUILLOT ALIAGA, María Dolores (2013), “Honorato Juan y Juan Ginés de Sepúlveda, maestros de príncipes”, en *e-legal history review*, Nº 15.

IGLESIAS, Carmen (2003), “El Gobierno de la Monarquía”, en RUIZ MARTÍN, Felipe (Coord.), *La monarquía de Felipe II*, pp. 455-514. Madrid, Real Academia de la Historia.

JUDERÍAS, Julián (1967) [1ª ed. 1914]: *La Leyenda negra*. Madrid, Editora Nacional.

KAMEN, Henry (1997): *Felipe de España*. Madrid, Siglo XXI.

MARAÑÓN, Gregorio (2006) [1ª ed. 1947]: *Antonio Pérez*. Madrid, Espasa-Calpe.

MARCH, José María, “El Aya del Rey D. Felipe II y del Príncipe D. Carlos, D^a Leonor Mascareñas”, en *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, Nº 46, 1942, pp. 201-219.

MARTÍNEZ MILLÁN, José; BOUZA ÁLVAREZ, Fernando Jesús; DE CARLOS, J.C. (1998): *La Corte de Felipe II*. Madrid, Alianza Editorial.

MARTÍNEZ MILLÁN, José y FERNÁNDEZ CONTI, Santiago (2005): *La monarquía de Felipe II, la casa del rey (2 vols.)*. Madrid, Fundación Mapfre Tavera.

MASCAREÑAS, Carlos Eugenio (1947), “Sobre Leonor Mascareñas, aya de don Felipe II y del Príncipe don Carlos”, en *Hispania, Revista española de Historia*, nº26, págs. 3-23.

MORENO ESPINOSA, Gerardo (2006): *Don Carlos, el príncipe de la Leyenda Negra*. Madrid, Marcial Pons.

PARKER, Geoffrey (2008): *Felipe II: La biografía definitiva*. Barcelona, Planeta.

PÉREZ, Joseph (1998), “El secretario Antonio Pérez y las alteraciones de Aragón”, en VV.AA., *La monarquía hispánica Felipe II, un monarca y su época*, pp. 377-386. El Escorial, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V.

PÉREZ, Joseph (2000): *La España de Felipe II*. Barcelona, Crítica.

PFANDL, Ludwing (2010) [1ª ed. 1942]: *Felipe II: Bosquejo de una vida y de una época*. Barcelona, Altera 2005.

PFANDL, Ludwing (2010): *Felipe II: Su corona era la órbita del sol*. Barcelona, Altera.

PIERSON, Peter (1998) [1ª ed. 1975]: *Felipe II de España*. Madrid, Fondo de Cultura Económica de España.

RALLO GRUSS, Asunción (1979): *Antonio de Guevara en su contexto renacentista*. Madrid, Cupsa.

RIBOT GARCÍA, Luis Antonio (coord.) (2000): *La monarquía de Felipe II a debate*. Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V.

RODRÍGEZ SALGADO, María José (1998), “Las hadas malas van fuera”, en VV.AA., *La monarquía hispánica. Felipe II, un monarca y su época*, pp. 119-135. Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V.

ROLDÁN HERVÁS, José Manuel (2011): *Historia de Roma*. Salamanca, Universidad de Salamanca.

SANCHÍS MORENO, Francisco José (2002): *Honorato Juan, vida y recuerdo de un maestro de príncipes*. Valencia, Direcció General del Llibre, Arxius i Biblioteques.

TUBAU, Xavier (2010), “Alfonso de Valdés y la política imperial del canciller Gattinara”, en *Studia Aurea: Revista de Literatura Española y Teoría Literaria del Renacimiento y Siglo de Oro*, Nº 4, pp. 17-43.

VACA DE OSMA, José Antonio (1998): *Carlos I y Felipe II frente a frente. Glorias, mitos y fracasos de dos grandes reinados*. Madrid, Rialp.

VALLE, Ivonne del (2002), “La prosa novelizada del Relox de príncipes de fray Antonio de Guevara”, en *Nueva revista de filología hispánica*, Tomo 50, Nº 1, pp. 181-190.

VÁZQUEZ DE PRADA, Valentín (1978): *Felipe II*. Barcelona, Editorial Juventud.

VIVANCO SAAVEDRA (2003), “Notas sobre la influencia de Erasmo de Rotterdam en el Diálogo de Mercurio y Carón de Alfonso de Valdés”, en *Revista de filosofía*, Vol. 21, Nº 45, pp. 1-26. Venezuela.